



Instituto de Investigación en Humanidades y Ciencias Sociales
Centro Interdisciplinario de Investigación en Humanidades
Posgrado en Humanidades
LGAC: Historia, Literatura y Representaciones Culturales
CONACYT

**Cartografía, representaciones culturales y
discurso geográfico en el siglo XIX.
Una Historia cultural de los atlas
de Antonio García Cubas**

Tesis que para obtener el grado de
MAESTRO EN HUMANIDADES

presenta:

Lic. Mario Jocsán Bahena Aréchiga Carrillo

Directora de tesis: Dra. Beatriz Alcubierre Moya

Cuernavaca, Morelos. Octubre, 2019.

**“-Harry Potter: ¡el mapa nos mintió!
-Sirius Black: ¡el mapa jamás te engaña!”**

Agradecimientos

Resulta complicado mencionar a todas las personas que de una u otra manera me han acompañado en esta travesía. Siempre me parece adecuado agradecer al personal administrativo del IIHCS por su eficiente y pronto apoyo. Por supuesto, la realización de mis estudios de posgrado y la hechura de esta tesis no habría sido posible sin el apoyo de CONACYT. A familiares, amigos y compañeros, profesores (tanto del Posgrado como del Instituto en general) y colegas, tanto de la Universidad como externos, por ser siempre un aliciente en el día a día. Particularmente a amistades que me acompañaron (literalmente) durante la Maestría: Marlen, Alberto y Tamara. Asimismo, debo hacer mención de mis alumnos y alumnas, pues aunque aún soy bastante inexperto en todos sentidos, mi contacto con ellos ha permitido reafirmar mi completo gusto por la docencia.

La formación recibida durante estos dos años constituye uno de los fundamentos del Posgrado. Por ello quiero agradecer a los Doctores con quienes tuve el gusto de ahondar en temas, perspectivas y conocimientos en los seminarios: a la Dra. Irene Fenoglio, a la Dra. Martha Santillán, al Dr. Ricardo Pérez Montfort, a la Dra. Patrizia Granziera y a la Dra. Fernanda Paz. En definitiva disfruté y aprendí muchísimo de y en sus cursos. La interdisciplina es un aspecto fundamental para las Humanidades y las Ciencias Sociales.

El otro fundamento es la investigación, y por ello merecen una especial mención los miembros de mi Comité Tutorial. Agradezco a la Dra. Laurence Coudart por sus comentarios y observaciones constantes, siempre encaminados a nutrir y mejorar esta tesis. ¡Vamos!, si llegué al tema de los mapas fue por ella. Mi primer acercamiento al análisis de la cartografía y al trabajo de Brian Harley lo tuve gracias a una clase suya que tomé de oyente siendo aún pasante de la Licenciatura.

Al Dr. Luis Gerardo Morales por su apoyo y disposición entusiasta para con mi persona y mi proyecto. Sin duda el coleccionismo, la mirada extranjera y los viajeros

constituyen inquietudes fundamentales en los trabajos de investigación que él realiza. Sus observaciones siempre me vinieron bastante bien.

Finalmente, y aunque no basten las palabras, agradezco enormemente a la Dra. Beatriz Alcubierre por ser siempre una estupenda, paciente y constante directora de tesis (¡en un round 2 además!). Con ella no sólo he aprendido cosas fundamentales del oficio del historiador, sino perspectivas y maneras de entender la vida y el día a día. Gracias infinitas.

Índice:

Introducción..... p. 1

Capítulo I: “Decimos que Geografía es la descripción de la tierra”. Los senderos del saber geográfico y la práctica cartográfica en el México del siglo XIX..... p. 15

1.1 Los orígenes de la tradición geográfica científica del siglo XIX. De los trabajos de Humboldt a la formación del Estado-nación..... p. 17

1.2 De Sociedades y secretarías. La institucionalización del conocimiento geográfico... p. 35

1.3 Entre viajeros, recursos naturales y fronteras..... p. 46

Capítulo II: Los atlas y sus contextos: la geografía, la cartografía y los avatares del Estado-nación en la segunda mitad del siglo XIX..... p. 55

2.1 Los intentos por sistematizar el conocimiento geográfico del país a mediados del siglo XIX.....p. 58

2.2 El primer atlas mexicano.....p. 65

2.3 Para *facilitar la enseñanza de la geografía nacional*. El *Atlas metódico* y el contexto escolar, 1860-1880..... p. 83

Capítulo III. El atlas de 1885: modernidad e imagen de lo mexicano..... p. 101

3.1 El peso del pasado y lo propio: las cartas etnográfica e histórica y arqueológica..... p.105

3.2 Entre el progreso y modernidad: las cartas minería, agrícola y de vías de comunicación y de movimiento marítimo..... p. 118

3.3 La vigencia del naturalismo..... p. 122

El mapa como representación cultural: conclusiones.....p. 132

Índice de figuras	p. 138
Fuentes de la época	p. 140
Bibliografía y hemerografía	p. 143

Introducción

¿Por qué abordar la cartografía desde un enfoque histórico-cultural? Al estudiar temas de índole geográfica, territorial o espacial, con frecuencia se emplean recursos cartográficos (sea como fuentes, o como respaldo visual de algún trabajo sobre esas temáticas), pues generalmente se les concibe como elementos que, sin más, representan el espacio geográfico del cual se habla o se estudia, y pocas veces se tiene consciencia de que dichos artefactos visuales son productos sociales de su propio contexto histórico, amén de la dimensión subjetiva que poseen en tanto objetos elaborados por un sujeto (es decir, por un cartógrafo). A lo largo del siglo XIX, en México se produjeron obras geográficas de diverso tipo: mapas, atlas, libros de geografía, vistas, etc. La cuestión radica en analizar dichas obras en función de su propio contexto histórico, tomando en cuenta las dimensiones simbólicas, discursivas y materiales que les dieron sentido, en momentos históricos particulares que las posibilitaron. Esto permite desentrañar sus significados específicos, lo cual nos lleva a dimensionar el ámbito de los discursos y las representaciones en torno a la geografía, el espacio y la nación. En ese sentido, esta investigación indaga en los contextos históricos de los atlas de Antonio García Cubas, tomándolos como objeto de estudio y no solo como fuentes. Esto quiere decir que, al complejizar el estudio histórico de la cartografía desde perspectivas culturales, políticas, intelectuales y editoriales (que poco se han explorado en la historiografía mexicana), no sólo se analizan los discursos, conocimientos y datos existentes en los atlas, sino que se indaga también en sus condiciones materiales y sus ámbitos de producción, poniéndolos en relación con otros objetos, tanto escritos como visuales. Por tanto, este trabajo de investigación se articula en torno a dos cuestiones. La primera tiene que ver con la pregunta ¿qué era un atlas en el México del siglo XIX y qué sentido, utilidad y nociones implicó una obra de tal naturaleza? Esta interrogante me lleva a pensar en los atlas como

objetos con características específicas que, además, engloban una serie de saberes y nociones particulares que reflejan el ámbito intelectual desde el cual se producen. Por ello, me parece importante intentar definir qué era un atlas en aquella época, así como destacar sus elementos materiales, la información y el tipo de saberes que englobó. De igual manera, me interesa hacer énfasis en cuanto al papel que desempeñó en tanto objeto de concentración de información, por lo cual me cuestiono para quién (o quiénes) iban dirigidas tales obras, con qué objetivos se hicieron y qué finalidad perseguía García Cubas al elaborar tales obras. No pretendo responder *per se* dichas interrogantes, sino que las tomo como puntos de partida y reflexión. Todo esto implica historizar el desarrollo de la geografía como ciencia a lo largo del siglo XIX, pues en ello se sustentó la producción de obras geográficas. Por lo tanto, el otro aspecto importante es considerar tanto cambios y particularidades de los atlas, como continuidades y similitudes discursivas en el desarrollo del conocimiento geográfico decimonónico. Es decir que la trama de esta tesis se teje en función tanto de elementos de continuidad como de aspectos específicos de los contextos históricos en los cuales fueron concebidos los atlas.

La segunda cuestión importante de la investigación es que, dado el marco cultural, ideológico y simbólico desde el cual quiero abordar el tema, me interesa ver los elementos, perspectivas y representaciones que plasmó García Cubas en los atlas, más allá de hacer un recuento de sus aspectos técnicos. Por lo tanto, la categoría *representación* tendrá un lugar fundamental en el análisis de las obras. Dicha noción la retomo de los planteamientos del campo de la Historia cultural, y de algunos de sus exponentes como Roger Chartier,¹ y

¹ Roger Chartier, “Nuevos combates por la historia. Roger Chartier” (entrevista), en: Coudart, Laurence y Luis Gerardo Morales Moreno (coords.), *Escrituras de la Historia. Experiencias y conceptos*, Editorial Itaca/Universidad Autónoma del Estado de Morelos, México, 2017, p. 31.

aunque la desarrollaré más adelante, conviene decir que dicha categoría de análisis me es útil dado que condensa la idea de una representación gráfica/visual, pensando en la imagen cartográfica como una visión particular que su autor realiza del territorio, de la geografía y del espacio. Es decir que parto del supuesto de que toda obra cartográfica es una representación no mecánica ni objetiva del espacio geográfico, sino que ella configura una idea del espacio cargada de conocimientos, percepciones, discursos, creencias y valores que atañen al propio contexto histórico del cual emana. Cuáles son los aspectos de esas representaciones cartográficas y qué relación tienen con los contextos intelectuales, culturales y políticos del México del siglo XIX, serán las interrogantes a vislumbrar a lo largo del trabajo. Además, sostengo que dichos atlas constituyen representaciones culturales de su autor en tanto partícipe de contextos letrados/científicos de entonces. En ese sentido, en términos metodológicos debo recalcar que buena parte de mi corpus documental lo constituyen fuentes impresas al ser representaciones culturales del sector social del cual formó parte, esto es, del grupo de letrados-científicos del México decimonónico, del que conviene poner atención en términos de las continuidades y aspectos comunes que compartieron (más allá de los vaivenes políticos del siglo). Entonces, en los atlas hay que intentar ver tanto perspectivas particulares del cartógrafo, como de la comunidad de la que hizo parte.

Dicho lo anterior, el objetivo principal de mi investigación es estudiar y analizar los atlas de García Cubas a partir de la noción de representación, tomando en cuenta la materialidad de la obra para entender el papel de dichos objetos visuales en momentos específicos de la Historia de la conformación del Estado-nación. Dentro de este proceso, el conocimiento geográfico y las obras de esa índole adquirieron un sentido particular que

buscaré delinear. Considerando dichas obras como representaciones culturales (simbólicas y discursivas), se debe trascender el supuesto de que los mapas son imágenes objetivas, neutrales y fieles del espacio. Por lo tanto busco estudiar los atlas de García Cubas desde otro tipo de perspectivas, cuestionamientos, consideraciones e inquietudes. Asimismo, resulta menester tomar en cuenta el vínculo fundamental entre el poder político y el cartógrafo, pues dentro de este enfoque, las obras cartográficas resultan ser objetos asociados a vínculos científicos, intelectuales y políticos. Dichos atlas son tres: el *Atlas geográfico, estadístico e histórico de la República mexicana*, publicado en 1858; el *Atlas metódico para la enseñanza de la geografía de la República mexicana*, cuya primera edición se publicó en 1874. Y, finalmente, el *Atlas pintoresco e histórico de los Estados Unidos Mexicanos*, publicado en 1885.

El estudio de la cartografía, ¿desde la Historia cultural? Consideraciones teórico-metodológicas de la investigación

Como parte de esta introducción, considero importante esbozar aquí el marco teórico-conceptual desde el cual busco problematizar el estudio de cualquier obra cartográfica (plano, derrotero, carta geográfica, atlas, etc.), con el fin de entenderla como objeto de estudio. A través de su análisis, una obra cartográfica puede revelarnos una serie de temas y aspectos sociales y simbólicos del momento histórico y de la sociedad de la cual emana. En ese sentido, considero a cualquier mapa como objeto sociocultural, y no simplemente un artefacto técnico-científico. Aún más, considero que dichas obras no representan solamente el espacio, sino que lo producen, pues construyen una serie de nociones, discursos, perspectivas e ideas del lugar que está representando: vuelve visible algunos de sus elementos pero borra otros; jerarquiza y ordena el espacio, plasmando nociones propias del momento

en el cual se produce (arquetipos, valores, conceptos, etc.). Iré profundizando y aclarando estas premisas a lo largo del trabajo.

Como bien señaló en su momento el historiador J. Brian Harley, “aunque durante mucho tiempo los mapas han sido fundamentales en el discurso de la geografía, casi nunca se leen como <<ladrillos>> de texto o como una forma de conocimiento construida socialmente”.² Esta cita plantea un punto de partida para este trabajo: la idea de que los mapas son 1) discursos, y 2) conocimiento. Es decir que son objetos que condensan una serie de saberes asociados al espacio, por lo cual poseen conocimiento que los dota de poder, según la perspectiva de Michael Foucault que retoma el propio Harley. Es decir, el conocimiento geográfico y los discursos sobre el espacio que sustentan a un mapa se interrelaciona muchas veces con los círculos de poder político y el Estado.³ Por lo tanto, estamos hablando de objetos visuales que están atravesados por discursos de poder que se sustentan en un conocimiento científico del espacio. En ese sentido, “tanto en la selectividad de su contenido como en sus signos y estilos, los mapas son una manera de concebir, articular y estructurar el mundo humano que se inclina hacia, es promovido por y ejerce una influencia sobre grupos particulares de relaciones sociales”.⁴ Por ello, la manera en la que el cartógrafo representa el espacio, implica una producción de sentido del lugar representado: “La posición de los mapas

² J. B. Harley, *La nueva naturaleza de los mapas. Ensayos sobre la historia de la cartografía*, Fondo de Cultura Económica, México, 2005, p. 79. Este texto fue el que despertó mi interés por el tema de la cartografía desde un punto de vista histórico y cultural. La obra de Harley planteó una redefinición epistemológica y teórica sobre el estudio de los mapas. Sebastián Díaz Ángel hace una aproximación a la recepción de la obra de Harley en América Latina en su artículo: “Aportes de Brian Harley a la nueva historia de la cartografía y escenario actual del campo en Colombia, América latina y el mundo”, en: *Historia crítica*, núm., 39, septiembre-diciembre 2009, pp. 180-200.

³ Michel, Foucault, “El sujeto y el poder”, en *Revista Mexicana de Sociología* (julio-septiembre), 1998, p. 7.

⁴ Harley, *op. cit.*, p. 79. De igual manera, este autor menciona que “algunas de las implicaciones prácticas de los mapas pueden caer también en la categoría de lo que Foucault ha definido como actos de vigilancia, especialmente los relacionados con la guerra, la propaganda política, la definición de fronteras o la preservación de la ley y el orden”. Harley, *ibid.*, p. 82.

puede afectar la forma en la que se ve el mundo”.⁵ Esto es importante porque la reflexión en torno al espacio no es un asunto menor: toda sociedad ha establecido vínculos diversos con su propio espacio. Toda sociedad es geográfica puesto que los seres humanos se mueven en el espacio, en función de referentes geográficos y siempre en interrelación con el mundo circundante. Las maneras en que una sociedad experimenta el espacio, lo significa y se apropia de él en una época concreta, es un tema importante que puede y debe discutirse desde perspectivas históricas como la que aquí se propone. Además, si pensamos en los mapas como textos que hablan de y dan sentido al mundo, es claro que sus contextos de producción y materialidad son aspectos que no pueden obviarse. Como bien se dice: no hay texto sin soporte material, y por ello considero importante tomar en cuenta esa dimensión. Por tanto, al tomar al mapa como objeto de estudio, resulta fundamental explorar sus dimensiones materiales.

Harley sintetiza la vinculación entre conocimiento y poder en los mapas afirmando que “la cartografía es un discurso, un sistema que ofrece un conjunto de reglas de representación del conocimiento que toman forma en las imágenes que definimos como mapas y atlas”.⁶ Es decir que en tanto forma de conocimiento, los objetos cartográficos producen poder sobre el lugar que representan. Dicho historiador ha mostrado cómo este proceso de apropiación del espacio en papel, vía la producción de mapas, afectó las dinámicas sociales y económicas del “Nuevo Mundo” durante los siglos XVI-XVIII, pues la expansión europea sobre América sentó sus bases en buena medida en los conocimientos geográficos y

⁵ Laura Vaughan, *Mapping society: The spatial dimensions of social cartography*, UCL Press, Londres, 2018, p. 6. La traducción es mía.

⁶ Harley, *op. cit.*, p. 203.

en su representación visual. Incluso las tensiones políticas y la diplomacia giraron en torno a obras de índole geográfico-cartográficas.

Ahora bien, en tanto que el punto central de esta tesis tiene que ver con pensar los mapas no como registros fieles y objetivos de la realidad, sino como una imagen en la cual el cartógrafo plasma su imaginario (es decir, su manera particular de ver y de entender el mundo, de significarlo y darle sentido), quiero hacer referencia a Chartier, quien hace un llamado a leer y analizar los documentos (es decir, las fuentes históricas, cualesquiera que sean) de manera menos inmediata y literal.⁷ En el caso de los mapas, es común que se recurra a ellos considerándolos como muestras de la realidad espacial. Muchas veces se les incluye de manera un tanto inadvertida como anexos o apéndices de estudios de índole histórica, antropológica o geográfica. Pocas veces se hace una aproximación más detallada al tipo de cartografía del que se trata, y menos aún se cuestiona sobre sus condiciones de producción, sobre quién lo produjo y sobre los elementos que muestra –y los que no muestra–. Pareciera, pues, que un documento cartográfico es una prueba fehaciente de que un espacio era de tal manera, de que no existía más población que la que ahí se señala, o que la disposición de las tierras o de los recursos naturales fue representada fielmente partiendo de la realidad objetiva al mapa. En ese sentido, la autora Laura Vaughan, quien ha estudiado la cartografía desde un punto de vista sociocultural, apunta que se debe superar la mirada tradicional en torno a los mapas, para considerarlos más bien como objetos cargados de significados, que reflejan su contexto de producción.⁸ Por su parte, Héctor Mendoza Vargas (quien se ha dedicado a estudiar la historia de la cartografía en México) apunta que todo mapa es un objeto técnico

⁷ Roger Chartier, “La nueva Historia cultural”, en: *El presente del pasado. Escritura de la Historia, Historia de lo escrito*, traducción de Marcela Cinta, Universidad Iberoamericana, México, 2005, p. 14.

⁸ Laura Vaughan, *op. cit.*, p. 7.

de comunicación social, por lo cual constituyen objetos que vehiculizan conocimientos y discursos geográficos.⁹

En suma, la propuesta metodológica y epistemológica de Brian Harley constituye el punto de partida para repensar dichos temas, al considerar “que los mapas son una parte de la familia más amplia de imágenes cargadas de valor. De este modo, he renunciado a entender los mapas como registros inertes de paisajes morfológicos o como reflexiones [y registros] pasivos del mundo de los objetos”.¹⁰ En este sentido, y para traer a la reflexión la categoría de representación, diremos que son un lenguaje visual, un discurso gráfico que plantea una serie de ideas sobre tal o cual espacio a través de figuras, esquemas, dibujos, signos y leyendas. De ahí la importancia de tomar en cuenta al cartógrafo, pues es él quien deja una impronta en su obra, la cual tiene que ver con su manera particular de situarse en el mundo.¹¹ Por ello, la representación juega un papel fundamental aquí como categoría de análisis, pues las obras cartográficas no son sólo un registro visual de la realidad espacial, sino que exteriorizan el imaginario del sujeto que los elabora, lo cual tiene que ver con su propio contexto histórico.

Por otra parte, retomando a Stuart Hall, diremos que un mapa posee un doble nivel de representación: el primero sería el que corresponde a dicho imaginario del cartógrafo, quien ve su entorno de una manera específica, conceptualizándolo, nombrándolo y dándole un significado a partir de su propio lenguaje, ideas y referentes. El segundo nivel sería el de

⁹ Héctor Mendoza Vargas, “La historia de la cartografía de México. Tradiciones, cambios y nuevos caminos, en: Mendoza Vargas, Héctor (coord.), *La geografía humana de México*, UNAM/Instituto de Geografía, México, 2013, p. 172. Este artículo es un conciso y puntual acercamiento a la cartografía y su estudio en México, así como a los aportes de Harley.

¹⁰ J. Brian Harley, *op. cit.*, p. 80.

¹¹ Magali Carrera plantea esto en términos de “imaginación cartográfica” o “imaginario del cartógrafo”.

la representación gráfica, es decir, el acto de trasladar al mapa esa serie de aspectos. En ese acto, el cartógrafo no está simplemente reflejando la realidad geográfica, sino que la está produciendo. En consecuencia, la obra cartográfica adquiere una carga simbólica y subjetiva. De ahí que la categoría de representación nos remita al ámbito simbólico que posee el mapa. Los significados del mapa son posibilitados por su propio contexto histórico de producción.

Según Hall, lo cultural se construye a partir de un circuito en el que interactúan y se interrelacionan las representaciones, el consumo (entendiendo con ello las prácticas sociales y/o apropiaciones), las identidades (construcción de vínculos y de significados sociales comunes o compartidos) y las apropiaciones (producción de sentido). Todo ello atravesado por relaciones de poder que se traducen en mecanismos de control, instituciones, discursos y normas.¹² Siguiendo ese esquema explicativo, puede decirse que un mapa es un objeto que contiene una serie de representaciones que el cartógrafo realiza acerca del espacio y del mundo,¹³ por lo cual se debe tomar en cuenta cómo se representa él mismo lo de afuera, y cómo es que esto se traduce en una exteriorización de su propio imaginario mediante un registro gráfico/visual. Lo anterior apunta a cuestionarnos cómo en la cartografía existe una mediación entre la realidad espacial y los referentes e intereses del cartógrafo. Además, los mapas están atravesado por discursos sobre el espacio, y por relaciones de poder político e ideológico, fincadas en un conocimiento científico que detentan ciertos sectores sociales.

El poder del mapa radica en su capacidad de mostrar, ubicar y delimitar un espacio en el papel. Evoca una afirmación de existencia de ese espacio (representado de una manera

¹² Stuart Hall, *Representation: cultural representations and signifying practices*, The Open University, London, 1997, p. 1.

¹³ Para Hall, la representación tiene que ver con “concepts, images and emotions ‘stand for’ or represent, in our mental life, things which are or may be ‘out there’ in the world”. Hall, *ibid.*, p. 4.

particular, como he señalado), lo cual implica una validación de que ese lugar es de tal o cual manera.¹⁴ En tanto instrumentos que permiten ubicar cosas, las obras cartográficas “más que representaciones [fieles del espacio], son sistemas de proposiciones, argumentos que afirman que esto está allí dentro de lo que el mundo podría ser.¹⁵ Harley apunta a estudiar el mapa con detenimiento, “para identificar no sólo un nivel literal o superficial de significado [en la imagen cartográfica], sino también uno más profundo, por lo general asociado con la dimensión simbólica el acto de enviar o recibir un mensaje. Un mapa puede llevar en su imagen un simbolismo asociado con el área, el aspecto geográfico, la ciudad o el lugar específico que se representa”.¹⁶ En ese sentido, la cartografía posee un nivel simbólico que contribuye, justamente, a producir una idea del mundo a partir de jerarquías, valores, y nombres. El acto de representar un lugar implica una construcción de lo que se está representando, pues se ordena, clasifica, orienta y da un sentido al espacio que se registra en el papel: “lejos de fungir como una simple imagen de la naturaleza que puede ser verdadera o falsa, los mapas redescubren el mundo, al igual que cualquier otro documento, en términos de relaciones y prácticas de poder, preferencias y prioridades culturales”.¹⁷ Siguiendo este eje explicativo, un mapa posee una doble dimensión: una instrumental, vinculada al proceso técnico mediante el cual se elabora, y una simbólica, la cual responde al imaginario y contexto de su autor:

el mapa instrumento, de carácter informativo y práctico, y el mapa imagen, el cual alberga una abstracción, un esfuerzo intelectual de construcción de un instrumento con fines prácticos pero revestido también de un carácter intangible como imagen, lo que lo convierte en una representación que

¹⁴Denis, Wood, “Los mapas y el Estado”, *Revista de la Universidad de México*, (julio-agosto), 2018, p 11.

¹⁵ *Ibid.*, p. 8.

¹⁶ Harley, *op. cit.*, p. 81.

¹⁷ *Ibid.*, p. 61.

integra las interpretaciones cosmológicas, políticas o religiosas, centradas en el mundo de aquel que lo dibuja.¹⁸

En suma, la noción de representación adquiere un sentido cardinal, pues nos permite analizar cómo en una obra cartográfica hay una relación entre “lo de adentro y lo de afuera”,¹⁹ esto es, entre la mirada del cartógrafo –como observador de la realidad espacial y partícipe de ámbitos intelectuales– y la imagen (que configura un discurso visual y espacial) que elabora en su mapa. Además, ese proceso se inscribe en un contexto de prácticas cartográficas ligadas a tradiciones de conocimiento geográfico, vinculadas al Estado y a personajes, instituciones y academias científicas. Por tanto, “todos los mapas son culturales porque manifiestan procesos intelectuales definidos como artísticos o científicos en la medida en que trabajan para producir un tipo característicos de conocimiento”.²⁰

Los derroteros de la cartografía y la geografía

Considero que debe establecerse una periodización particular del desarrollo histórico del conocimiento geográfico a lo largo del siglo XIX, pues ésta no se corresponde necesariamente con periodizaciones que atañen a la historia política o económica de la centuria. Es decir, la estructura de la tesis responde al estudio de los derroteros que experimentaron tanto la geografía como los mapas, lo cuales nos conducen a las obras de García Cubas. En ese sentido, la investigación explora algunos momentos importantes de dichos derroteros. El primero de ellos se dio en el contexto borbónico, cuyo ímpetu reformista

¹⁸ Vladimir Montoya, “El mapa de lo invisible. Silencios y gramática del poder en la cartografía”, en *Universitas Humanística*, enero-junio, 2007, p. 157.

¹⁹ Guillermo Zermeño, “Giro crítico de la historiografía”, en: Luis Gerardo Morales Moreno y Laurence Coudart (coords.), *Escrituras de la Historia. Experiencias y conceptos*, Editorial Itaca/Universidad Autónoma del Estado de Morelos, México, 2017, p. 70.

²⁰ Harley, *op. cit.*, p. 11.

e ilustrado implicó una reformulación del pacto colonial que se tradujo en una serie de representaciones, discursos y proyectos para tratar de generar un corpus de datos y conocimientos sobre los territorios de la Nueva España (en la lógica de metrópoli-colonia). Sin duda, en ese momento resulta cardinal la figura de Humboldt. Aunque su percepción y nociones de una geografía moderna sustentada en parámetros científicos se extendió a lo largo de la centuria, este momento tuvo que ver con los viajes *in situ* del prusiano, así como con la paulatina publicación de sus estudios. Después de la independencia, entre las décadas de 1820 y 1840, hubo un afán recurrente por tratar de desarrollar el conocimiento geográfico. Pese a la dificultad administrativa, financiera y política, los gobiernos del incipiente Estado independiente vieron como estratégica y urgente la conformación de una estadística, una carta general y demás obras que permitieran apuntalar la geografía del naciente país. De ahí que los diversos gobiernos de aquellas décadas compartieran el interés por la formación de ingenieros militares, intentando sistematizar los conocimientos sobre población, aduanas, minería, agricultura, etc. El correlato de este proceso fue la aparición del Instituto Nacional de Geografía y Estadística (transformado a la postre en Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística). La articulación entre sociedad científica e intelectuales estuvo por supuesto ligada a los gobiernos mexicanos de entonces. Esto implica pensar de otra manera la historia política del siglo XIX, al menos en cuanto a la producción de conocimiento y la labor de letrados y científicos. Todo lo anterior lo estudio en el capítulo I.

Posteriormente, tras la “crisis geográfica” derivada de la reconfiguración de la frontera norte a raíz de la guerra con Estados Unidos, hubo un momento bastante prolífero en la década de 1850 en cuanto a producción de obras geográficas: finalmente cristalizaron las primeras grandes obras generales. En este contexto resultaron significativos los trabajos

de figuras como Lucas Alamán, Manuel Orozco y Berra o el propio García Cubas. Ahora bien, este momento marcó la pauta hacia una suerte de “mexicanización” de una tradición geográfica que, en buena medida, venía del exterior. La labor de viajeros, intelectuales y diplomáticos de países como Francia, Estados Unidos e Inglaterra fue retomada por los geógrafos mexicanos. En ese sentido, cabría preguntarse hasta qué punto la definición del yo nacional se hizo tomando como punto de referencia los parámetros científicos de fuera para apuntalar lo de adentro. Es decir, el proceso de definición de lo nacional tuvo una dimensión geográfica muy importante, por ello el elaborar un diccionario geográfico propio (inspirándose de obras francesas y españolas), o el trabajo de García Cubas (retomando la tradición humbolditana y anglosajona para la elaboración de mapas) son muestra de un fenómeno de apropiación y préstamos culturales que aún falta por historiar con mayor profundidad. Estas consideraciones son abordadas en el capítulo II, donde, además, trazo el contexto en el cual apareció el atlas escolar de 1874. Esto marcó una enorme diferencia respecto a los momentos anteriores, pues hasta entonces la geografía se había desarrollado casi que exclusivamente desde, por y para los grupos de científicos en directa vinculación con los diversos gobiernos mexicanos. De manera paulatina, a partir de 1867 el conocimiento geográfico formó parte de los esfuerzos por afianzar el imaginario nacional –acorde al proyecto de nación triunfante– a través del sistema de instrucción pública. La geografía en su sentido nacional se reforzó como un área de conocimiento cardinal para la construcción de una identidad nacional de la futura ciudadanía. Esta vertiente ha sido atendida recientemente por la historiografía de la educación y de la geografía, aunque aún faltan

estudios que articulen e interrelacionen esas dos vertientes durante el último tercio del siglo XIX.²¹

Finalmente, en el capítulo III me centro en un cuarto momento, en el cual se gesta un proceso de definición y consolidación del proyecto nacional en las décadas de 1870 y 1880. Aunque sin duda García Cubas fue muy activo en esa época, también es cierto que hubo algunos proyectos geográficos (como el de las Comisiones de Límites) en los cuales no participó. De cualquier forma, fue finalmente en aquellos años cuando la geografía se desarrolló en dos vertientes: una que tuvo que ver con los proyectos modernizadores auspiciados por el Estado liberal y otra encaminada a la difusión de la geografía hacia públicos ya no especializados. El atlas de 1885 se sitúa, con todo, en la primera de dichas vertientes, es decir, en un tipo de producción científica de y para las elites, con la particularidad de haber sido pensado como objeto para las exposiciones universales dado el contexto de apertura de México hacia afuera en los albores del régimen porfirista.

²¹ De los estudios enfocados en el tema de la enseñanza de la geografía en la época, destacan los trabajos de Beatriz Zepeda, Omar Moncada, María Esther Aguirre y Patricia Gómez Rey, mismos que están referidos en la bibliografía.

Capítulo I

***“Decimos que Geografía es la descripción de la tierra”.* Los senderos del conocimiento geográfico y la práctica cartográfica en el México del siglo XIX.**

Para el momento en el que Antonio García Cubas publicó su primer atlas (1858), la geografía, en tanto saber científico, había atravesado ya un largo camino de expansión y desarrollo, cuyas bases se situaban en las últimas décadas del virreinato, sobre todo por el impulso de la figura del ingeniero militar, así como por los planteamientos y trabajos de Alexander von Humboldt. De igual manera, la práctica cartográfica tuvo una serie de transformaciones a lo largo del siglo XIX, no sólo en términos de los instrumentos y técnicas para elaborar mapas, sino en cuanto a los temas, criterios y maneras de ver, interpretar y representar el espacio geográfico. La geografía en tanto conocimiento, así como su materialización en obras cartográficas, se vieron atravesadas –y animadas– por el complejo proceso de construcción del Estado nacional: por los acomodos y reacomodos territoriales a raíz de los cambios en las fronteras internas y externas del Estado en formación, así como por el interés en conocer la extensión del país independiente, delimitar sus fronteras y ubicar sus recursos, poblaciones y características físicas/naturales. El impulso experimentado por dichos ámbitos científicos, lo dio la idea de que era posible obtener una noción exacta de la geografía del país, bajo la premisa de que, con ello, se podría tener un mejor control y administración del espacio. En esa búsqueda de un conocimiento geográfico sustentado en la precisión auspiciada por la concepción racionalista del espacio, la producción de obras cartográficas fue configurando una noción del espacio nacional. Es decir, la territorialidad de la nación independiente se tejió no sólo a partir de guerras internas o externas, o de decretos que afectaron la configuración político-administrativa del país, sino también mediante su representación en obras de dicha índole.

Dicho lo anterior, este capítulo tiene como objetivo realizar una aproximación al proceso de desarrollo de la geografía y la cartografía en el México del siglo XIX. Reconociendo de entrada que es una empresa ambiciosa, me enfocaré particularmente en ciertos aspectos y momentos que me han parecido significativos de dicho proceso, si bien es un tema muy amplio con una multiplicidad de aristas. Mi interés fundamental es delinear algunas posibles sendas que permitan entender la geografía y la cartografía decimonónicas, para situar a García Cubas y sus obras en dichos ámbitos, y poder trazar algunas líneas que permitan dar cuenta de su labor como ingeniero, geógrafo y cartógrafo en la época. De igual manera, es menester hacer algunas consideraciones sobre el surgimiento y desarrollo de las asociaciones científicas en el país –en particular la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística– en tanto órganos e instituciones rectoras, impulsoras y difusoras del saber geográfico a lo largo del siglo XIX.

Algunas de las cuestiones que me llevaron a explorar el tema de la geografía en el México decimonónico tienen que ver con tratar de entender las nociones imperantes en la época respecto a dicha área de conocimiento.²² Asimismo, me cuestiono de qué manera la geografía se configuró como saber científico y quiénes fueron sus artífices: con qué objeto, criterios, presupuestos y prácticas se produjo dicho desarrollo y, finalmente, qué utilidad se le atribuía y qué nociones la definían. Evidentemente son preguntas que no pretendo dejar resueltas de forma definitiva en este capítulo. Más bien tomaré dichos cuestionamientos como ejes de reflexión a lo largo de esta investigación, por lo cual intentaré apuntar siempre hacia ellos. En última instancia, la convergencia entre geografía y cartografía, en tanto

²² En un proceso con cambios y continuidades que, como se verá, abarca desde la irrupción del pensamiento ilustrado-racionalista, a finales del siglo XVIII, hasta la adopción de la doctrina positivista como ideología de Estado a finales del siglo XIX.

conocimientos atravesados por paradigmas de cientificidad propios del siglo XIX, constituyó la base de la creación y utilización de mapas por parte de cartógrafos, ingenieros, gobiernos e instituciones en el México independiente. Dicho de otra manera, los atlas que constituyen el objeto de estudio de este trabajo de investigación, tienen como trasfondo el desarrollo de la geografía y la cartografía como áreas de producción de conocimiento científico, y se desprenden de actividades vinculadas a grupos de intelectuales y científicos. Dichas asociaciones estaban articuladas en torno a instituciones como la citada Sociedad o el Colegio de minería, así como a publicaciones especializadas. En ese sentido, pretendo realizar un acercamiento al conocimiento geográfico y la práctica cartográfica durante las fases que se desarrollaron a caballo entre la Nueva España y el México independiente, entre el siglo XVIII y XIX.²³

1.1 Los orígenes de la tradición geográfica científica del siglo XIX. De los trabajos de Humboldt a la formación del Estado-nación

Los trabajos existentes sobre la geografía y la cartografía en México, muestra una tendencia a considerar que el siglo XIX fue el del desarrollo de ambos campos como disciplinas científicas. Varios autores sitúan el origen de este proceso en el establecimiento de la profesión de Ingeniero Geógrafo y en la creación del Instituto Nacional de Geografía y

²³ Si bien encontramos asociaciones literarias o científicas (como la SMGE y el Colegio de Minería), “colaborar en una comunidad científica no implicó, necesariamente, pertenecer a una organización formal. Poseer cultura científica en la primera mitad del siglo XIX significaba entender los principios y paradigmas de algunas ciencias, participar de la euforia de los conocimientos utilitarios y, también, compartir un mundo cotidiano de creatividad tanto científica como literaria, además de repartir esfuerzos e intereses en diversos espacios de la vida, entre los cuales la creación de revistas especializadas [como el *Boletín*, según veremos], publicar artículos en algunos periódicos, realizar experimentos, compartir una tertulia, asistir a los cafés, a los teatros, a las librerías, participar de los rituales de la vida académica y, en general, de la vivencia cotidiana de la ciudad de México”. Leticia Mayer Celis, *Entre el infierno de una realidad y el cielo de un imaginario. Estadística y comunidad científica en el México de la primera mitad del siglo XIX*, El Colegio de México/Centro de Estudios Históricos, México, 1999, p. 101.

Estadística en la década de 1830.²⁴ Sin duda ambas cosas tienen mucho que ver con el desarrollo científico de la geografía y de la cartografía. Sin embargo, no debe dejarse de lado que tal desarrollo abrevó de los estudios y los trabajos publicados por Humboldt en el contexto de los gobiernos borbónicos, quienes tuvieron a bien el impulso de proyectos geográficos en los cuales se enmarca la labor del viajero prusiano.²⁵ En ese sentido, quiero hacer algunos comentarios sobre dicho personaje y, particularmente, sobre su particular visión de la geografía inscrita en la tradición de la Ilustración: es decir, una visión racionalista y naturalista del espacio.²⁶

Alexander von Humboldt (1769-1859) fue un geógrafo, explorador e intelectual prusiano que realizó varios viajes al interior de la Nueva España entre 1799 y 1804 con auspicio y autorización del Monarca español Carlos IV. Sus indagaciones sentaron las bases para el estudio de la geografía desde una particular perspectiva, al proponer una visión científica del espacio, en la cual se resalta la dimensión física.²⁷ Por ejemplo, en el *Ensayo político sobre el Reino de la Nueva España*, publicado por primera vez en francés en 1811,

²⁴ José Omar Moncada Maya, en Moncada Maya, José Omar, y Patricia Gómez Rey (coords.), en *El quehacer geográfico en México: instituciones y personajes (1876-1964)*, UNAM/Instituto de Geografía, México, 2009, p. 9.

²⁵ De hecho, su obra estableció una suerte de paradigma para el caso mexicano (y también latinoamericano) en cuanto al conocimiento geográfico, los datos estadísticos, etc. Al respecto véase Magali Carrera, *op. cit.*, pp. 66-83.

²⁶ Luz Fernanda Azuela y Rodrigo Vega señalan que fue justamente en el último tercio del siglo XVIII cuando en el ámbito novohispano se introdujeron fuertemente las nociones de ciencia ilustrada-racionalista-naturalista (en el contexto de Reformismo borbónico) a través de instituciones y organizaciones patrocinadas por la Corona, como la Real Expedición Botánica (1786-1803) o el Real Seminario de Minería (1792). En ese sentido, debemos entender los viajes de Humboldt dentro de ese contexto en el cual el Estado monárquico –y, por extensión, el virreinal– mostró un creciente interés en conocer científicamente el territorio novohispano, para tener mejores nociones en cuanto a su extensión, recursos, población, etc. Luz Fernanda Azuela y Rodrigo Vega, “Introducción”, en *Estudios geográficos y naturalistas, siglos XIX y XX*, UNAM/Instituto de Geografía, México, 2017, p. 9.

²⁷ Dicha noción de lo científico tenía un carácter descriptivo y naturalista respecto del espacio (de ahí la preponderancia del ámbito físico), y de un vínculo directo entre la realidad espacial/natural, su observación y representación gráfica. Por ello encontramos bastantes gráficos, imágenes y mapas en sus obras.

el autor hizo énfasis en la localización y magnitudes del virreinato.²⁸ Es decir, encontramos nociones que tienen que ver con la extensión espacial de la Nueva España, fundamentadas en criterios matemáticos y astronómicos, basados en la utilización de parámetros y escalas de medición tales como paralelos y meridianos. Asimismo, predominan sobre todo los aspectos de la geografía física: clima, orografía, costas, etc. No obstante, también se abordan cuestiones referentes al tamaño de la población y su composición racial, según la perspectiva de Humboldt.²⁹ De hecho, es posible apreciar que sus trabajos, producto de sus viajes al interior del virreinato, tenían como objetivo principal conocer, ubicar y destacar la riqueza natural del territorio novohispano.³⁰ De ahí que, por ejemplo, en sus *Tablas geográficas políticas del reino de Nueva España*, el autor ordenara toda una serie de datos estadísticos del virreinato y de sus intendencias. A propósito de esto, Luis Gerardo Morales comenta que “lo más trascendente de la obra humboldtiana fue su manera de redescubrir el Nuevo Mundo mediante una compleja y extensa obra narrativa que inaugura un modo de observar y concebir el funcionamiento de la diversidad de la Naturaleza”.³¹ Todo ello con un claro aspecto social imbuido de la economía política dieciochesca y la naciente estadística.

El conocimiento estadístico devino cada vez más importante durante la transición entre el siglo XVIII y el XIX. Según apunta Leticia Mayer, la estadística se concibió como una ciencia fundamental para el ejercicio del gobierno y la administración; incluso se “le

²⁸ Humboldt estuvo en la Nueva España, y viajó por el interior del territorio virreinal entre 1799 y 1804. Posteriormente regresó a Europa y se dedicó a publicar varias obras a partir de los registros, datos e impresiones que obtuvo de su viaje. Cfr. Magali Carrera, *Traveling from New Spain to Mexico. Mapping practices of nineteenth-century Mexico.*, p. 67.

²⁹ Alexander von Humboldt, *Ensayo político sobre la Nueva España, tomo I*, segunda edición corregida, aumentada y adornada con mapas, traducida al castellano por Vicente González Arnao, Imprenta de Paul Reouard, París, 1827.

³⁰ *Ibid.*, p. 1.

³¹ Luis Gerardo Morales Moreno, “Del cosmos de Humboldt al microcosmos de Kueva”, *Exposición Archivo Alexander von Humboldt de Fabiano Kueva*, Secretaría de Cultura/INBAL/Museo Ex Teresa, México, 2019, p. 8.

conoció como aritmética política y fue definida como el arte de razonar por medio de cifras sobre cosas que se relacionan con el gobierno”.³² Es decir, se constituyó en un conocimiento utilitario basado en datos y cifras que dieran cuenta de diversos aspectos que se tenían como importantes para el ejercicio gubernamental, principalmente lo referente a la población, el territorio y los recursos existentes en él. Como apunta Laura Cházaro, “lo novedoso del *Ensayos* justamente haber creado una narrativa numérica desde la cual los objetos de estudio, como la población, la geografía y la historia natural de las plantas no podrían ser entendidos. La novedad del texto es crear justamente argumentaciones del tipo estadístico o del tipo cuantitativo, donde cabría un nuevo entendimiento de lo político como fenómeno de lo económico y viceversa”.³³

Por tanto, los trabajos de Humboldt apuntaban a saber cuánto medía la Nueva España, conocer el tamaño de su población y sus recursos naturales en términos de cuantificación y ubicación. Todo ello resultaba importante en una particular manera de concebir la geografía: los elementos del espacio geográfico podían ser contabilizados y registrarlos en documentos y archivos de estado, lo cual facilitaría su control, administración y explotación. En ese sentido podemos vislumbrar un sentido utilitario y racionalista compartido por Humboldt y el Estado ilustrado borbónico respecto a América. Como muestra de ello, dichas tablas fueron pensadas (en tanto resultado de los viajes y observaciones del explorador en territorio novohispano) al virrey Iturrigaray. El título completo de esa obra (*Tablas geográficas políticas del reino de Nueva España que manifiestan la superficie, población, agricultura,*

³² Leticia Mayer, *op. cit.*, p. 14.

³³ Laura Cházaro, “Medir la política en la Nueva España de Alexander von Humboldt”, en Covarrubias, José Enerique y Matilde Souto Mantecón (coords.), *Economía, ciencia y política. Estudios sobre Alexander von Humboldt a 200 años del Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*, UNAM/Instituto Mora, México, 2012, p. 93.

fábricas, comercio, minas, rentas y fuerza militar presentados al excelentísimo señor virrey por el Barón Alejandro de Humboldt)³⁴ nos permite ver la estrecha interrelación entre el poder político-administrativo y una manera específica de concebir el espacio geográfico. Es decir, los elementos del espacio novohispano –organizados en términos matemáticos y estadísticos– podían ser contabilizados, medidos y ubicados; con ello, el gobierno virreinal –y el metropolitano puesto que, como ya mencioné, fue el monarca español quien dio los permisos y facilidades a Humboldt para viajar a la Nueva España– podía administrar y explotar de mejor manera los elementos geográficos y demográficos que poseía el virreinato. Es posible, pues, apreciar la vinculación entre un tipo de conocimiento geográfico (que se vuelve visible mediante tablas, gráficos y mapas) y el ejercicio del poder político: o sea, de una geografía que está al servicio de la administración gubernamental. El sentido de la estadística como ciencia de Estado, era convertir esos datos en una “pragmática política”,³⁵ es decir, los datos dispuestos de manera estadística harían parte del quehacer político y administrativo del gobierno monárquico, con miras a mejorar la economía colonial.³⁶

Para apuntalar el tema del vínculo entre cartografía y poder, me remito a la correspondencia entre Humboldt y el Virrey José de Iturrigaray, en la cual el prusiano le dice (entre otras cosas) que

en el dibuxo [*sic*] y en mis tablas encontrara Vuestra Excelencia el tamaño y la fuerza política de todas las Intendencias. No se puede juzgar del bien o mal poblado de un pays [*sic*] sin conocer su área donde la qual su población esta repartida. Noticias que he saccado [*sic*] del Arzobispado me han facilitado los medios de corregir los errores de la Numeracion del

³⁴ Alexander von Humboldt, *Expediente 24. Tablas geográficas políticas del reino de Nueva España que manifiestan la superficie, población, agricultura, fábricas, comercio, minas, rentas y fuerza militar presentados al excelentísimo señor virrey por el Barón Alejandro de Humboldt*, 1802-1803, Archivo General de la Nación, Instituciones coloniales, volumen 72, fojas 1-21.

³⁵ Laura Cházaro, *op. cit.*, p. 89.

³⁶ *Ibid.*, p. 93. Por supuesto, el antecedente de ese interés por contabilizar la población, fue el censo de 1790, organizado por el virrey Revillagigedo.

Conde de Revillagigedo y de reducirla al año 1804 epoca del Gobierno [sic]
de Vuestra Excelencia...³⁷

Este intercambio epistolar nos deja ver la vinculación entre el gobernante y el geógrafo, en términos de que sus trabajos pudieran servir para “el Gobierno de estos vastos dominios”.³⁸ Así, el vínculo entre el geógrafo, sus obras –como sistematización de una serie de conocimientos– y el poder político virreinal queda de manifiesto. Por otra parte, Humboldt consideraba que para generar conocimiento científico, debía llevarse a cabo una observación directa del espacio, además de la medición y la recolección de datos empíricos –producto, justamente, de dicha observación del espacio geográfico–. Eso explica el porqué de la abundancia de gráficos, mapas y estadísticas en sus obras, pues constituían la representación visual de los datos que recolectó durante sus viajes a la Nueva España.³⁹ Dichos datos, obtenidos mediante la observación directa de la realidad física del territorio, daban la validez científica a un discurso sobre el espacio que se centraba, sobre todo, en sus aspectos físicos. En ese sentido, creo que en las obras de Humboldt subyace una idea del espacio geográfico en el sentido cartesiano, es decir, en su concepción como algo objetivo –real, susceptible de ser entendido y aprehendido *per se*–, medible y cuantificable, que podía ubicarse mediante coordenadas en una superficie plana marcada por cuadrículas, gráficos y líneas (o sea, en

³⁷Carta del Barón de Humboldt al Virrey Iturrigaray, 3 de enero de 1803, en: <http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx/sites/humb/humboldt/index.html>, fecha de consulta: 30 de abril del 2018.

³⁸Carta de Iturrigaray al Barón de Humboldt, 20 de enero de 1804, en: <http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx/sites/humb/humboldt/index.html>, 30 de abril del 2018.

³⁹Magali Carrera, pp. 67-68. Retomando la idea de los mapas como instrumentos vinculados al poder, es muy ilustrativo el hecho de que Humboldt viajara al Virreinato con el consentimiento de Carlos IV; asimismo, algunas autoridades virreinales –tanto civiles como eclesiásticas– le proporcionaron una serie de datos, obras de autores españoles así como facilidades para llevar a cabo sus travesías por la Nueva España. Es decir, el científico prusiano tuvo un vínculo directo con algunos miembros del Estado español, lo cual ilustra la relación entre los intelectuales y el poder político: “ampliamente recomendado por las autoridades españolas recibió en México, en abril de 1803, no sólo la más calurosa bienvenida sino también la confianza absoluta tanto de las autoridades como de los particulares, quienes pusieron a su disposición todos los archivos y documentos...” Michel Antochiw, “La visión total de la Nueva España. Los mapas generales del siglo XVIII”, en Mendoza Vargas, Héctor, *México a través de los mapas*, p. 86. Véase también Carrera Magali, p. 67.

mapas).⁴⁰ Al respecto, Raymond Craib –especialista en cartografía mexicana del siglo XIX– apunta que,

el espacio sujeto a las leyes universales de la ciencia, al arte de gobernar y a la economía política, adquirió una existencia científica y fáctica como objeto observable desvinculado de significado, experiencia y política. Situado en una red de coordenadas uniformes y matemáticamente configuradas, el espacio se convirtió en algo autoevidente, una superficie social e históricamente plana que se presta para su circulación, posesión y control [...] La conexión entre el espacio que sirve como escenografía y la cartografía es íntima. El sistema ordenado de coordenadas lineales es la gráticula de la cartografía moderna, la retícula epistemológica y metodológica de la longitud y la latitud que imaginariamente envuelve el globo. Una vez coordinado, todo el espacio realmente ha entrado ahí, su realidad ha quedado predicha en las coordenadas globales que postulan su existencia misma. La cartografía moderna, fundada sobre los mismos principios geométricos y matemáticas que el espacio en perspectiva, tomó forma como una ciencia supuestamente objetiva que mediaba entre la realidad espacial y la percepción humana de esa realidad.⁴¹

Por su parte, los mapas que conforman el *Atlas Geográfico y físico de la Nueva España*, se enfocaban en representar el relieve, mostrar caminos y poblados.⁴² De hecho, el autor hablaba en términos de “física terrestre”⁴³, refiriéndose al espacio como un ámbito observable y medible. Como explica Hugo Pichardo, “Humboldt investigó en Nueva España la flora y los minerales, realizó observaciones astronómicas, barométricas y cronométricas a través de varios viajes por el interior del reino, entrevistándose con las autoridades regionales para obtener permiso, apoyo e información sobre las costumbres, la población y las

⁴⁰ María Verónica Ibarra García, “Espacio: elemento central en los movimientos sociales por megaproyectos”, en: *Desacatos*, no. 39, mayo-agosto, CIESAS, México, 2012, p. 143.

⁴¹ Raymond Craib, *México cartográfico. Una historia de límites fijos y paisajes fugitivos*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2013, p. 25. Y más bien yo diría que, más que mediar, se tenía la idea de que el espacio geográfico era algo objetivo, susceptible de ser conocido, entendido y aprehendido mediante obras cartográficas basadas en métodos, técnicas e instrumentos de medición que se iban perfeccionando.

⁴² Alexander von Humboldt, *Atlas Geográfico y físico de la Nueva España*, Imprenta de Paul Reouard, París, 1827.

⁴³ Magali Carrera, *op. cit.*, p. 66.

condiciones físicas de las localidades que visitó”.⁴⁴ Aquí habría que resaltar el apoyo que los ingenieros mineros y militares novohispanos dieron a Humboldt –por ejemplo en cuanto a los conocimientos de las provincias internas de Chihuahua, las Californias, Santa Fe o Arizpe, puesto que no viajó a ellas–⁴⁵. En este sentido, es posible apreciar ciertas bases del conocimiento geográfico fincado en los saberes militares y mineros en la época tardía virreinal que, como veremos, tuvieron continuidad durante las primeras décadas del México independiente. Es decir que, en términos de las representaciones, vemos cómo al realizar sus trabajos geográficos y cartográficos, Humboldt trasladó a ellos su particular noción de la ciencia, sus saberes y su manera de entender y concebir el mundo como una realidad física susceptible de ser medida, cuantificada y aprehendida mediante mapas, gráficos y esquemas. Por ello, es posible apreciar una perspectiva racionalista, matemática y geométrica que responden al contexto intelectual e histórico particular en el cual estaba inmerso Humboldt. De igual manera, se pueden vislumbrar las relaciones de poder que atraviesan la producción del conocimiento geográfico.⁴⁶

⁴⁴Hugo Pichardo, *Hacia la conformación de una geografía nacional: Antonio García Cubas y el territorio mexicano, 1853-1912*, Tesis de Maestría en Historia de México, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2004, p. 21.

⁴⁵“El itinerario de Humboldt por Nueva España se compuso de cuatro viajes: el primero de Acapulco a México; el segundo de México a Real del Monte y de regreso; el tercero de México a Guanajuato y al Volcán de Jorullo, regresando por Toluca; y el último de México a Veracruz. En sus viajes contó con el apoyo de los profesores del Real Colegio de Minería, quienes lo acompañaron en algunos de sus recorridos”. *Idem*.

⁴⁶ La correspondencia entre Humboldt y el virrey Iturrigaray nos deja ver la estrecha relación entre el gobernante virreinal y el geógrafo, en términos de que sus trabajos pudieran servir para “el Gobierno de estos vastos dominios”. Carta del Barón de Humboldt al Virrey Iturrigaray, 3 de enero de 1803. Carta de Iturrigaray al Barón de Humboldt, 20 de enero de 1804.



Imagen 1. Alexander von Humboldt, *Carte Du Mexique et des Pays Limitrophes Situes Au Nord et a l'est* Dressée d'après la Grande Carte de la Nouvelle Espagne, en *Atlas Geográfico y físico de la Nueva España*, Imprenta de Paul Reouard, París, 1827, mapa 2.

En una de las cartas geográficas de su atlas, Humboldt plasmó su visión del espacio físico, ordenado a partir de parámetros matemáticos (el marco que rodea al mapa, e incluso se nota la tenue cuadrícula que atraviesa la carta). Asimismo, se puede apreciar su interés por mostrar la división política-administrativa interna del Virreinato en intendencias. Siguiendo la línea de análisis planteada, es significativo que lo que más salte a la vista sean los aspectos físicos del espacio: relieves, cuencas hídricas, litorales, etc. Es decir, podemos apreciar la mirada del geógrafo en términos de una visión racionalista, ordenada, centrada en una idea de espacio físico que puede medirse y cuantificarse para fines de administración, control y explotación de sus recursos. (Véase imagen 1).

El saber geográfico y la práctica cartográfica tuvieron bastante continuidad entre las últimas décadas del siglo XVIII y la primera mitad del XIX. En su momento, las autoridades españolas y virreinales promovieron toda una serie de proyectos –en el marco del reformismo borbónico– para fijar de mejor manera las fronteras del Virreinato novohispano. En dichos proyectos, los ingenieros militares fungieron un papel fundamental, puesto que se intentó delimitar la frontera norte de la Nueva España para afianzar su dominio, reforzando la ocupación poblacional y militar de dichos espacios fronterizos –de ahí que se llevaran a cabo algunos proyectos de colonización, lo cual fue también un anhelo que continuó después de la independencia⁴⁷. Por otro lado, la fundación del Real Colegio de Minería, el Jardín Botánico y la Academia de las Nobles Artes de San Carlos, fue una extensión de ese ímpetu ilustrado y modernizador de los gobiernos borbónicos.⁴⁸ En estos procesos, el saber geográfico resultó medular, pues además, se buscaba explotar la riqueza natural del virreinato. En ese sentido, quiero recalcar que la labor de Humboldt fue auspiciada por el gobierno español, y contó con el apoyo de autoridades virreinales.

Finalmente, es importante hacer referencia a la tradición visual que Humboldt inauguró con sus obras. Convencido de la importancia de la observación empírica de la realidad física y astronómica, buscó obtener la mayor cantidad de datos posibles de ella. Asimismo, quiso dar cuenta de las realidades geográficas del virreinato no solo a partir de

⁴⁷ Véase Beatriz Alcubierre Moya, *Niños de nadie. Usos de la infancia menesterosa en el contexto borbónico*, UAEM-Bonilla Editores, México, 2018, pp. 70-78. Edmundo O’Gorman consideraba (en su clásico estudio sobre el tema) que las divisiones territoriales del México independiente tuvieron su origen en la división en intendencias durante las últimas décadas del periodo colonial. Véase *Historia de las divisiones territoriales de México*, Editorial Porrúa (Sepan Cuantos), México, 2012 (primera edición: 1937), pp. 170-171.

⁴⁸ Omar Moncada traza la trayectoria de la institucionalización del conocimiento geográfico y de la consolidación de la figura del ingeniero geógrafo en su artículo “La profesionalización del geógrafo mexicano durante el siglo XIX”, disponible en <http://observatoriogeograficoamericalatina.org.mx/egal6/Ensenanzadelageografia/Desempenoprofesional/01.pdf>

tablas, gráficos y datos estadísticos, sino también mediante dibujos y grabados. En sus obras *Vistas de las cordilleras* (publicada por primera vez en francés en 1816), la *Geografía de las plantas* y los *Cuadros de Naturaleza*, Humboldt buscó plasmar de forma visual su propia experiencia de campo: mediante técnicas de grabado y dibujo, dio cuenta de la geografía física, dejando constancia de su percepción naturalista. **Véanse imágenes 2 y 3.** Esto es importante puesto que, posteriormente, tanto autores extranjeros como nacionales, se remitieron a los trabajos de Humboldt tanto para tener una guía para viajar dentro de México, como para dar cuenta de la diversidad y riqueza natural del país. La impronta del naturalismo se dejó ver a lo largo del siglo en grabados, litografías, pinturas y mapas como tendremos oportunidad de ver. En *Las Vistas*, el autor empleó la categoría “pintoresco”, la cual remite a algo que por su singularidad, curiosidad o belleza es digno de pintarse o retratarse.⁴⁹ Asimismo, este adjetivo lleva una carga subjetiva en la representación, pues conlleva la propia experiencia particular de sus autores.⁵⁰ Además, se aprecia que el interés científico por América descansa tanto en su dimensión histórica como en la natural, por ello el título de la obra. De igual manera, por lo mismo, en la primera edición, abundan las descripciones de lugares, su ubicación y medidas, todo ello se acompañó de imágenes tanto de vestigios prehispánicos como de elementos naturales como los volcanes o la complicada geografía novohispana. Es decir, hablamos de representaciones culturales (vistas/dibujos y mapas) en tanto que son construcciones visuales del espacio y, a la vez, percepciones particulares de Humboldt como observador de la realidad circundante. Una visión en la que

⁴⁹ Ana Isabel Sotelo, Olguín, *Imágenes de la Nueva España en la representación viajera. La visualidad de Humboldt*, Tesis de Licenciatura en Historia, Universidad Autónoma de Querétaro, 2017, p. 49. Al respecto, Elisa Garrido apunta que el término “atlas pintoresco” responde a un género de álbumes ilustrados realizados por científicos y viajeros, buscando recabar y representar lo visto por ellos.

⁵⁰ Elisa Garrido, “Arte, ciencia y cultura visual en el atlas pintoresco: Vista de la Plaza Mayor de la Ciudad de México”, en *HiN - Humboldt im Netz. Internationale Zeitschrift für Humboldt-Studien* (Potsdam - Berlin) XVI, 30, 2015, pp. 54-55.

indisociablemente se articulan la mirada científica y la curiosidad pintoresca. Este calificativo es de suma importancia pues se empleó en varias obras visuales del siglo XIX, particularmente el tercer atlas de García Cubas. Por lo tanto, nos remite a un género de publicaciones que busca representar algún aspecto, objeto o elemento del mundo, partiendo de esa lógica “curiosa y singular” que le atribuye su autor. Hablamos entonces de obras que enlazan dos dimensiones: la visual, que pretende dar cuenta de la realidad geográfica, y la material, que responde a técnicas, soportes y ámbitos de producción editorial con y en los cuales se materializa la representación. Esta doble dimensión es fundamental para trazar una historia cultural de ese tipo de obras, y en particular, de mapas y atlas del siglo XIX. Por lo tanto, adelantándome un poco a la discusión en torno a los atlas, diremos que aquellas obras visuales conjuntaron arte, ciencia y edición, por lo cual a veces resulta complicado historizarlas.

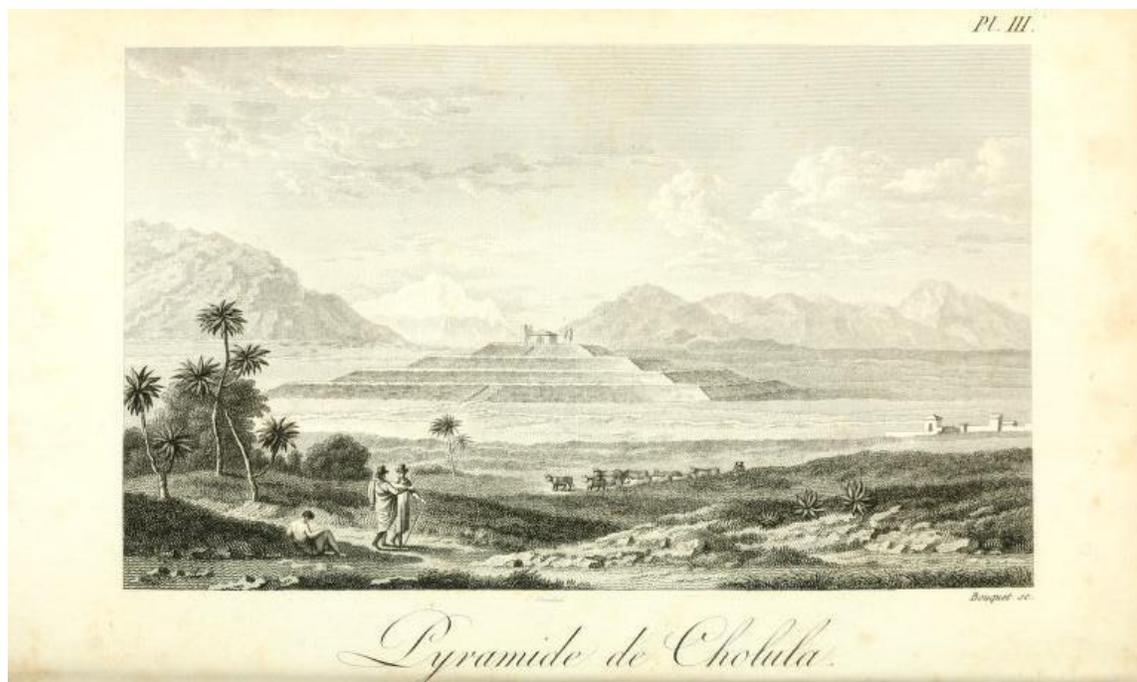


Imagen 2: Alexander von Humboldt, “Pyramide de Cholula”, en *Vues des cordilleres, et monumens des peuples indigenes de l’Amérique*, Libraire Grecque-Latine-Allemande, París, 1816.

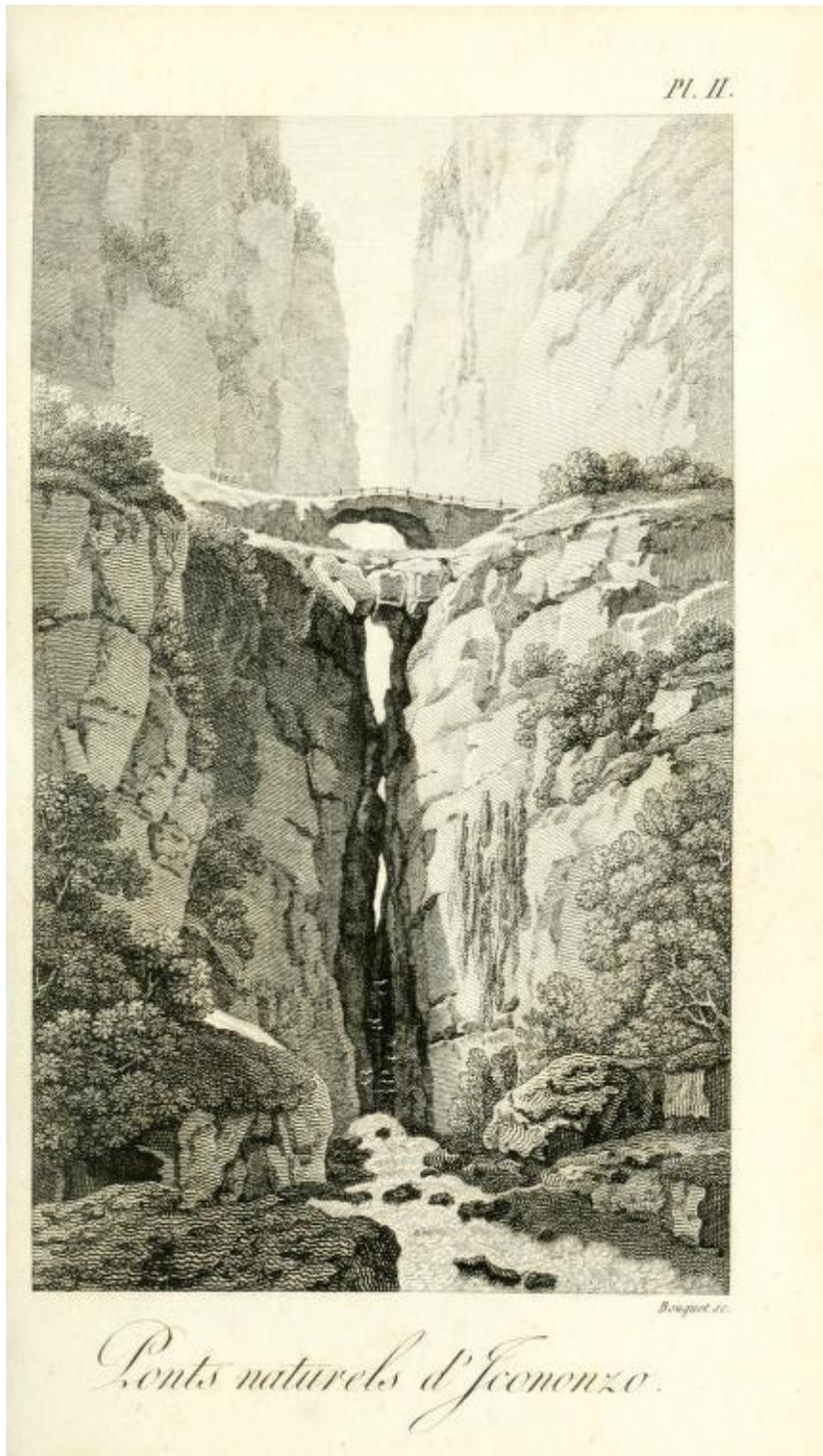


Imagen 3: Alexander von Humboldt, *Vues des cordilleres...*

Tras la independencia del virreinato, el proyecto de conformación del nuevo Estado independiente trajo consigo muchas necesidades y ajustes en lo referente al ámbito espacial, sobre todo en los proyectos y discursos de la élite política e intelectual que intentaba consolidarlo. Para entender el dinamismo de los saberes geográficos y las prácticas de mapeo –así como la importancia estratégica atribuida a ambas–, hay que considerar la conformación político-administrativa (tanto interna como externa) que fue inherente al proceso de construcción del Estado mexicano independiente.⁵¹ No se sabía bien a bien dónde terminaba México, ni al norte ni al sur.⁵² La demarcación de fronteras y los reacomodos territoriales, producto de disputas como la zona del Soconusco, de procesos de secesión como el de Texas o de guerra, como la que sostuvo el país con Estados Unidos) marcaron pautas y vaivenes espaciales de la historia decimonónica.

Resulta significativo que los primeros gobiernos del México independiente echaron mano, justamente, de las obras de Humboldt: se apoyaron en su *Atlas*, sus *Tablas* y el *Ensayo político* (en éste último había calculado la extensión territorial de la Nueva España de su tiempo en 81, 144 leguas cuadradas, equivalentes a 2, 519, 521 kilómetros cuadrados).⁵³ Es decir, las obras de Humboldt constituyeron un referente básico en cuanto a conocimientos geográficos y estadísticos a lo largo del siglo XIX.

⁵¹ Al respecto puede revisarse el citado trabajo de Edmundo O'Gorman, *Historia de las divisiones territoriales de México*. Si bien aborda las cuestiones político-administrativas, su estudio se enfoca sobre todo en los marcos legales y constitucionales que sustentaron la división territorial de México y los cambios que ésta sufrió como correlato de los cambios en materia constitucional.

⁵² Salvador Álvarez, "Patrimonio territorial y fronteras: la visión del Estado mexicano en el siglo XIX", en: Herrejón Peredo, Carlos (coord.), *La formación geográfica de México*, CONACULTA (El patrimonio histórico y cultural de México, 1810-2010), México, 2011 p. 79.

⁵³ En sus mediciones y cálculos, Humboldt consideró "un territorio que iba desde los 16 hasta los 39° latitud norte, esto es, desde los viejos límites entre el obispado de Oaxaca y la provincia de Chiapas, a la altura del golfo de Tehuantepec, hasta la altura del puerto de San Francisco en la Alta California [...] es claro, como aparece en su *Carta General de la Nueva España* que, en el caso de las provincias norteñas, el autor consideró solamente las franjas de territorio en donde existían asentamientos permanentes de españoles..."⁵³ *Ibid.*, pp. 79-80.

El proceso de formación de México (particularmente durante las décadas de 1820 y 1830) dio a la geografía un nuevo impulso como área de conocimiento estratégica, no sólo en su utilización para delimitar los contornos del pretendido territorio nacional, sino para conocer la abundancia, clasificación y ubicación de los recursos naturales del naciente país, su población, caminos, puertos y demás cuestiones relacionadas al espacio geográfico y su administración. En ese sentido, la incipiente profesionalización e institucionalización del conocimiento geográfico estuvo estrechamente ligada al Estado, dados sus intereses por conocer y controlar el territorio que buscaba administrar, independientemente de la filiación y postura política del gobierno en turno. Por tanto, hay que entender la aparición de la profesión de ingeniero geógrafo, así como del Instituto Nacional de Geografía y Estadística en este contexto.

Algunos especialistas en el tema de la geografía en el siglo XIX apuntan que su institucionalización como conocimiento científico y profesional se sustentó en el establecimiento de la profesión de Ingeniero geógrafo en el Colegio de Minería.⁵⁴ Pese a los continuos cambios en el ámbito gubernamental del nuevo país, hubo un interés continuo por utilizar los saberes geográficos como instrumento para la administración pública. Los gobiernos mexicanos buscaron en los ingenieros geógrafos a los especialistas “capaces de

⁵⁴ José Omar Moncada Maya, “El quehacer geográfico...”, p. 9. Esta profesión tuvo como antecedente directo, la de Ingeniero militar durante el siglo XVIII novohispano. Dichos ingenieros fueron enviados al Virreinato en el contexto del Reformismo borbónico, con la intención de realizar exploraciones geográficas para reforzar la administración del territorio virreinal, y fortalecer puntos estratégicos para su defensa militar, por ejemplo en la frontera norte como señalé al finalizar el último apartado de este capítulo. Es decir que en las últimas décadas de la época virreinal, la Corona española y las autoridades virreinales echaron mano de los ingenieros militares para tener un mejor conocimiento del espacio geográfico, lo cual nos habla de una concepción estratégica y utilitaria del conocimiento geográfico. Véase Héctor Mendoza Vargas, “Las opciones geográficas al inicio del México independiente”, en *México a través de los mapas*, Plaza y Valdés Editores/Instituto de Geografía, UNAM, México, 2000, pp. 90-92. Para ver un estudio del desarrollo de los ingenieros geógrafos puede consultarse la tesis de Héctor Mendoza Vargas, *Los ingenieros geógrafos de México, 1823-1915*, Tesis de Maestría en Geografía, UNAM, 1993.

conocer y esquematizar la enorme extensión del territorio”.⁵⁵ De hecho considero que esto fue un afán recurrente entre los gobiernos del México independiente, el intentar fomentar el desarrollo de la geografía como ciencia a partir de la formación de ingenieros geógrafos. Uno puede ver, por ejemplo, periódicos de distintos años y gobiernos en los que fue común el interés por la profesionalización de la geografía: en el gobierno de Santa Anna de 1843, en el de José Joaquín de Herrera de 1845, en el gobierno interino conservador de Félix Zuloaga en 1849, o durante el Imperio de Maximiliano en 1865, hubo un interés constante (independientemente de la filiación ideológica, o la forma de gobierno adoptada) en favorecer el desarrollo de la geografía mediante la figura de los ingenieros geógrafos.

De igual manera, es posible apreciar que, para mediados del siglo XIX, seguía habiendo una noción de la geografía como ciencia física, ligada a nociones matemáticas, geométricas y de medición.⁵⁶ El plan de estudios de la carrera de ingeniero geógrafo nos deja ver la impronta dejada por la tradición humboldtiana de la geografía como ciencia física. En los planes de estudio de 1843 y 1859 había una preponderancia de asignaturas como mecánica, electricidad, meteorología, cosmografía, geodesia, matemáticas, geometría y física.⁵⁷ Es decir, partía de una noción de conocimiento geográfico fundamentada en cuestiones matemáticas y técnicas, vinculadas a la noción de espacio físico. Evidentemente esto responde también a la formación ingenieril que recibían quienes querían formarse profesionalmente como geógrafos. De hecho, en fecha tan temprana como 1823, la legislatura

⁵⁵ José Omar Moncada Maya, “Los ingenieros geógrafos mexicanos (1846-1950), en: *Llull: Revista de la Sociedad Española de Historia de las Ciencias y de las Técnicas*, vol. 27, 2004, p. 98.

⁵⁶ Me parece bastante significativo que sean periódicos oficiales del gobierno los que publiquen información y noticias sobre la geografía y los ingenieros geógrafos. Véanse: *Diario oficial del Supremo Gobierno*, 5 de febrero de 1859, México, p. 1; *Diario del gobierno de la República mexicana*, 7 de octubre de 1843, México, p. 1.; *Diario del imperio*, 2 de octubre de 1865, México, p. 1.

⁵⁷ Irma Escamilla, José Omar Moncada Maya y Lucero Morelos, “Ingenieros geógrafos y astronomía en el México del siglo XIX”, en: María de la Paz Ramos y Marco Arturo Moreno (coords.), *La Astronomía en México en el siglo XIX*, UNAM, México, 2010, p. 61.

reunida tras el derrocamiento del Imperio encabezado por Iturbide, propuso crear especialidades educativas centradas en artillería, ingeniería geográfica, construcción naval, minas, caminos, puentes y canales.⁵⁸ Por lo tanto, estamos hablando de que, en sus inicios, la conformación de la geografía como conocimiento profesional e institucionalizado, estuvo vinculada a nociones del espacio físico, llena de aspectos técnicos y matemáticos, destinada a servir como conocimiento pragmático en cuestiones de administración, delimitación y defensa. “Como novedad profesional, la ingeniería geográfica aseguraba la medición exacta [del espacio] y la representación en mapas. Esto significaba que dicha especialidad podía dotar a los gobernantes mexicanos de una percepción homogénea e impersonal del territorio nacional”.⁵⁹ De hecho, los trabajos de los primeros ingenieros geógrafos mexicanos se encaminaron a labores de reconocimiento del territorio, su delimitación y medición. Es interesante que en las actas del Congreso del país de 1826 (publicadas en el periódico *El Sol*) se mencione como parte de los dictámenes, que los ingenieros delineadores debían formar parte de los cuerpos militares del estado mayor:

En el estado mayor se formará un departamento separado dirigido por un ayudante general ó primero á cuyo cargo estará mas particularmente la formación de proyectos de fortificación, construcción de las obras y levantamiento de planos geográficos, ocupándose lo relativo á este ramo, ya con respecto á la geografía general de la federación, como á la particular de los estados. Para que tan importante atención pueda desempeñarse, se estableciera en el cuerpo una academia de geografía y astronomía práctica [...] El estado mayor observará la ordenanza de ingenieros [...]⁶⁰

Estas disposiciones por parte de la Cámara de diputados –independientemente de si se llevaron a cabo o no– son bastante ilustrativas de varias cosas. Primero, son evidencia del

⁵⁸ Héctor Mendoza Vargas, “Las opciones geográficas...”, p. 93.

⁵⁹ *Ibid.*, p. 93.

⁶⁰ *El Sol*, México, 4 de abril de 1826, p. 178.

interés del gobierno de la época en las cuestiones geográficas. Segundo, muestran la vinculación que se establece entre la geografía y la figura del ingeniero militar (después ingeniero geógrafo). La noción de geografía que subyace en esos dictámenes del Congreso tiene que ver con aspectos que he venido mencionado: entre los requisitos para ser teniente delineador, se pedía conocimientos de aritmética, geometría, trigonometría, álgebra, dibujo natural.⁶¹ Es decir, estamos hablando de un saber geográfico articulado en torno a nociones matemáticas –retomo aquí la idea del espacio geográfico como medible y cuantificable– que tenía especial relevancia para las labores militares y de reconocimiento del territorio por parte del gobierno mexicano.

En suma, las tareas de los ingenieros geógrafos se encaminaron hacia el reconocimiento del territorio nacional –o, al menos en aquel momento, pretendidamente nacional– a través de sus viajes, observaciones, mediciones y estudios. Todo ello tuvo como fin el intento de crear una carta geográfica nacional que sirviera a los gobiernos mexicanos –independientemente de su filiación ideológica– para gobernar al país. No obstante, es importante señalar que estos trabajos no pueden entenderse sin las instituciones y asociaciones científicas de la época, así como de las comisiones de límites y los trabajos impulsados desde las secretarías de Estado. En el apartado siguiente, haré una serie de apuntes en torno a este marco institucional-científico desde y en el cual tuvieron lugar las actividades en materia de geografía y cartografía

Ahora bien, no hay que perder de vista que la necesidad de fomentar el desarrollo de una carrera profesional de geografía –y de su institucionalización posterior a través de asociaciones e instituciones científicas– respondía a problemáticas planteadas por la

⁶¹ *Id.*

independencia misma del país: había que conocer el territorio, fortalecer el control y administración de espacios alejados del centro administrativo del país —es decir, la ciudad de México—, delimitar fronteras y fortalecer puestos y avanzadas militares ante una siempre latente intervención o invasión extranjera —que, como sabemos, ocurrieron efectivamente en varias ocasiones a lo largo de la primera mitad del siglo XIX—.

1.2 De Sociedades y secretarías. La institucionalización del conocimiento geográfico.

Según María Lozano, la creación del Instituto Nacional de Geografía y Estadística (que se trasformaría a la postre en la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística) fue una iniciativa del gobierno reformista de Valentín Gómez Farías, pues consideraba fundamental materializar una institución que ayudara a conformar los conocimientos estadísticos y geográficos necesarios para el ejercicio del gobierno.⁶² “Así, a los pocos días de haber tomado en sus manos la dirección del Estado, apoyado en la Constitución (1824), la cual definía atribuciones de los poderes, estableciendo la posibilidad de que el gobierno creara instituciones para auxilio de su ejercicio, Valentín Gómez Farías, con la contribución de Bernardo González Angulo, su secretario de Relaciones interiores y exteriores [...] establecieron una corporación que denominaron Instituto Nacional de Geografía y Estadística”.⁶³ Dicha institución reunió a intelectuales de la época, concedores de ciencias,

⁶² María Lozano Meza, “La Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, la organización de la ciencia, la institucionalización de la geografía y la construcción del país en el siglo XIX”, *Boletín del Instituto de Geografía*, UNAM Núm. 52, 2003, pp. 159-160. Según José Moncada, “la profesionalización del geógrafo mexicano estuvo determinada por la existencia de organismos científicos que tenían como actividad primordial la elaboración de mapas, o bien, apoyar mediante observaciones astronómicas, geodésicas o topográficas, el trabajo cartográfico. Algunas obras, como las de Orozco y Berra (1881) y de Isidro Rojas (1911), ejemplifican claramente que esta concepción de la geografía se limitaba al conocimiento del territorio mediante la elaboración de mapas y planos, “Los ingenieros geógrafos...”, p. 98. Yo agregaría la estadística como otro aspecto medular en cuanto al conocimiento geográfico.

⁶³ *Id.*

quienes eligieron presidente a Justo Gómez de la Cortina. En la reseña histórica que 1901 escribió Enrique de Olavarría y Ferrari en 1901 sobre la Sociedad (y quien fuera miembro suyo), se afirmaba que la creación del INGE fue un logro de la administración de Gómez Farías y del empeño que tuvo Gómez de la Cortina en darle el impulso a la institución, al comprender la importancia de sistematizar y uniformar la reunión de datos geográficos y estadísticos del país.⁶⁴ Si bien hay que tomar con cautela lo dicho por Olavarría y Ferrari (en tanto miembro del propio organismo), creo que es posible ver la verosimilitud de sus afirmaciones en relación con lo que he venido diciendo en este capítulo, o sea, que el saber geográfico –en su vinculación con los datos estadísticos– resultaba fundamental para la conformación del Estado (pese a los vaivenes políticos). Más aún, según se ha visto, la localización y delimitación de los espacios y sus recursos físico-naturales era una cuestión de suma importancia que venía dándose desde las últimas décadas de la época virreinal. En este sentido, la creación del INGE fue un intento de constituir un organismo que ayudara al Estado en las labores geográficas y estadísticas, para mejorar la administración y el gobierno del territorio que se antojaba nacional: “el Instituto de Geografía y Estadística no dejó de seguir sus trabajos, activándolos mucho en los últimos meses de 1838. Desde que fue restablecido, dejó escrito D. José Gómez de la Cortina, "los socios " se ocuparon en adquirir y revisar datos para la formación " tanto de la Estadística como del mapa geográfico general de la República”.⁶⁵

⁶⁴ Enrique de Olavarría y Ferrari, *La Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística. Reseña histórica*, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, México, 1901, pp. 5-7.

⁶⁵ De acuerdo a lo que afirma Olavarría y Ferrari, la primera atención del Instituto “fué desde luego establecer un método fijo para sus trabajos. Partiendo de este "principio, el Instituto se dividió en cuatro secciones; la primera de Geografía; la segunda de Estadística; la tercera de " observaciones geográficas, astronómicas y meteorológicas, "y la cuarta de adquisición de materiales: al Gobierno dejó" únicamente el cuidado de suministrar aquellos datos que "son resultado del desempeño de los cargos administrativos, como por ejemplo, las indicaciones parciales de la población, de las rentas de la agricultura, del producto del comercio, del estado

Según lo consignado en la introducción del primer tomo de su boletín, órgano de difusión de los trabajos de los miembros del INGE, éstos consideraban que su labor en dicha institución era la prueba de que la nación mexicana estaba siguiendo las huellas de las naciones ilustradas de Europa en su camino de cultura, civilización y perfeccionamiento social. Dentro de ese sendero, la ciencia se erigía como el derrotero que guiaría a México en su progreso hacia un estadio ilustrado y civilizado.⁶⁶ Asimismo, con franca modestia, afirmaban que el INGE empezaría por una labor limitada al acopio de materiales, examen y rectificación de los ya existentes, y a la paulatina publicación de nuevos trabajos en materia geográfica y estadística.⁶⁷ En ese sentido, los artículos de ese primer boletín (publicados entre 1833 y 1839) se basaron en trabajos elaborados por sus miembros, los cuales apuntaban sobre todo a temas como la población⁶⁸ y el reconocimiento y cálculo de dimensiones de territorios (como el istmo de Tehuantepec).⁶⁹

de la industria, del número de animales "productivos, y otras noticias que no es fácil que pueda conseguir una corporación paramente científica, y mucho rae" nos un particular". *Ibid.*, p. 13.

⁶⁶ *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, tomo I, tercera edición, Tipografía de Andrés Boix, México, 1861, p. 3.

⁶⁷ *Ibid.*, p. 4.

⁶⁸ Aquí retomo la "herencia" de la labor de Humboldt, pues las cifras aproximadas que se dan en el artículo sobre población, proceden principalmente de su *Ensayo Político sobre el Reino de la Nueva España*. *Ibid.*, p. 15. De hecho se e hace referencia a varios datos publicados en los estados del país entre 1803 y 1836, lo cual confirma que, en primera instancia, la labor de los miembros del INGE era recabar y ordenar los datos existentes en materia estadística. Hay que decir también que resulta interesante que esta actividad del INGE coincida con momentos de reconfiguración territorial como la separación de Texas. Sin duda dichos cambios en la organización territorial y la delimitación de fronteras tuvieron mucho que ver con la producción de conocimiento geográfico y las prácticas de mapeo, como veremos más adelante.

⁶⁸ *Ibid.*, p. 8.

⁶⁹ Me parece muy significativo que en el artículo sobre dicho tema, se resalte la ubicación geográfica –en términos de latitudes– y la importancia de la ubicación y reconocimiento de espacios estratégicos para las vías de comunicación y de transporte necesarios para el progreso económico. *Ibid.*, p. 38. Llamó mi atención el istmo por la idea recurrente a lo largo del siglo XIX de volverlo una zona de conexión interoceánica entre el Golfo y el Pacífico: "Los primeros gobiernos independientes de México realizaron estudios y agrimensuras para determinar la ruta de un canal interoceánico, pero ningún proyecto se realizó, más por razones políticas, que por los problemas tecnológicos a los que se podrían haber enfrentado al realizar los trabajos. Desde la década de los cuarenta del siglo [XIX] hasta los inicios del Porfiriato, diferentes comisiones científicas extranjeras y nacionales hicieron estudios y agrimensuras en el Istmo de Tehuantepec. Asimismo se realizaron diferentes proyectos alternativos para construir un canal, un ferrocarril para transportar barcos y hasta se llegó a pensar en un túnel para la región". Leticia Reina, "Los albores de la modernidad: el ferrocarril de Tehuantepec",

Por lo tanto, la labor prioritaria del INGE –en tanto institución intelectual, científica, vinculada directamente a los gobiernos nacionales– estaba encaminada a recabar datos, mapas, informes y demás obras que permitieran sistematizar los datos estadísticos del país (sobre todo en cuanto a población, recursos naturales) y elaborar una carta geográfica general del país (o sea, un mapa) pensándolo como territorio nacional.⁷⁰ Insisto entonces en considerar que la territorialización del Estado nacional pasó por varios canales, uno de los cuales fue el de los impresos, particularmente los de índole geográfica.

En la “Sesión de la Junta Menor del Instituto” (celebrada en 1838), los miembros asistentes y el secretario, examinaron y aprobaron “los materiales destinados para los primeros boletines del instituto, y [se] acordó que luego que esté impreso el primero, se presente al supremo gobierno de la nación en nombre de aquel establecimiento”.⁷¹ Dicho *Boletín* (que apareció en marzo de 1839) fue el vehículo de la corporación científica para difundir sus trabajos e investigaciones (dado su carácter enciclopédico al que he hecho referencia), que además debía fungir como medio de intercambio con otras sociedades científicas.⁷² De hecho el INGE fue el único organismo institucional en materia de geografía y estadística, al menos durante la década de 1830. Resulta interesante que en el segundo tomo del *Boletín*, se integren temas de Historia, antigüedades, vestimenta, lenguaje, etc. O sea que es posible apreciar la incorporación de aspectos sociales en los ámbitos del conocimiento geográfico y estadístico. Según el segundo *Boletín*, la labor de la ahora nombrada Comisión

Universidad Veracruzana/Centro de Investigaciones Históricas, Anuario VIII, México, 1992, p. 9. Hay que señalar que dichos proyectos eran no tomaban en cuenta a los diversos grupos indígenas que ocupaban la región.

⁷⁰*Ibid.*, p. 8.

⁷¹*Ibid.*, p. 58.

⁷²Luz Fernanda Azuela Bernal, “La Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, la organización de la ciencia, la institucionalización de la geografía y la construcción del país en el siglo XIX”, en: *Boletín del Instituto de Geografía UNAM*, núm. 52, 2003, p. 158.

de Estadística Militar era, primero que otra cosa, “pedir noticias a todos los Estados, tanto para adquirir nuevas, como para rectificar las que recibió del Instituto [Nacional de Geografía y Estadística]”.⁷³ Ello con el objetivo de rectificar y tener mejores conocimientos de los datos estadísticos y para elaborar la carta geográfica del país.

En una sentencia bastante ilustrativa, los miembros de la Comisión defendían a capa y espada su labor por mejorar los datos estadísticos del país, diciendo que

si hoy abundan en la República mexicana más que en otras partes los hombres ignorantes y superficiales, que miran con indiferencia cuando no con desprecio, los trabajos estadísticos, ó que los consideran inútiles y como objeto de lujo científico, tiempo llegará en que se le haga justicia al actual gobierno, y en que la nación agradecida confiese que le es deudora del conocimiento de su verdadera historia, de su geografía, de su comercio, de su industria, de su agricultura, de su estado social, de sus fuerzas, de su respetabilidad política, de sus inmensos recursos y riquezas, en una palabra, de su *Estadística*.⁷⁴

En otro número del *Boletín* se mencionaba la importancia de lo estadístico, pues todo lo referente al país, en cuanto a sus habitantes, sus hábitos, la población y sus movimientos, las riquezas y su distribución en el territorio, así como los gastos, finanzas y el estado de ilustración de las masas, debía ser ordenado estadísticamente para la correcta administración pública y el buen gobierno.⁷⁵ Así pues, la estadística se presenta como el saber científico necesario para los hombres de Estado “para tener una idea exacta de los recursos de un

⁷³Conde la Cortina, *Boletín de Geografía y Estadística de la República Mexicana presentado al Supremo Gobierno por la Comisión de Estadística Militar*, no. 2, México, Tipografía de R. Rafael, Calle de Cadena número 13, julio de 1849, p. II.

⁷⁴ P. VI

⁷⁵ “Memoria Chorográfica y estadística del Estado de Guanajuato”, en: *Boletín de Geografía y Estadística de la República Mexicana presentado al Supremo Gobierno por la Comisión de Estadística Militar*, no. 2, México, Tipografía de R. Rafael, Calle de Cadena número 13, julio de 1849, p. 3. Los primeros artículos publicados en el segundo Boletín proceden de Guanajuato, tocando temas referentes a estadística, meteorología, vegetación, recursos minerales, lenguaje, topografía e historia de dicho estado de la República. Esto, además, confirma el afán enciclopedista del *Boletín*.

territorio”.⁷⁶ De esta manera, el conocimiento geográfico y estadístico del espacio nacional se vuelve fundamental para el gobierno, al interrelacionarse cuestiones como la geografía física del país, conocimientos meteorológicos, vías de comunicación y puntos militares estratégicos para la defensa del territorio (de ahí que el nombre del INGE se haya cambiado por el de Comisión de Estadística Militar). Todo ello iba encaminado a conocer científicamente al espacio, sus elementos y población, con el fin de lograr “el progreso y bienestar” del país. Al respecto, el historiador Raymond Craib apunta que esto tiene que ver con cierta obsesión de los gobiernos mexicanos de la época por fijar todo lo referente al Estado-nación: “el gobierno y el desarrollo requerían la capacidad de contar, imponer contribuciones, arbitrar, en una palabra, de regular. La regulación y la inversión requerían, a su vez, de un espacio homogéneo, predecible y unidades fijas de análisis: jurisdicciones políticas, categorías de gente, propiedades delimitadas, etc”.⁷⁷ De ahí el interés por fijar el territorio en términos estadísticos y en términos visuales mediante gráficos; por ello la apremiante urgencia por elaborar la carta general del país: “Del territorio querremos ante todo saber dónde está, qué parte ocupa del globo terráqueo: su latitud y longitud en todos sentidos, esto es, su distancia del Ecuador al Septentrión, que es la de toda nuestra República, y la que tiene al Este o al Ocaso, según que se tome del meridiano de México, de Greenwich, París, la isla de Fierro o Tenerife”.⁷⁸

Como se ha mencionado, en 1839, por disposición del gobierno nacional, el Instituto se transformó en Comisión de Estadística Militar, pasando a depender del Ministerio de Guerra. El énfasis ahora era constituir una estadística que permitiera al país fortalecer su

⁷⁶ *Ibid.*, p. 4.

⁷⁷ Raymond Craib, *México cartográfico...*, p. 77.

⁷⁸ Boletín del Instituto Nacional de Geografía y Estadística, tercera edición, Tipografía de Andrés Boix, México, 1861, p. 10.

ámbito militar.⁷⁹ El Conde de la Cortina siguió al frente de la asociación, y Juan Nepomuceno Almonte (Ministro de guerra de entonces) solicitó a las autoridades locales y de las demás secretarías que facilitaran todas las noticias y documentos a la CEM para perfeccionar los datos estadísticos del país y formar la carta geográfica general.⁸⁰ “La Comisión de Estadística militar [...] subsistirá por todo el tiempo que sea necesario para publicar la carta general de la República, concluir las particulares de los Estados, el Diccionario geográfico y la Estadística de la nación, con aplicación al ramo militar”.⁸¹

Por otra parte, es interesante el orden de temas que la disposición oficial solicitaba en términos estadísticos: topografía, aguas, climas, reino mineral, reino vegetal, reino animal, población, agricultura, industria, comercio, instrucción pública, rentas públicas, gobierno y administración civil y judicial, guardia nacional, historia, . De todos los elementos (asociados al espacio geográfico), se buscaba saber cuánto había, dónde (es decir su ubicación precisa), su clasificación o valor económico según fuera el caso. Se partía de un tipo de geografía física a una geografía más económica, política y social, siempre pensando en que podía ubicarse, medirse, cuantificarse y aprehenderse a través de los datos estadísticos. Los artículos que la CEM debía elaborar sobre esos temas “tienen por objeto dar a conocer en lo

⁷⁹ Esto abona, me parece, a la idea de continuidad en el vínculo entre conocimiento geográfico y labores militares de reconocimiento y defensa, que venía dándose desde los últimos años del periodo virreinal. No obstante, sin duda fueron la secesión de Texas y la intervención francesa de 1838 los fenómenos que revelaron la urgencia por tener mejores conocimientos geográficos y estadísticos para usarlos en la defensa del país ante conflictos tanto internos como externos.

⁸⁰ “Documentos oficiales relativos á la creación y organización de la Comisión de Estadística Militar”, en: *Boletín de Geografía y Estadística de la República Mexicana presentado al Supremo Gobierno por la Comisión de Estadística Militar*, no. 2, México, Tipografía de R. Rafael, Calle de Cadena número 13, julio de 1849, p. 32.

⁸¹ *Boletín de Geografía y Estadística de la República Mexicana presentado al Supremo Gobierno por la Comisión de Estadística Militar*, no. 2, México, Tipografía de R. Rafael, Calle de Cadena número 13, julio de 1849, p. 41. En esas disposiciones oficiales, Almonte mandó que se gastara lo necesario para llevar a cabo los propósitos de la comisión; asimismo, contemplaba ocupar a los empleados civiles y militares necesarios para dichas labores.

general la situación y elementos de riqueza y civilización de cada Estado, a lo que es lo mismo, su fisonomía peculiar con respecto a los demás Estados de la federación”.⁸² Es decir, se sigue apreciando la interrelación entre los conocimientos científicos y la idea de progreso y civilización: conocer de manera científica el territorio (vía la geografía y la estadística) era tarea primordial para encauzar al país en la senda del progreso civilizatorio, y para fortalecer la administración del Estado-nación. Por lo tanto, en el discurso se aprecia un proyecto de consolidación nacional que necesariamente apunta al conocimiento del país para poder generar un sentido territorial dentro de la lógica del Estado nacional. Partiendo de lo anterior, podemos ver una manera de concebir el mundo, fincada en valores racionales y estadísticos.

En suma, el Instituto Nacional de Geografía y Estadística (en sus variantes de Comisión de Estadística Militar y, después, como Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística) fue la primera asociación científico-intelectual en materia geográfica y estadística del México independiente que tuvo como objetivo medular la organización e institucionalización del saber científico en dichas áreas.⁸³ Se trató de un órgano institucional conformado por intelectuales y científicos de la época, en el marco de espacios de sociabilidad en torno al conocimiento y las labores científicas –como sus contemporáneas en materia de literatura–. Hablamos, pues, de espacios de socialización (intercambio, discusión, estudio) del conocimiento científico a través de publicaciones especializadas impresas:

las sociedades científicas se constituyeron en ámbitos donde se validaban los resultados de la investigación y acreditaban la pertenencia de los hombres de ciencia a la comunidad. De esta manera se abrió paso a la

⁸² *Boletín de Geografía y Estadística de la República Mexicana presentado al Supremo Gobierno por la Comisión de Estadística Militar*, no. 2, México, Tipografía de R. Rafael, Calle de Cadena número 13, julio de 1849, pp. 33-39.

⁸³ Luz Fernanda Azuela Bernal, “La Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, la organización de la ciencia, la institucionalización de la geografía y la construcción del país en el siglo XIX”, en: *Boletín del Instituto de Geografía UNAM*, núm. 52, 2003, p. 153.

socialización formal de la práctica científica (si bien seguía siendo un fenómeno social articulado en torno a la clase letrada del país), misma que se afirmaría a lo largo del siglo XIX mediante la creación y/o consolidación de los sistemas institucionales –organismos de investigación, planes de estudio e instalaciones educativas *ad hoc*-; el establecimiento de medios de intercambio y comunicación –congresos, publicaciones impresas-; y la integración con las redes científicas internacionales –canje de publicaciones, becas, congresos y proyectos colectivos-.⁸⁴

Cabe mencionar que buena parte de sus miembros egresaron de la carrera de Ingeniero militar que se impartía en el Colegio de Minería. Para recapitular la importancia que el conocimiento geográfico y estadístico tenía entre la clase política e intelectual del siglo XIX, me remito al discurso de ingreso a la SMGE pronunciado por Tomás Aznar Barbachano en 1860, mismo que fue publicado en el tomo VIII del *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*. Según este político y escritor, todos los asuntos que conciernen con el territorio nacional están vinculados a la geografía y la estadística:

las cuestiones de aranceles, de alcabalas, de establecimientos de contribuciones, de recaudación y distribución de las rentas federales, de apertura de puertos para el comercio, de carreteras generales, de ferrocarriles, de correos, de contingente militar, de defensa de la nación, de protección a la marina y la industria, de terrenos baldíos, de división territorial, de forma de gobierno; todas las administraciones, de legislación y aun de justicia; todas las sociales, políticas y económicas, no pueden resolverse acertadamente entre nosotros sin consultar la Geografía y la Estadística de la nación.⁸⁵

Aún más, este personaje hacía una analogía entre un padre de familia (el gobierno), su casa (el Estado) y su familia (la nación). El edificio donde habitan tendría que conocerse, saber sus límites, la división de sus espacios, su temperatura, etc. Sin los conocimientos

⁸⁴ *Ibid.*, p. 155. Al respecto, Azuela menciona que la SMGE fue la primera asociación científica geográfica del continente americano y la cuarta en el mundo (después de la de París, Berlín y Londres). Véase *id.*

⁸⁵ Tomás Aznar Barbachano, “Importancia del estudio de la Geografía y Estadística como base fundamental de un buen gobierno”, en *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, tomo VIII, México, 1860, p. 460.

estadísticos y geográficos de ese espacio, el padre de familia no podría administrar correctamente al espacio y la población que contiene. Esta analogía resulta por demás ilustrativa pues, pese a que es un texto publicado en 1860, muestra la vigencia de la noción de geografía que se configuró desde principios del siglo XIX, esto es, aquella que considera el espacio geográfico como una realidad evidente, susceptible de ser medida, ubicada, delimitada y cuantificada científicamente a través de datos estadísticos, latitudes y cifras. Para poder controlar y administrar el pretendido territorio nacional, se debía dar cuenta de los elementos que había en él: desde los recursos naturales hasta la población; desde los límites fronterizos hasta el comercio y la navegación. Los hechos naturales (percibidos así por los intelectuales y científicos decimonónicos), en tanto que respondían a leyes naturales (según la perspectiva de la época), podían ser entendidos y esquematizados mediante datos matemáticos, estadísticos y obras cartográficas. Al final, el discurso que pronunció Aznar apuntaba a resaltar la necesidad y utilidad de la SMGE, cuyo principal objetivo seguía siendo (para la década de 1860) conseguir “una Geografía y una Estadística exactas y completas de toda la República.”⁸⁶

Pese a los avatares políticos, los conflictos externos (las intervenciones española y francesa, la independencia de Texas y, posteriormente, la guerra con Estados Unidos) e internos (los cambios en la división territorial, las denominaciones estado/departamento, etc.), la entidad científica siguió con sus labores, y fue en 1852 cuando, a pesar de la irrupción del gobierno santannista, obtuvo el nombre de Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística; más aún, según una publicación del periódico *El Universal*, obtuvo su existencia

⁸⁶ *Ibid.*, p. 463. Este discurso fue dado en plena guerra civil de Reforma; de ahí que su autor hiciera hincapié en mantener la Sociedad activa, pese a “la tormenta presente”.

legal mediante decreto del Congreso, y sus miembros formaron un reglamento, mismo que fue aprobado por el gobierno.⁸⁷ En un informe del Ministerio de Fomento, publicado en octubre de 1853 por *El Universal*, se solicitaba a los gobernadores de los estados y a los jefes políticos, formar una memoria estadística de su respectiva demarcación para contribuir a la elaboración de la estadística general del país. Asimismo, se decía que se había solicitado a los dueños de fábricas informes que permitieran enriquecer dicha estadística general, con el objetivo de conocer la riqueza pública.⁸⁸

Aquí quiero destacar tres cuestiones. La primera es que, al parecer, existía una importante dificultad en cuanto a la obtención de los datos solicitados a los estados del país: la insistencia reiterada por solicitarlos nos habla de la no atención a la petición hecha por los diversos gobiernos (federales o centralistas), y de las dificultades de obtener esos datos y mandarlos a la capital del país (o a ambas cosas). La segunda cuestión es que la SMGE estuvo estrechamente ligada al gobierno nacional mediante sus secretarías de estado: ya fuera la Secretaría de Relaciones internas y externas, la Secretaría Militar o el Ministerio de Fomento, la interrelación entre poder político y comunidad científica, detentadora (al menos en el discurso) de un conocimiento sobre el espacio, los recursos y la población, nos remite nuevamente a la idea de la geografía y de la cartografía como elementos que se articulan en relaciones de poder. Por último, como he venido insistiendo, hubo una continuidad en cuanto a la importancia dada al conocimiento geográfico y estadístico por los gobiernos mexicanos

⁸⁷ “Sociedad de Geografía y Estadística”, *El Universal. Periódico independiente*, México, 4 de julio de 1852, segunda época, tomo VIII, número 79, p. 1. En dicho artículo se menciona que la Sociedad tenía la misión de establecer uniformidad en el sistema de pesos y medidas, formar los itinerarios sobre los caminos al interior del país, las posibles líneas telegráficas; ante todo ello, se seguía señalando la enorme dificultad de obtener los datos necesarios de todo el país para tales fines, así como la carencia de recursos destinados a la Sociedad: “no hay dinero para la impresión del Boletín mensual, se nos dicen; ¡ni siquiera para comprar papel y plumas!”. *Id.*

⁸⁸ “Ministerio de Fomento, colonización, industria y comercio. Informe”, *El Universal. Periódico independiente*, México, 5 de octubre de 1853, tomo X, número 66, p. 1.

(independientemente de sus filiaciones políticas y la forma de gobierno adoptada): tanto los conservadores como los liberales se mostraron dispuestos a apoyar financieramente a la institución, pues para la clase intelectual y política de entonces, tanto la geografía como la estadística, constituían ciencias básicas para el arte de gobernar. De tal manera que el conocimiento geográfico-estadístico resultó medular para intentar controlar la realidad, el mundo, el país: “con la capacidad para medir y comparar, llegaba la capacidad de planear, modificar y transformar economías, espacios y poblaciones”.⁸⁹

1.3 Entre viajeros, recursos naturales y fronteras

Como correlato del desarrollo de la geografía en conocimiento científico, la producción de obras cartográficas atravesó por varios procesos, lo cual hizo que algunos temas y requerimientos se convirtieran en cuestiones medulares tras la independencia y como consecuencia de la conformación del Estado-nación. En primera instancia está el papel de los viajeros extranjeros, quienes, patrocinados por los gobiernos mexicanos, así como por los gobiernos y empresas de sus propios países (interesados en desarrollar industrias y negocios en México), realizaron viajes de reconocimiento y exploración en distintos momentos del siglo XIX.⁹⁰

En definitiva, los viajes de Humboldt inauguraron una suerte de tradición viajera-exploradora. De ahí que los extranjeros que se internaron en México a lo largo del siglo XIX, tuvieran como referentes los trabajos del científico alemán. Por supuesto este tema (que ha

⁸⁹ Raymond Craib, *México cartográfico*, p. 42. Yo agregaría que implicaba construir una imagen de la nación mexicana en términos numéricos, gráficos y visuales, así como la posibilidad de controlar y administrar el país; la capacidad de ejercer poder político sobre el territorio, sus recursos y población.

⁹⁰ Luz Fernanda Azuela, “El territorio mexicano en los estudios de los viajeros del siglo XIX”, en: Luz Fernanda Azuela y Rodrigo Vega y Ortega (coords.), *Naturaleza y territorio en la ciencia mexicana del siglo XIX*, UNAM/Instituto de Geografía, México, 2012, p. 84.

sido explorado bastante por los estudiosos de la ciencia, la extranjería y las relaciones diplomáticas en el siglo XIX)⁹¹ es muy amplio, por lo que en este apartado quiero abocarme a dos cuestiones de suma importancia. Por un lado, dicha tradición se sustentó en cierto exotismo respecto a la representación de lo hispanoamericano. Por ello al registrar sus estudios en imágenes, contribuyeron a formar la base de cultura visual en torno a los vestigios prehispánicos que se fue desarrollando a lo largo del siglo. En primera instancia, inmediatamente después de la visita de Humboldt, la corona española autorizó a Guillermo Dupaix visitar la Nueva España con el objetivo de explorar las antiguas ruinas prehispánicas. Acompañado del dibujante Luciano Castañeda, Dupaix hizo una serie de estudios de sitios como Palenque, Monte Albán y Mitla. Dicho trabajo se vio interrumpido en 1808 a raíz de la crisis monárquica española.⁹² Sin embargo, tras la independencia, se retomó aquel ímpetu viajero-explorador. Ejemplo de ello fue William Bullock, quien publicó su obra *Six Months Residence and Travel in Mexico*, tras su viaje por el país; asimismo, Carl Nebel retomó el interés por dichos temas antiguos en su obra *Viaje pintoresco arqueológico sobre la parte mas interesante de la República mexicana* (publicada en 1840). Por su parte, Pedro Gualdi publicó un álbum propiamente litográfico en 1841 titulado *Monumentos de México*.⁹³ Además de que dichas obras muestran el referido exotismo e interés sobre las peculiaridades

⁹¹ Véase particularmente el trabajo de Stacie Widdifield, "El impulso de Humboldt y la mirada extranjera sobre México", en Acevedo, Esther (coord.), *Hacia otra historia del arte en México. Tomo I. De la estructuración colonial a la exigencia nacional (1780-1860)*, CONACULTA, México, 2001, pp. 257-271.

⁹² Luis Gerardo Morales, "El primer Museo Nacional de México", en Acevedo, Esther (coord.), *Hacia otra historia del arte en México. De la estructuración colonial a la exigencia nacional (1780-1860)*, CONACULTA, México, 2001, p. 44.

⁹³ Stacie Widdifield, "El impulso de Humboldt...", p. 262. Esta autora advierte que, con todo, estas obras eran bastantes caras para la época, y que en primera instancia, estaban pensadas para consumo extranjero. Asimismo, apunta que el interés por lo exótico tenía un trasfondo científico práctico: lo que se quería era descubrir, registrar y ubicar los recursos naturales (en el contexto borbónico, del virreinato; después, para fomentar la minería nacional). Por ello, viajeros como Humboldt (cuyos trabajos tuvieron un interés por parte de Carlos IV como mencioné en el primer apartado de este capítulo), Bullock, Egerton y Rugendas, tuvieron particular interés en la geografía física y el tema de la minería.

de la antigüedad prehispánica (y de ahí el adjetivo pintoresco), debemos enfatizar la creciente importancia de los libros ilustrados y la conformación de una tradición visual anclada en el desarrollo de las técnicas de grabado y litografías. Es decir, no hay que pensar solo el discurso visual de las representaciones, sino considerar que la dimensión material y técnica también fue adquiriendo un desarrollo significativo a lo largo de la centuria. Como veremos posteriormente, esta vinculación se mantuvo, gestándose un fenómeno de apropiación y resignificación de ese interés extranjero (imbuido de una lógica científica e ilustrada) por parte de los propios científicos nacionales (como Alamán, Orozco y Berra y el propio García Cubas). Adelantándome a los subsecuentes capítulos, sostengo que es posible apreciar un proceso de nacionalización de dicha mirada e interés sobre la geografía (en amplio sentido) y el interés arqueológico por las antiguas civilizaciones.⁹⁴ Como bien señala Erika Pani, la impronta dejada por la mirada extranjera de los viajeros de la primera mitad del siglo XIX contribuyó a definir dos ámbitos clave en la conformación del nacionalismo mexicano: la exaltación del pasado prehispánico y las figuras populares.⁹⁵

Por su parte, Henry George Ward, quien llegó al país en 1823, designado por el gobierno inglés para conocer la situación de México tras su independencia, publicó en 1828 su obra *Mexico in 1827* (en tres volúmenes), en la cual destacó una serie de características

⁹⁴ A propósito de esto, Luis Gerardo Morales menciona que, por ejemplo, en 1790, la Piedra del Sol y la Coatlicue (recién descubiertos) fueron dispuestos y resignificados por parte del gobierno del virrey Revillagigedo dentro de la lógica ilustrada-científica del Estado borbónico. Asimismo, Morales menciona que en ese tenor fue abierto el Gabinete de Historia Natural en la ciudad de México. Luis Gerardo Morales Moreno, "El primer Museo...", p. 40.

⁹⁵ Erika Pani, "Los viajeros decimonónicos y la definición de lo nuestro", en Escalante Gonzalbo, Pablo (coord.), *La idea de nuestro patrimonio histórico y cultural*, CONACULTA, México, 2011, p. 30. "La fascinación por el mundo antiguo mexicano se nutría de la sed de aventuras y descubrimientos –in situ o desde el sofá de la biblioteca- y del interés por las ruinas tan en boga en la época, renovado por los hallazgos recientes de la arqueología y la antropología. Los viajeros satisficieron esta curiosidad no sólo describiendo sus hallazgos por escrito, sino retratándolos en llamativas imágenes, por medio del grabado y la litografía primero, y de la fotografía después". *Ibid.*, p. 34.

del país independiente: comenzando por su extensión, haciendo varias consideraciones sobre la división territorial del país y recursos naturales, pasando por los tipos de productos que México exportaba, hasta llegar a cuestiones relacionadas con el tipo de gobierno (del cual hacía hincapié en su herencia española). Además de hacer referencia a los límites aproximados de México, tanto en su frontera norte como en su frontera sur,⁹⁶ es evidente que el objetivo de Ward era hacer un reconocimiento de la situación de México con miras a una posible inversión y al establecimiento de tratados comerciales por parte de empresarios ingleses o del mismo gobierno de Inglaterra.⁹⁷ En ese sentido me parece importante destacar su papel como viajero extranjero en plan diplomático, pero con fines de reconocimiento de la geografía mexicana: sus límites, características físicas y potencial económico cimentado en sus recursos, lo cual podía traducirse en relaciones comerciales benéficas para el Imperio inglés: “de lo que he dado cuenta en las páginas precedentes, de la estructura particular y el clima de México, se puede inferir la variedad infinita de sus producciones”.⁹⁸ Por todo ello, vuelvo a poner sobre la mesa la discusión que atraviesa este capítulo, esto es, que el conocimiento geográfico era concebido como algo medular al permitir conocer las características geográficas físicas, la extensión, ubicación de recursos, cantidad de población, lo que constituía un pilar sobre el cual podrían desarrollarse la administración, el comercio y la industria. El saber geográfico podía traducirse en un mejor dominio del ser humano sobre la naturaleza: ahí radicaba su fuerza e importancia. La labor de ese tipo de personajes no es

⁹⁶ De hecho, hace referencia a lo inexactas (y controversiales) que resultan las fronteras. Sobre la sur, refiere que por entonces, los gobiernos de México y Guatemala debatían sobre sus límites. Henry George Ward, *Mexico in 1827*, Henry Colburn, New Burlington Street, London, 1828, p. 3.

⁹⁷ Además de estar enmarcado en las tensiones de corte político entre las logias yorkina y escocesa (respaldando esta última). Véase Martha Poblett Miranda, *Viajeros en el siglo XIX*, CONACULTA, México, 2000, p. 15. Otro viajero inglés que visitó México en 1823 animado por el tema de la minería fue William Bullock. Véase *ibid.*, pp. 5-4.

⁹⁸ Ward, p. 40 (la traducción es mía). Como dato no menor, quiero destacar que uno de los autores que consultó Ward para complementar su obra fue, justamente, Humboldt.

menor, pues el corpus de mapas y obras geográficas producidos durante las primeras décadas de vida independiente fueron elaborados por extranjeros como Ward. Es decir, a la impronta dejada por Humboldt debe agregársele el influjo de producciones provenientes sobre todo del ámbito anglosajón y francés. Otros autores extranjeros fundamentales fueron Claudio Linati y Carl Nebel, a quienes retomaré posteriormente.

La utilidad de la cartografía en la época descansaba en su capacidad para traducir a un soporte material plano, toda esa serie de datos, registros y nociones espaciales. Es decir, un mapa podía ilustrar ese universo de conocimientos geográficos, volviéndolo visible: se partía de la idea de que la realidad espacial se plasmaba sin más en un mapa.⁹⁹ De ahí que existiera una multiplicidad de usos de la cartografía: desde la ubicación y delimitación del territorio (como en el caso del atlas de Humboldt), el establecimiento de una división territorial interna, hasta fungir como documento para alegatos sobre tierras y recursos.¹⁰⁰ Sobre esto último asunto, Elías Trabulse refiere una serie de autores cuyas obras hacen referencia a cómo debía llevarse a cabo la medición de terrenos. A juzgar por el estudio de dicho historiador, lo que se aprecia en ese tipo de obras (las cuales existían incluso desde el siglo XVIII) es que los criterios y técnicas utilizados para dichos fines se enmarcan en una

⁹⁹ Esto nos remite a una tradición más amplia rastreada por David Olson, en la cual la imprenta, en tanto tecnología, posibilitó el desarrollo de una cultura impresa que permitió acumular, difundir, sistematizar y estandarizar un universo muy amplio de conocimientos, obras y noticias. En el caso particular de los mapas, Olson apunta que el desarrollo de la imprenta fue paralelo a la expansión europea de los siglos XV-XVI (en adelante), lo cual implicó que los “descubrimientos”, exploraciones y mapeos se ligaran estrechamente al desarrollo de los impresos. En ese sentido, hace referencia a un proceso de estandarización en la concepción del mundo (trasladado al papel, como consecuencia de ese desarrollo paralelo) vía los mapas impresos. Aún más, el autor señala que dicha estandarización (que consistió en adoptar parámetros uniformes para ubicar, medir y representar el espacio a partir de criterios matemáticos, longitudes, paralelos, etc.) implicó una noción de representación fiel, literal y objetiva del espacio. Es decir, se concebía que al trazar/dibujar la realidad espacial en el mapa, se debía hacer de manera exacta, literal: debía buscarse la precisión, exactitud y fidelidad en la representación cartográfica. David Olson, *El mundo sobre papel. El impacto de la escritura en la estructura del conocimiento*, Gedisa, España, 1998, pp. 221- 244.

¹⁰⁰Por ejemplo, para la elección de la capital de Estado de México, se señalaba la necesidad de medir las tierras que abarcaba éste, y situar (por medio de los trabajos de un agrimensor) los datos en un mapa. “Comunicado. Sobre el modo de acertar la elección de capital para el estado de México”, en *El Sol*, 5 de junio de 1826, p. 4.

concepción del espacio como algo medible a través de nociones geométrico-matemáticas, con el objetivo de elaborar mapas topográficos.¹⁰¹ De ahí que, como mencioné en algunas partes anteriores de este capítulo, las figuras del agrimensor y de los ingenieros geógrafos fueran fundamentales en tanto especialistas en dichos conocimientos aplicados.

Por su parte, Lucas Alamán apuntaba la necesidad de formar un atlas geográfico y minero a partir de los datos y los mapas que, según él, existían en el Ministerio de Estado y del Despacho de Relaciones Interiores y Exteriores en 1831. El político sugería –en una memoria presentada a las Cámaras del Congreso– reunir dichos datos y mapas para confrontarlos, rectificarlos y con ello, formar la Carta (geográfica) General del país. Para tales cometidos, Alamán solicitaba mediante dicha memoria que el Congreso autorizara los gastos necesarios para seguir recopilando datos referentes a la geografía del país, y para plasmarlos en obras cartográficas. Por supuesto no hay que perder de vista que buena parte del siglo XIX, los gobiernos nacionales enfrentaron una situación financiera precaria crónica. Por ello resultaba difícil destinar recursos a los proyectos científico-geográficos. Alamán consideraba como imperiosa la necesidad de reunir los planos y otras noticias referentes a la minería, para recogerlos en un “Atlas de nuestra riqueza mineral, obra tan importante para un país en que uno de los ramos principales de su industria es la minería, en el cual a veces se invierten infructuosamente sumas cuantiosísimas, por falta de datos para la conveniente formación y dirección de las empresas”.¹⁰² Esto resulta importante para mi investigación no sólo por el antecedente que representa en cuanto al interés de formar un atlas geográfico, sino

¹⁰¹ Elías Trabulse, *Ciencia y tecnología en el nuevo mundo*, El Colegio de México/FCE, México, 1994, pp. 68-71.

¹⁰² Lucas Alamán, “Atlas geográfico y minero”, *Memoria de la Secretaría de Estado y de Despacho de Relaciones Interiores y Exteriores, presentada por el Secretario del ramo a las Cámaras del Congreso general*, Imprenta del Águila, México, 8 de enero de 1831, p. 318.

porque refuerza la idea de la importancia que los hombres de letras de la época le atribuían a la geografía, así como a la formación de obras cartográficas como algo elemental para el desarrollo económico del país: “este género de trabajos, no sólo es muy importante para la prosperidad de la Nación, representado el estado de sus ramos productivos, y haciendo ver las medidas necesarias para sus fomento, sino que hará honor a su ilustración entre las [naciones] extranjeras”.¹⁰³

Otro tema fundamental al que respondía dicha necesidad apremiante por conocer geográficamente a México, era justamente el de la delimitación de las fronteras, lo cual se liga al tema de la territorialización nacional. Manuel Mier y Terán señalaba en un informe de 1828 que era necesario llevar a cabo trabajos para delimitar las fronteras tanto al norte como al sur, refiriendo la poca población mexicana en Texas.¹⁰⁴ Por su parte, Manuel Larráinzar publicó una obra en 1843 (en el marco de la disputa entre México y Guatemala por el Soconusco), en la cual elaboró un alegato de corte histórico para sustentar la legitimidad mexicana sobre aquel territorio. Lo interesante de su argumento es que conjuga la Historia con la geografía: todo el primer apartado lo dedica a dar cuenta de la situación geográfica del Soconusco, para después hacer un recuento histórico de dicha provincia, desde la conquista hasta el siglo XIX. Al hacer referencia a la ubicación de la zona (en términos de longitudes y latitudes), Larráinzar menciona algo bastante ilustrativo de su concepción de la geografía y la cartografía: “una carta, aunque imperfecta, de todo el departamento [de Chiapas] que

¹⁰³ *Ibid.*, p. 319.

¹⁰⁴ Manuel Mier y Terán, *Informe del General Manuel Mier y Terán al presidente de la República Guadalupe Victoria*, 1828, consultado en: <http://www.memoriapoliticademexico.org/Textos/2ImpDictadura/1828IMM.html>, 9 de junio del 2018. Asimismo, el General hacía referencia al tema de la colonización, el cual constituye sin duda otro aspecto importante que nos remite a las labores de reconocimiento geográfico y medición de terrenos como algo fundamental. Dicho personaje advertía la poca población mexicana en Texas, en yuxtaposición con los colonos estadounidenses.

tengo en mi poder, lo pone entre el 15° 10' y 18° 20' latitud, y 280° y 284° 11' longitud. A pesar de que esta variedad hace incierto cualquier cálculo que pudiera formarse sobre la extensión territorial del departamento, creo que con mucha probabilidad puede calcularsele aproximadamente una área de 6,250 leguas cuadradas".¹⁰⁵ Esto revela el estrecho nexo entre mapa, ubicación y medición del espacio. Asimismo, apelaba a la legitimidad otorgada por la Historia (fundada en una pretendida imparcialidad y narración de los hechos tal cual ocurrieron),¹⁰⁶ y a la precisión del conocimiento espacial basada en criterios geométricos, matemáticos y astronómicos para construir un alegato territorial. En otras palabras, Larráinzar conjugó la Historia y el conocimiento geográfico para defender la legítima pertenencia del Soconusco a la nación mexicana. Su caso me parece bastante ilustrativo de cómo las problemáticas de la territorialización nacional propias del siglo XIX pasaron muchas veces por vía de la geografía y de la cartografía. En ese primer capítulo de su obra continúa describiendo la situación geográfica física del Soconusco: ubicación, relieve y una serie de aspectos sociales y económicos vinculados al espacio (como el tema referente al tipo de producción de la zona); de igual manera, hacía hincapié en la potencialidad de la zona por los recursos que poseía, pero llamaba la atención sobre la poca población con que contaba.

En suma, en este apartado quise esbozar algunas de las aristas más significativas que tocan el tema de la cartografía del México decimonónico. Como intenté mostrar, la elaboración de mapas tuvo como fin un sentido utilitario, encaminado a atender diversas cuestiones relacionadas con el espacio geográfico: mostrar la extensión de algún estado,

¹⁰⁵ Manuel Larráinzar, *Noticia histórica del Soconusco y su incorporación a la República mexicana*, imprenta de J. M. Lara, calle de la Palma no. 4, México, 1843. p. 2.

¹⁰⁶ *Ibid.*, p. 3.

territorio o el país mismo, servir como documento para el desarrollo minero o la delimitación de tierras. En todos estos casos, la cartografía devino instrumento que permitió volver visible el espacio –y sus elementos– a partir de criterios pretendidamente científicos que partían de observaciones astronómicas, mediciones geométricas y cálculos matemáticos. La elaboración de obras geográficas –que además estuvo estrechamente vinculada a la vida política del país y a ciertos ámbitos institucionales de la intelectualidad de la época– fue la materialización de una serie de representaciones, apropiaciones y perspectivas del espacio geográfico a partir de criterios específicos. Al menos en los proyectos de los gobiernos y grupos de científicos de las primeras décadas del México independiente, se nota el claro interés en la geografía y la estadística como campos de conocimiento que debían desarrollarse para articular una dimensión nacional del espacio y poder controlar el territorio. Esto, por supuesto, no se logró pronto ni de manera fácil. Más aún, hubo dificultades importantes (sobre todo en materia financiera) que impidieron materializar dicho desarrollo.

Si bien no quedan agotadas las sendas de la geografía y de la cartografía en este capítulo, quise delinear un marco de referencia sobre dichas temáticas para poder entrar en el tema de los atlas que son el objeto de estudio de esta investigación. Como se verá en los siguientes capítulos, en el caso de García Cubas hubo una manera específica de entender y visibilizar el espacio a través de sus obras cartográficas; los senderos a los que me aproximé a lo largo de este capítulo fueron, justamente, punto de partida para sus trabajos. Aunque fue un proceso lento y sinuoso, se fue configurando una noción de geografía que imperó a lo largo del siglo XIX. De ese paradigma científico, abrevaron los geógrafos que, finalmente, lograron elaborar las primeras obras geográficas mexicanas de corte general. A ello me referiré en el siguiente capítulo.

Capítulo II: Los atlas y sus contextos: la geografía, la cartografía y los avatares del Estado-nación en la segunda mitad del siglo XIX

Si bien a lo largo del capítulo anterior sostuve que los fundamentos y características del conocimiento geográfico y de la práctica cartográfica del siglo XIX pueden entenderse dentro de una tradición amplia que hunde sus raíces en la época tardo colonial, también hay que decir que el desarrollo de dichos campos de saber (y de su aplicación mediante la producción de mapas) se vio marcado por las implicaciones del proceso de conformación del Estado-nación durante el siglo XIX, y particularmente por algunos contextos históricos concretos dentro de dicho proceso. En ese sentido, este capítulo tiene como objetivo reconstruir y delinear los contextos de producción de los atlas de García Cubas, para situarlos en sus propios términos. Busco hacer un balance y relacionar las características generales de dichos atlas con los momentos en los cuales surgieron.

Ahora bien, no quiero omitir a Manuel Orozco y Berra, no sólo porque fue quien antecedió a García Cubas en las labores de trabajo geográfico como intelectual de mediados del siglo XIX, sino porque aportó obras que buscaron explorar ciertas dimensiones que, considero, reconceptualizaron la geografía en términos poblacionales y etnográficos.¹⁰⁷ Además de colaborar en el *Diccionario* dirigido por Alamán, participó activamente en proyectos de orden geográfico-administrativo durante el Imperio de Maximiliano. En ese sentido, hay que reconocer que fue un personaje medular en la producción y aplicación de conocimiento geográfico. Sobre todo porque fue él quien tuvo la iniciativa de llevar al ámbito

¹⁰⁷ Por etnográfico, Orozco y Berra entendía (siguiendo a Balbi), todo aquello que se refería a las características y elementos distintivos de la lengua de un pueblo. En tanto que la lógica es que un pueblo es tal partiendo de la lengua que hablan y los distingue. Manuel Orozco y Berra, *Geografía de las lenguas y carta etnográfica de México*, Imprenta de J. M. Andrade y F. Escalante, 1866, pp. X-XIV.

de la geografía lo concerniente a los grupos lingüísticos del país. Su obra fue un primer intento por sistematizar –a partir de obras de diversa índole, sobre todo documentación producida por los gobernantes virreinales– y clasificar los datos referentes a la población indígena. Por supuesto el trabajo de Orozco y Berra es amplísimo y requiere una revisión y estudio pormenorizado, lo cual rebasa el objeto de esta tesis. Sin embargo debe entenderse el vínculo estrecho entre aquellos geógrafos, el cual respondía a las inquietudes de una elite tanto científica como política que veía la geografía como un campo de estudio indispensable para el gobierno. Asimismo, es claro que, en tanto comunidad de interpretación, compartían referentes, preceptos y lenguajes comunes. Se percibe una manera particular de entender el conocimiento geográfico, que permite ver una forma de concebir el mundo desde un momento histórico desde el cual se enuncian los discursos de conocimiento.

Desde sus inicios como cartógrafo, Antonio García Cubas, quedó entrelazado con científicos y políticos de mediados del siglo XIX. Nacido en la ciudad de México en el 24 de julio de 1832, pues pese a las dificultades familiares que enfrentó (pues su padre murió cuando él era aún niño), pudo cursar sus primeros estudios gracias a los contactos y vínculos que su familia tenía. En 1843 estudió en el Colegio de San Gregorio, y para 1850 logró insertarse en la Dirección General de Colonización e Industria.¹⁰⁸ Según relata el propio García Cubas en *El libro de mis recuerdos*, tenía habilidad para el dibujo así como interés por la geografía. Sin duda, el momento crucial de su desempeño en el ámbito público llegó en 1853, cuando ingresó de lleno en la recién creada Secretaría de Fomento, Colonización, Industria y Comercio, gracias al favor de Joaquín Velázquez de León, titular del ramo.¹⁰⁹

¹⁰⁸ Si bien la tesis de Hugo Pichardo no es de corte biográfico, sí rastrea los momentos significativos de la vida de García Cubas en su formación como geógrafo. Véase Hugo Pichardo, *op. cit.*, capítulo II.

¹⁰⁹ *Ibid.*, 75.

Esto con el fin de hacerse cargo de la elaboración de la *Carta General de la República*, lo cual constituyó un anhelo entre los gobiernos mexicanos a lo largo de la primera mitad de la centuria. Asimismo, ingresó como miembro de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, principal organismo de fomento, desarrollo y difusión del conocimiento espacial en aquel entonces. Conviene recalcar que, como es bien sabido, fueron dos los principales factores que impidieron sistematizar el conocimiento geográfico y estadístico del país: la falta de recursos, y la inestabilidad política, cuestiones interrelacionadas que volvieron difícil cimentar esas áreas de conocimiento (consideradas estratégicas para el gobierno para la administración del país) y producir las esperadas obras geográficas y estadísticas de la nación. De ahí que fuera hasta la década de 1850 cuando cristalizaron las primeras grandes obras de dicha índole: el *Diccionario Universal de Historia y de Geografía* (obra coordinada por Lucas Alamán y publicada en 1853), la citada *Carta General*, así como el *Atlas Geográfico, Estadístico e Histórico* formado por el mismo García Cubas. Por otra parte, siguiendo a Carrera, es fundamental considerar que dichas obras fueron parte de un fenómeno más amplio de expansión en la producción de imágenes que forjaron una suerte de cultura visual al mediar el siglo XIX. En términos materiales, esto tuvo que ver con desarrollos técnicos como la introducción y desarrollo de la litografía, los daguerrotipos, y la creciente capacidad de producción de las casas editoriales.¹¹⁰ Por otra parte, es importante recalcar que al igual que otros geógrafos de la época, García Cubas recibió el influjo de la tradición geográfica humboldtiana.¹¹¹

¹¹⁰ Magali Carrera, *op. cit.*, pp. 15-18.

¹¹¹ Esto se puede rastrear a partir de las referencias hacia Humboldt que el propio García Cubas hace en algunas de sus obras.

2.1 Los intentos por sistematizar el conocimiento geográfico del país a mediados del siglo XIX

Para los políticos e intelectuales de entonces, la urgencia por elaborar una carta geográfica propia quedó de manifiesto cuando, al calor del fin de la guerra con Estados Unidos, algo tan fundamental como la nueva delimitación de la frontera norte tuvo que hacerse sobre la base de un mapa elaborado por el estadounidense John Disturnell.¹¹² Resulta significativo el hecho de que ante una situación de tal magnitud, el gobierno mexicano tuviera que conformarse con un mapa de México elaborado en el extranjero; es decir que para la resolución de un conflicto de tal envergadura, que implicó un reajuste en la frontera septentrional, se tuvo que recurrir a una obra cartográfica producida fuera del país. De acuerdo con Hugo Pichardo, la anexión de los territorios del norte a Estados Unidos y la posterior adquisición de La Mesilla en 1853, volvieron todavía más apremiante la necesidad de estudiar el territorio, así como de poblarlo, ubicarlo y representarlo en obras geográficas y cartográficas. Dicho en otros términos, la sucesiva pérdida del espacio septentrional entre 1836 y 1853, generó cierta concientización en cuanto al tema de la territorialidad nacional entre los gobiernos y los científicos mexicanos de entonces.¹¹³

Como resultado de dicho proceso, hubo que establecer los nuevos límites. Por ello, entre 1848 y 1857 se conformaron sucesivas Comisiones de Límites, animadas además por el asunto de La Mesilla y el establecimiento de un nuevo tratado de límites (el *Tratado Gadsden*), lo cual no sólo significó estudiar, medir y representar cartográficamente la frontera norte de México, sino que fue un ejercicio importante en términos del desarrollo y la

¹¹² *Legislación mexicana*, mayo 30 de 1848, México, p. 369.

¹¹³ Hugo Pichardo, *op. cit.*, p. 51.

aplicación del conocimiento geográfico.¹¹⁴ En dichas comisiones participaron ingenieros militares, agrimensores y científicos astrónomos, en una serie de labores en las que se conjuntaron conocimiento topográfico, astronómico y elaboración de mapas. En ese sentido, la década de 1850 vivió un dinamismo importante en cuanto al desarrollo de la geografía como campo de aplicación de conocimiento. La urgencia del trabajo de los comisionados (tanto los mexicanos como los estadounidenses) tuvo que ver con las imprecisiones que, según los propios miembros de las comisiones, tenía el citado mapa de Disturnell,¹¹⁵ y por tanto, dada la percepción científica decimonónica del conocimiento geográfico, generó la premura por delimitar científicamente el espacio limítrofe entre ambos países: medirlo y establecer puntos de acuerdo a longitudes y latitudes, fijando todo eso en obras cartográficas. Los mapas producidos por las comisiones fueron completados en septiembre de 1857.

En ese tenor, el gobierno mexicano decidió legalizar la existencia de la SMGE por medio de la *Ley del 28 de abril de 1851*.¹¹⁶ Con ello, se terminó de afianzar su existencia como organismo dedicado al conocimiento geográfico y estadístico, directamente vinculado con el poder político estatal-nacional. Sus miembros dieron a conocer en un artículo del *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, que ya se tenía listo un mapa general de la República, mismo que enviaron a Estados Unidos y a Europa para ser impreso.¹¹⁷ Al parecer, esto fue el antecedente directo del *Atlas Portulano* que se pensó posteriormente, el cual, aunque fue el primer atlas mexicano en concebirse, tuvo dificultades

¹¹⁴ Para ver un estudio pormenorizado de los trabajos de las Comisiones de Límites, puede consultarse el trabajo de Paula Rebert, “Los ingenieros mexicanos en la frontera: cartografía de los límites entre México y Estados Unidos, 1849-1857, en Mendoza Vargas, Héctor (coord.), *México a través de los mapas*, UNAM/Instituto de Geografía, México, 2003.

¹¹⁵ *Ibid.*, p. 113.

¹¹⁶ *Ley del 28 de abril de 1851 legalizando la existencia de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, y el reglamento que ella ha acordado para su gobierno interior*, Imprenta de Palacio, México.

¹¹⁷ “Mapa de México”, *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, tomo III, imprenta de Cumplido, México, 1852, p. 37.

financieras para ser publicado, por lo que solamente fue proyectado.¹¹⁸ No obstante, pese a que no fue publicado, sin duda el proyecto del *Atlas portulano* fue el primer gran intento por sistematizar la información geográfica y cartográfica del país. Todo lo anterior nos muestra que no fue una casualidad que justo en la década de 1850 cristalizaran las primeras obras geográficas y cartográficas que hacían visible al país en su extensión, recursos y delimitaciones (si bien siguieron existiendo vacíos, datos incompletos, erróneos, etc.). En ese sentido, la guerra con Estados Unidos fungió como catalizador del desarrollo geográfico y cartográfico al mostrar la necesidad de tener obras que permitieran tener una noción de dónde terminaba México, dónde estaba ubicado, cuáles eran sus recursos, caminos, etc.

Después del *Atlas portulano*, el segundo gran intento por recabar y ordenar la información geográfica a manera de glosario general fue el *Diccionario Universal de Historia y de Geografía*, obra colectiva publicada en España en 1853. Fue Lucas Alamán quien dirigió la monumental obra, en la que colaboraron otros científicos e intelectuales mexicanos como Joaquín Icazbalceta y Manuel Orozco y Berra. Este trabajo colectivo fue hecho a imagen del *Diccionario Universal de Historia y de Geografía*, obra española dirigida por Francisco de Paula Mellado, y publicado en 1846 en Madrid –el cual, a su vez, se basó en el *Dictionnaire Universel d'Histoire et de Géographie*, editado en París en 1842 por Marie Nicolas Bouillet–.¹¹⁹ Según las palabras de la nota introductoria, el diccionario mexicano era

¹¹⁸ En el tomo III de su Boletín, los miembros de la SMGE afirmaban que tanto la carta general como el atlas estaban por publicarse. Sin embargo, no se lograron tales cometidos. *Ibid.*, p. 5. Salvador Méndez sostiene que la *Carta General*, el *Atlas y portulano de la República* (presentados por Santiago Blanco, miembro de la SMGE), fueron enviados por el gobierno mexicano a Estados Unidos para su publicación, lo cual me hace pensar que fue debido a la falta de recursos (y/o de la tecnología) suficientes para hacerlo en México. Cfr. Salvador Méndez Reyes, “Instituciones, obras y viajeros”, en Herrejón Peredo, Carlos (coord.), *La formación geográfica de México*, CONACULTA, 2011, México, pp. 26-27.

¹¹⁹ Lo cual nos remite a una serie de redes científicas tejidas entre intelectuales de México y algunos países de Europa; o sea, a un contexto de desarrollo científico que se manifestó en la conformación de organismos e instituciones científicas, los cuales empleaban medios impresos para publicitar y comunicar sus aportes, descubrimientos y noticias. Cfr. Antonia Pi-Suñer, “Una gran empresa cultural de mediados del siglo XIX: el

una simple recopilación de datos y hechos referentes a la geografía y la historia del país, el cual buscaba

amplificar las reflexiones que allí se señalaron apenas; llamar la atención sobre los datos bibliográficos que se encuentran acopiados al relatar la vida de todos los hombres celebres en todas las ciencias, mencionando sus principales escritos; demostrar la trivialidad del mucho trabajo que se ahorra cuando con hojear un libro arreglado por el cómodo orden alfabético se puede saber el punto en donde se han de encontrar las doctrinas que se buscan o las noticias que se necesitan, sería repetir una cosa que no debe ignorar ninguno de los que puedan consultar esta publicación.¹²⁰

Según sus autores, la obra que emprendieron era necesaria puesto que el país carecía de un trabajo propiamente mexicano que concentrara la información geográfica e histórica del país. No hay que perder de vista que este diccionario es otra obra publicada bajo auspicio de una asociación científica (la Sociedad de Literatos Distinguidos). Por ello, hablamos de conocimientos que se plasmaron y publicitaron mediante obras impresas, mismas que se desprendían de asociaciones de intelectuales y científicos. Esto nos deja ver, justamente, las condiciones de posibilidad del contexto de producción de la obra. Muchas veces no se toma en cuenta que, en tanto producción de conocimiento, la elaboración de una obra cartográfica responde a intereses de ciertos sectores sociales, y circula en comunidades de interpretación a partir de la propia dinámica de circulación de medios impresos, que en el caso del México de mediados del siglo XIX, tuvo como epicentros las ciudades y como ámbitos de producción algunas casas editoriales. Asimismo, al pasar por alto el vínculo tan estrecho entre el cartógrafo y los organismos e instituciones que dirigen y detentan el conocimiento se pierde de vista la relación entre conocimiento y poder político. En ese sentido, cuando hablamos de

Diccionario Universal de Historia y de Geografía”, en Suárez de la Torre, Laura (coord.), *Empresa y cultura en tinta y papel (1800-1860)*, Instituto Mora/UNAM, México, 2001, p. 411.

¹²⁰ Lucas Alamán, *et. al.*, *Diccionario Universal de Historia y de Geografía*, tomo I, tipografía de Rafael, librería de Andrade, México, 1853, p. II.

estas obras de índole geográfica, debemos considerar que fueron producto de las labores de quienes participaban en dichas comunidades de intelectuales, y que dicha labor es impensable sin tener en cuenta los vínculos que éstos establecieron con los gobiernos (independientemente de la filiación política o el proyecto de nación que encabezaban) y los impresores, litógrafos, periodistas y demás figuras protagónicas del mundo editorial de entonces. Por último, al cuestionarnos sobre las condiciones materiales que posibilitan la producción y circulación de tal o cual obra, no hay que perder de vista que el mecanismo de la suscripción por entregas fue una práctica común que permitió a las casas editoriales producir obras de gran envergadura como el citado diccionario. Si bien es complicado historiar los fenómenos de consumo y apropiación en el siglo XIX, al menos es posible advertir ciertas pautas que caracterizan la circulación de tales obras: estaban dirigidas a un público letrado y urbano, con cierto capital tanto cultural como económico (es decir, que tuvieran posibilidades de adquirirlo y de leerlo). Por ello es que hablo de comunidad de interpretación, pues tanto el diccionario como el atlas de García Cubas, fueron obras que circularon entre los propios hombres de letras de ciertas urbes como la ciudad de México. En ese sentido, la producción de conocimiento geográfico fue, por supuesto, un fenómeno de orden intelectual, pues surgió de, por y para los letrados de entonces.

A pesar de las lagunas, imprecisiones y falta de datos que reconocían los autores del diccionario, éste respondía –según su óptica– a la necesaria recopilación de datos y de nociones sobre el territorio nacional y los personajes célebres que han dado forma a México.¹²¹ Antonia Pi-Suñer, quien ha estudiado de cerca el diccionario, subraya que fue la

¹²¹ *Ibid.*, p. III. Los autores hacen bastante énfasis en el carácter mexicano de su diccionario, es decir, como obra propia “verdaderamente nacional, que a todos nos interesa”. Destacan, pues, la labor pionera de su diccionario (primero en su género) que, además, posee una mirada nacional desde el país mismo.

obra editorial más ambiciosa y la primera de tipo enciclopedista en México hasta entonces.¹²² En cuanto a la vinculación con el poder político, destaca el hecho de que Rafael y Vilá, el editor catalán que se encargó del diccionario, estuviera relacionado con el régimen santanista. Es decir, Alamán, al ser parte importante de la dictadura santanista en ese momento, estuvo en posibilidades de enviar la obra a uno de los impresores del régimen para publicarla: o sea, observamos una tácita mancuerna entre poder político, intelectuales e impresores.¹²³ Otro punto importante a destacar respecto a la cuestión editorial es que el diccionario se publicó por entregas semanales, “siendo las suscripciones la base del financiamiento”.¹²⁴ Asimismo, no hay que perder de vista que el diccionario es una de varias obras publicadas en los años posteriores a la guerra con Estados Unidos, por lo cual tenían una clara intención de destacar, conocer y proyectar lo mexicano. En ese sentido, el efecto de la pérdida del territorio norteño se tradujo en una serie de intentos por sistematizar los conocimientos sobre el país, su espacio y su historia.

Quando por todas partes del mundo se nos desconoce y se nos calumnia; cuando nosotros mismos no sabemos ni nuestros elementos de riqueza, ni nuestras esperanzas de progreso, ni nuestros recuerdos tristes o gloriosos, ni los nombres que debemos respetar o despremiar; una obra que siquiera ensaye pintar todo esto, que intente reunirlo en una sola compilación, que se proponga juntar las piedras dispersas de ese edificio por formar, merece inquestionablemente la aprobación y el apoyo de cuantos han nacido en este suelo.¹²⁵

Fue justamente en la década de 1850 cuando Antonio García Cubas entró en la escena tanto científica-intelectual como política del país. Como mencioné anteriormente, en 1853 ingresó a la recién creada Secretaría de Fomento, gracias al favor del titular de dicho ramo,

¹²² Antonia Pi-Suñer, *op. cit.*, p. 409.

¹²³ *Id.*

¹²⁴ *Ibid.*, p. 413.

¹²⁵ Lucas Alamán, *Diccionario Universal de Historia y de Geografía*, *ibid.*, p. IV.

el ingeniero Joaquín Velázquez de León.¹²⁶ De hecho, en ese mismo año, García Cubas logró presentar su primer trabajo cartográfico: la *Carta General de la República Mexicana para el estudio de la configuración y división interior de su territorio*. Según el propio autor, él mismo la elaboró copiando una carta General que se encontraba en dicha Secretaría (elaborada por la SMGE, pero no publicada debido a la cantidad de errores, imprecisiones y falta de datos que tenía, según lo que afirma el propio García Cubas), haciéndole correcciones y agregando datos que logró obtener de documentos, mapas y demás archivos que se resguardaban ahí.¹²⁷ Aunque no sepamos exactamente lo que el autor corrigió, agregó o quitó en la obra que reelaboró, sin duda sus propias perspectivas quedaron plasmadas en su mapa, pues no hay que perder de vista la inevitable dimensión subjetiva de todo mapa, al ser elaborado por un sujeto situado en un contexto específico: “los mapas son construcciones sociales cuya integridad como objetos científicos se ciñe a cuán precisos son en función de su escala y parámetros medibles. Desde el momento en el que se toman decisiones sobre la selección de datos y la forma en que se presentarán dichos datos en los mapas, el contexto político y social en el que se crearon influirá en cómo leerlos.”¹²⁸ Además, lo anterior nos muestra que las prácticas de mapeo fueron variadas: mientras los miembros de las Comisiones de Límites viajaron a la frontera para realizar sus mediciones a partir de la observación directa del espacio, García Cubas fue muchas veces un cartógrafo de oficina y escritorio. En

¹²⁶ Hugo Pichardo, *op. cit.*, p. 75. Este autor refiere la lista de obras cartográficas (fundamentalmente provenientes de los estados) que, parece, consultó García Cubas. Asimismo, menciona el referido *Atlas Portulano*. Es decir que los primeros trabajos de García Cubas se trató de un esfuerzo por sistematizar algunos conocimientos geográficos y estadísticos que se tenían en ese momento a través de obras cartográficas; o sea, sus fuentes y, al mismo tiempo, sus primeros trabajos, fueron mapas.

¹²⁷ Antonio García Cubas, *El libro de mis recuerdos: narraciones históricas, anecdóticas, y costumbres mexicanas anteriores al actual estado social*, Imprenta de Arturo García Cubas y hermanos sucesores, México, 1904, p. 452.

¹²⁸ Laura Vaughan, *op. cit.*, p.7. La traducción es mía. Si bien esta estudiosa de los mapas se enfoca en contextos y temas anglosajones, me parece pertinente esa consideración en tanto que apuntala mi idea de que el aspecto subjetivo del autor del mapa –quien está inserto en un contexto sociohistórico específico– tiene mucho que ver con la imagen y elementos que proyecta en su obra cartográfica.

definitiva, esa manera de estudiar la geografía y elaborar mapas tuvo un valor fundamental, pues la animaba la idea de recabar, revisar y sistematizar los conocimientos estadísticos y geográficos a partir de documentos y cartografía ya existente. Por ello, creo que conviene retomar aquí la importancia del imaginario del cartógrafo, al producir, justamente, un espacio imaginado que cobra sentido en función del horizonte de enunciación desde el cual se lo produce. Veamos entonces dicho imaginario plasmado en el atlas del 58.

2.2 El primer atlas mexicano

El *Atlas geográfico, estadístico e histórico*, formado por Antonio García Cubas y publicado en 1858, constituyó un punto de llegada de toda una tradición de conocimiento geográfico a la cual me referí en el capítulo 1. El autor declaraba en la nota introductoria, que su principal objetivo era mostrar a través de datos geográficos, estadísticos e imágenes cartográficas, las riquezas naturales del país. A su parecer, resultaba fundamental tener una noción geográfica y estadística lo más precisa posible sobre los elementos de la geografía física puesto que, sobre ello, se cimentaría el desarrollo minero, agrícola, comercial, así como la colonización del territorio mexicano.¹²⁹ Como lugar común entre la intelectualidad de la época, el autor consideraba que el desarrollo económico, cimentado sobre el espacio físico, promovería el tan anhelado progreso material y civilizatorio. Dicho en otros términos, García Cubas compartía la idea de que los elementos de la geografía física subyacían al desarrollo material de la nación mexicana: de ahí la apremiante necesidad de conocerlos, ubicarlos, cuantificarlos y hacerlos visibles a través de cartas geográficas.

¹²⁹ Antonio García Cubas, *Atlas geográfico, estadístico e histórico de la República mexicana*, Imprenta de José María Fernández de Lara, México, 1848 (edición facsimilar: INEGI/MAPorra/El Colegio Nacional, México, 2015).

Es importante hacer hincapié en que García Cubas quedó entrelazado tanto con la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, como con la Secretaría de Fomento. Es decir, esa vinculación es la que nos permite entender por qué devino una figura fundamental en los trabajos geográficos de entonces, pues ambos organismos fueron los pilares del estudio del espacio, los recursos y el desarrollo geográfico-cartográfico en aquel entonces.¹³⁰ En ese sentido podemos decir que García Cubas quedó en medio de una red atravesada por intelectuales, científicos y miembros del gobierno que fomentaron y apoyaron sus trabajos. No es para nada casual que en 1856 fuera introducido como miembro honorario a la SMGE, y que a partir de ese año empezara a trabajar en su atlas. Siguiendo una de las líneas explicativas de esta investigación –esto es, el vínculo entre poder político y conocimiento–, puede decirse que al quedar ligado a los dos organismos rectores e impulsores del conocimiento geográfico y la producción de mapas (es decir, la Secretaría de Fomento y la SMGE),¹³¹ García Cubas se situó dentro de un contexto que le permitió su desenvolvimiento como geógrafo, dándole una serie de herramientas, datos y obras con las cuales pudo

¹³⁰ Según el propio García Cubas, fueron Joaquín Velázquez de León (a la sazón, miembro de la SMGE y catedrático del Colegio de Minería) y Miguel Lerdo de Tejada (a la sazón Ministro de Fomento y primer oficial de dicha secretaría, respectivamente), quienes le dieron todas las facilidades para acceder a documentos, cartas geográficas y obras de geografía resguardadas por el ramo a su cargo. Además de tener acceso a las obras cartográficas referidas, también puedo consultar las bibliotecas del conde De La Cortina y de José María Lacunza. Además, siguiendo a León-Portilla, al volverse parte de esos vínculos entre científicos y políticos, también se le dieron acceso a cartas y datos estadísticos de los estados y territorios del país. Cfr. Miguel León-Portilla, “Estudio introductorio”, *Atlas geográfico e histórico de la República Mexicana (1858)*, edición facsimilar, INEGI/MAPorrua/El Colegio Nacional, México, 2015, pp. VIII-IX.

¹³¹ Según García Cubas, la Secretaría de Fomento (creada en 1853 con el objetivo de planificar y dirigir una serie de proyectos encaminados a desarrollar materialmente al país) contó con recursos económicos puesto que le fueron destinados los recursos obtenidos por concepto de peajes mediante la Administración de caminos. Esto resulta fundamental (si hay que creerle a García Cubas) para pensar el contexto material y económico que permitió a García Cubas llevar a cabo sus primeras obras, puesto que, mediante los ingresos que percibía aquella dependencia gubernamental, obtuvo apoyo financiero para desarrollar sus trabajos. Antonio García Cubas, *El libro de mis recuerdos*, p. 450.

sistematizar su trabajo cartográfico plasmado primero en la *Carta general de México*, y después (y aún más) en su atlas de 1858.¹³²

Retomando a Harley, entender el atlas como objeto sociocultural implica, justamente, tomar al cartógrafo como un sujeto situado en un horizonte de enunciación particular, dentro de un contexto que lo posibilita y que permea su obra. En tanto que el cartógrafo hace parte de un momento histórico específico, su obra siempre está atravesada por dicho contexto, es decir, “el mapa está imbuido en dimensiones sociales además de técnicas”.¹³³

Ahora bien, en cuanto a las características físicas y materiales del *Atlas geográfico, estadístico e histórico*, resulta importante señalar que estaba conformado por 33 cartas geográficas impresas (en forma de plano), en las cuales se representa a cada una de las entidades político-administrativas del México de entonces, incluyendo la carta general que

¹³² Como muestra de ello, García Cubas participó en varias sociedades científicas, literarias y artísticas de la época, tanto nacionales como extranjeras: Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, Sociedad Astronómica, Sociedad Queretana de Ciencias y Bellas Artes, Sociedad del Ateneo Mexicano, Sociedad de Ingenieros de Jalisco, Sociedad de Geografía de París, Sociedad de Geografía de Roma, Sociedad de Geografía de Madrid, entre otras. Cfr.: Pichardo, *op. cit.*, pp. 58-59.

¹³³ J. Brian Harley, *op. cit.*, pp. 66-67. Aquí cabría retomar un fundamento importante de los postulados de este autor, en cuanto a que “todos los mapas son [objetos] culturales porque manifiestan procesos intelectuales definidos como artísticos o científicos en la medida en que trabajan para producir un tipo característico de conocimiento”. *Ibid.*, p. 72. Además, pensando en las redes científicas de las cuales formaba parte García Cubas y la SMGE en sí, parece que los miembros de ésta tuvieron el propósito de enviar a Europa algunas de sus publicaciones, incluido el atlas de 1858. Esto con el fin no sólo de divulgar y compartir el conocimiento científico, sino también de fortalecer los vínculos entre la SMGE y organismos europeos como la Sociedad Zoológica de Aclimatación de París, y la Sociedad Real de Geografía de Londres. Es decir, podemos apreciar un fenómeno de red en torno al conocimiento científico, articulado sobre la base de vínculos –sustentados en publicaciones impresas– entre organismos conformados por científicos e intelectuales. En ese sentido, el atlas de García Cubas fungió como objeto material de dicha dinámica de red, al menos en el propósito expresado por los miembros de la SMGE. “Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística”, *La Sociedad*, México, 14 de enero de 1859, p. 3. Según las actas de una sesión de la SMGE de diciembre de 1858, García Cubas accedió a enviar un ejemplar de su atlas (que sería empastado, supongo que para hacerlo más práctico) a Londres. “Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística. Acta del día 9 de diciembre de 1858”, *La Sociedad*, México, 12 de marzo de 1859, p. 2. Además, si tomamos en cuenta el año de esas publicaciones, podemos ver que pese a los avatares político-militares de México ante el proceso de Reforma, los científicos de la época continuaron llevando a cabo sus trabajos. En ese sentido, podemos decir que existen dinámicas y procesos sociales (en este caso de índole intelectual y científica) que continúan y que, por ello, quedan al margen de la Historia política mexicana de entonces, usualmente pensada como un periodo turbulento, convulso y de rupturas constantes.

García Cubas había elaborado unos años antes, y dos cartas sobre la peregrinación de los aztecas hasta su llegada al valle de México. Según una sección del periódico *La Unidad Católica*, el Ministerio de Fomento facilitó al autor los datos sobre geografía y estadística del país que tenía en su haber para que éste pudiera realizar sus trabajos.¹³⁴ Dada las dimensiones de las cartas (y del tipo de información, abundante en datos estadísticos) evidentemente no era un objeto destinado a un público amplio, sino a un sector letrado-científico. De hecho, fue su “carta de presentación” para ingresar formalmente como miembro de la SMGE, y por ello mismo estaba en su dedicatoria.

Ahora bien, siguiendo a Laura Suárez, habría que considerar que dentro del contexto editorial del atlas, su impresor José Mariano Lara fue un personaje que estuvo directamente vinculado al sector letrado de la ciudad de México. En su casa editorial, ubicada en la calle de la Palma número 4, tuvo lugar una boyante empresa editorial de la cual emanaron obras de Lucas Alamán, Carlos María de Bustamante, Juan N. Almonte, etc.¹³⁵ Es decir que no fue una mera casualidad que estuviera a cargo de la impresión del *Atlas estadístico*: tanto el impresor como el geógrafo, hacían parte de ese contexto de redes intelectuales y políticas de la capital del país. El tema de la imprenta que dio a luz al atlas no es un asunto menor, ya que considero importante atender la dimensión material de la producción de medios de comunicación y de obras editoriales, lo cual conlleva a ponderar la materialidad de la

¹³⁴ “Sección oficial”, *La Unidad Católica*, México, 6 de julio de 1861, p. 1.

¹³⁵ Laura Suárez de la Torre, “Una imprenta floreciente en la calle de la Palma número 4”, en en Suárez de la Torre, Laura (coord.), *Empresa y cultura en tinta y papel (1800-1860)*, Instituto Mora/UNAM, México, 2001, pp. 131-144. Por su parte, Beatriz Alcubierre reflexiona sobre la vinculación entre editores, traductores e impresores, y los grupos letrados de la capital del país, haciendo énfasis en que eran estos últimos los que estaban en condiciones de financiar económicamente la labor de aquéllos al ser los compradores primarios de libros, revistas y folletines (además, claro, de los mecanismos de la suscripción). En este sentido, no hay que perder de vista la estrecha relación entre ambos sectores sociales. Véase Beatriz Alcubierre Moya, *Ciudadanos del futuro. Una historia de las publicaciones para niños en el siglo XIX mexicano*, El Colegio de México/UAEM, México, 2010, p. 73.

circulación de ideas, conocimientos y noticias. Además, en tanto espacio que funcionaba como taller, la imprenta de Lara generó un fenómeno de especialización del trabajo dentro del cual, los litógrafos jugaron un papel importante en el proceso de producción de impresos.¹³⁶ En ese sentido, la vinculación entre imprenta y litografía, en tanto técnicas y procesos productivos que permitieron poner en circulación obras con contenido gráfico, resulta fundamental para entender el contexto de producción de la cartografía a mediados del siglo XIX. Ello remite nuevamente al concepto de cultura visual que ha estudiado Magali Carrera.¹³⁷ Aunque esta tesis no plantea indagar en el fenómeno de la recepción de los atlas (o de las demás obras cartográficas del periodo), es importante la consideración que hace María Esther Pérez Salas en cuanto al desarrollo de la litografía y las posibilidades que ésta introdujo en las publicaciones mexicanas del siglo XIX:

la presencia de la litografía en las publicaciones revolucionó la relación entre el lector y el impreso. Por una parte dio la posibilidad de que los receptores tuvieran la oportunidad de conocer personajes, lugares y paisajes jamás visto. Todo aquello que en siglos anteriores era imaginado a partir de las descripciones literarias fue contemplado a partir de las imágenes, Por otra, al estar íntimamente ligada la litografía con los libros,

¹³⁶ Según Suárez, José Mariano Lara hizo mancuerna con importantes litógrafos de entonces, como Hipólito Salazar y Hesiquio Iriarte. *Ibid.*, p. 135. Véase también Manuel Toussaint, *La litografía en México*, Estudios Neolitho, México, 1934, pp. 154-165. Por su parte, Magali Carrera afirma que en la década de 1840, las publicaciones impresas se expandieron enormemente como resultado del establecimiento de casas impresoras como las de Ignacio Cumplido, Vicente García Torres, Manuel Murguía, Alejandro Valdés y el referido José Mariano Fernández de Lara. Ese contexto empresarial –por denominarlo de algún modo–, constituyó la base sobre la cual, en la década posterior, se pudieron materializar proyectos editoriales para publicar obras de diversa índole a las que he hecho referencia. Además, en términos tecnológicos, Carrera señala que la técnica del daguerrotipo se introdujo en México en 1839. El argumento de la autora, entonces, apunta a que el desarrollo de la cultura visual de mediados del siglo XIX (del cual formaron parte las obras cartográficas de García Cubas) es impensable sin tener en cuenta la convergencia entre la pujanza de algunas casas editoras e impresoras, y las innovaciones tecnológicas de la litografía y los daguerrotipos. Magali Carrera, *op. cit.*, pp. 127-129.

¹³⁷ Al respecto, Arturo Aguilar afirma que, si bien los viajeros extranjeros (desde Humboldt, hasta Linati, Ward y Nebel) dejaron una impronta importante en términos de elaboración de material visual, es justamente en la década de 1850 cuando empiezan a aparecer las primeras grandes obras litográficas propiamente mexicanas: *Los mexicanos pintados por sí mismos* (1855) y *México y sus alrededores* (1858). Cfr. Arturo Aguilar Ochoa, “La influencia de los artistas viajeros en la litografía mexicana (1837-1849)”, *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, vol. XXII, núm. 76, primavera, 2000, pp. 113-142. Esto abona a la tesis de que el atlas de García Cubas se elabora en un contexto editorial y litográfico específico, que experimentó un notable impulso en la década de 1850, en un fenómeno que irá mexicanizando técnicas, referentes y expresiones cuyos primeros referentes fueron extranjeros.

creó un binomio texto-imagen casi insoluble que permearía gran parte de la producción editorial decimonónica.¹³⁸

A decir de esta autora, incluso la imagen pasó a ocupar un papel más protagónico que el texto en algunos libros y revistas; es decir, estamos hablando de considerar la potencialidad de la imagen dentro de las obras impresas del siglo XIX. En el caso del atlas, además de texto e imagen, hubo un tercer elemento que jugó un papel básico en las láminas que lo compusieron, a saber: los gráficos y tablas estadísticas. Tenemos entonces una interrelación entre texto, imágenes y estadísticas que dieron un sentido específico a la imagen cartográfica. Aquí conviene llamar la atención sobre la especificidad de las obras cartográficas en relación a otro tipo de publicaciones impresas (como libros, periódicos y revistas). De hecho, valdría la pena cuestionarse si como producto de esa interrelación (y del contexto editorial e intelectual en el cual surgió), se puede hablar de una estandarización en los elementos que componían los mapas del siglo XIX. Esta idea la iré desarrollando en el resto de la tesis, pero de entrada quiero señalar que se notan ciertos criterios que uniforman la imagen cartográfica como tendremos oportunidad de ver.

Al revisar las cartas geográficas que conforman el atlas se aprecian dos principios que articulan una suerte de narrativa del territorio nacional: uno que busca homogeneidad y otro que tiene que ver con una vocación centralizadora. La primera carta geográfica del atlas es la de la República, y posteriormente vienen las de los estados. Esto quiere decir que, aunque se reconoce y se da importancia a los estados y los territorios, las partes están en función del todo. Las cartas de Guanajuato, el Estado de México, Puebla, Veracruz o Sonora, se integran

¹³⁸ María Esther Pérez Salas, "La litografía y las publicaciones ilustradas mexicanas en el siglo XIX", Instituto de Investigaciones Bibliográficas, p. 1.

en un marco nacional que desde el título mismo del atlas se intenta apuntalar: la República mexicana. Esto nos remite de nueva cuenta a la dimensión nacional que sustenta la obra de García Cubas: el sentido primordial del atlas era dar cuenta de los elementos que conforman el territorio del Estado-nación. Además, volviendo a lo que mencionaba en el apartado anterior en cuanto a que el contexto que anima la obra se vio marcado por el tema de la frontera norte, lo que más resalta en la Carta de la República Mexicana es justamente la frontera norte, la cual, como una especie de cicatriz, aparece delineada y resaltada con un tono rojo. **Véase imagen 4.**

El otro aspecto fundamental se interrelaciona con y da sentido a esa visión unitaria del territorio nacional y tiene que ver con criterios que dotan de homogeneidad al conjunto de las cartas geográficas. Cada una de éstas inicia con la situación, límites y extensión de cada estado y/o territorio. Esto, como he apuntado, es fundamental dentro de la concepción de la geografía decimonónica cuyo sustento parte de la idea de representar y ubicar con exactitud geométrica y astronómica el espacio que se retrata. En segunda instancia cada carta da cuenta de los elementos de la geografía física: ríos, montañas, clima, así como las actividades humanas vinculadas con esa dimensión natural, es decir, minería, agricultura, pesca y ganadería. En tercera instancia, se encuentra la división territorial (es decir política-administrativa) y la cuestión poblacional. De esa manera, los 3 tipos de criterios enumerados anteriormente son la constante en las cartas del atlas. **Véanse imágenes 5 y 6.** Ello nos remite al fundamento de la geografía humboldtiana, la cual se articula en torno a dos principios: el físico y el político. En ese sentido, sostengo que el paradigma científico sobre el cual se tejió el conocimiento geográfico fue un fenómeno de continuidad a lo largo del siglo XIX. Dicho paradigma se articuló sobre la base de una serie de principios y parámetros geométricos y

estadísticos a partir de los cuales se formula el conocimiento geográfico representado en las obras cartográficas.

Por su parte, abonando ese paradigma, la estadística refuerza la idea de aprender la realidad al dar cuenta del número de la población de cada estado y territorio. Bajo esa lógica, aparecen en las cartas los itinerarios entre ciudades y pueblos, buscando señalar las distancias entre puntos del mapa. Así, los datos y cifras permitieran tener un conocimiento más certero (en una lógica evidentemente racionalista y científica) de la geografía y sus diversos componentes. No obstante, no hay que olvidar que irremediamente, un mapa siempre contiene silencios. En este caso considero que eso es perceptible en el hecho de que hay cosas que el mapa no enuncia, como por ejemplo la distribución de la población o la presencia de los grupos indígenas. De hecho, la población aparece objetivada en términos numéricos, apuntando a constituir una noción de homogeneidad gracias a las estadísticas. Es decir, más allá de revisar la precisión de los datos que presenta García Cubas, lo que quiero señalar es que la fuerza de los mapas que componen el atlas descansa en su pretensión de verdad sustentada en valores de exactitud, ubicación y cantidad, lo cual es característico del conocimiento geográfico decimonónico según he venido apuntando.

Ahora, en términos de la imagen, destaca que en la Carta de la República Mexicana de mayor escala, se empleen ilustraciones que fortalecen el discurso visual del mapa. En primera instancia, aparece el título de la carta por encima de la representación del escudo nacional conformado por el águila devorando la serpiente y el nopal junto a los olivos. **Véase imagen 7**. Esto resalta la filiación de la nación mexicana con su territorio geográfico. A la izquierda del escudo se plasmó una miniatura paisajística con elementos que destacan la orografía del país: la Iztaccíhuatl, el Popocatepetl, el pico de Orizaba y las Cascadas de Regla

entre otros. Como apunta Amaya Larrucea, esto tiene que ver con la tradición paisajística que fue muy fuerte en el siglo XIX. Al parecer, hay indicios de que el propio García Cubas tomó clases en la Academia de San Carlos, principal promotora de la pintura de paisajes.¹³⁹

Véase imagen 8.

Finalmente, en el costado derecho, aparecen reproducciones de imágenes de ruinas prehispánicas que se tomaron de obras de grabadores y viajeros extranjeros: aparece una parte de Palenque, evidentemente tomada de los grabados de Frederick Waldeck y publicados en la obra *Monuments Anciens du Mexique*, de Charles Étienne; le sigue la Pirámide de Papantla, tomada del libro *Voyage Pittoresque et archeologique*, de Carl Nebel (1836). Después siguen imágenes de Mitla y de Uxmal, esta última tomada de la obra *Views of Ancient Monuments in Central America, Chiapas and Yucatan*, de Friedrich Catherwood (1843).¹⁴⁰ **Véase imagen 9.** La pregunta fundamental sería ¿qué buscaba García Cubas al insertar dichas imágenes en su obra? Una respuesta un tanto obvia sería afirmar que intentaba apuntalar elementos mexicanos. Es decir, si consideramos dicha obra en su conjunto como un discurso visual de la territorialidad nacional, al emplear imágenes de paisajes o símbolos como el águila devorando a la serpiente, el autor evidentemente refuerza la imagen cartográfica de la nación con elementos simbólicos fuertemente discursivos. En ese sentido, tanto los paisajes como los monumentos arqueológicos nos permiten vislumbrar una idea de

¹³⁹ Amaya Larrucea Garriz, *País y paisaje. Dos invenciones del siglo XIX mexicano*, UNAM/Facultad de Arquitectura, México, 2016, pp. 80-81.

¹⁴⁰ *Ibíd.*, pp. 84-89. El caso de la imagen de Mitla plantea un asunto interesante, y es que en la época, las prácticas de tomar “prestadas” imágenes de otras obras y autores parecía recurrente. A juzgar por lo que afirma Larrucea, la imagen de Mitla (que en realidad es de Yagul), fue elaborada por Luciano Castañeda, dibujante de la expedición científica y anticuaría de Guillermo Dupaix. Posteriormente esos dibujos fueron copiados por otros dos europeos: Lord Kingsborough y Leon Gaucherel. Finalmente, fue retomada por García Cubas (no sabemos de cuál de las obras citadas) para insertarla en la parte superior de la Carta de la República como he señalado. Esto permite reforzar la idea de una comunidad científica que, incluso, va más allá de los propios autores mexicanos, y que se sustenta en esa estandarización y uniformidad propiciada por la imprenta y la publicación de las obras de dichos científicos.

apropiación de ciertos elementos naturales y humanos. Y digo bien apropiación puesto que, como vimos en el capítulo I, esa tradición visual la constituyeron sobre todo extranjeros. Por tanto, el paisaje natural y los vestigios son apropiados por el autor, insertándolos en imágenes que refuerzan el sentido nacional del mapa y el atlas. Aún más, las imágenes de los sitios arqueológicos nos dejan ver que se pretendía dotar de profundidad histórica a la nación mexicana que se visualiza en su territorio. De ahí que las dos últimas cartas del atlas estén dedicadas al tema de la peregrinación azteca y su llegada al valle de México. Para su elaboración, García Cubas recurrió a la colaboración de José Fernando Ramírez, otro de los intelectuales de la época, especialista en temas prehispánicos, miembro de la SMGE y encargado del incipiente Museo Nacional.¹⁴¹ De hecho, las citadas cartas reproducían la denominada *Tira de la peregrinación*, códice que por entonces se encontraba en dicho museo. De ahí que el tercer adjetivo del título del atlas sea “histórico”. Esto quiere decir que, para apuntalar lo nacional, se interrelacionan el origen histórico del país con la imagen cartográfica que demarca sus límites internos y externos (señalados visualmente con colores y líneas). Finalmente, los nombres que se ponen en partes importantes del mapa (como las fronteras terrestres y marítimas) completan la apropiación del espacio en el papel, pues el acto de nombrar un espacio en el mapa implica significarlo y marcarlo como propio.

En suma, en tanto figura que se vinculó directamente con personajes de la vida intelectual y política de la ciudad de México durante la década de 1850, García Cubas estuvo en condiciones para llevar a cabo sus trabajos geográficos y producir sus primeras obras cartográficas.¹⁴² Tanto en términos de los materiales que, al parecer, pudo consultar, como

¹⁴¹ Este autor colaboró en el *Diccionario Universal* al que he hecho referencia.

¹⁴² Evidentemente él tenía una serie de talentos para la geometría, el dibujo y un gusto importante por la geografía. Hugo Pichardo ha documentado bastantes aspectos de la vida y trayectoria de García Cubas a ese respecto. Es decir que no estoy dejando de considerar las propias habilidades y destrezas del personaje. Sin

en la posibilidad de llevar su *Carta General* y el *Atlas estadístico* a la imprenta de José Mariano Lara, lo que subyacía era el hecho de hacer parte de dichas redes intelectuales. Como quise mostrar, no fue fortuito que al mismo tiempo entrara a la SMGE, lograra el favor del Ministerio de Fomento y que, finalmente, pudiera publicar sus obras como correlato de esto.

Antes de concluir este apartado, quiero llamar la atención sobre que, pese a la inestabilidad política de la época, producto de la creciente polarización entre el bando conservador y el liberal en torno al proyecto reformista y a la Constitución del 57, resaltan los intentos de los miembros de la SMGE por continuar sus trabajos pese al turbulento panorama político. El mismo García Cubas lamentaba amargamente en su *Memoria para servir a la carta general de la República*, escrita en 1861 -es decir, a la luz de la guerra civil- la situación de inestabilidad política, la cual fungía según su perspectiva como rémora del progreso del país y un dique ante el torrente civilizatorio propio de su tiempo (esto es, el siglo XIX).¹⁴³ Así, el espíritu de partido estaba directamente vinculado al atraso del país, al cual se intentaba sobreponer el desarrollo del conocimiento geográfico, pues el atlas fue publicado justamente en 1858.¹⁴⁴

embargo, mi postura es que el contexto en el cual se situó resultó favorable justamente para explotar sus talentos y producir sus primeros trabajos geográficos y cartográficos. Sobre la trayectoria y vida de García Cubas puede consultarse la tesis de Pichardo referida en la bibliografía.

¹⁴³ De hecho, tras la guerra civil, y con la instauración del régimen imperial, tanto él como Joaquín Velázquez de León y Orozco y Berra se sumaron al gobierno de Maximiliano. El interés tanto imperialista como el propio de los científicos mexicanos, coadyuvó a la formación de la *Commission Scientifique du Mexique*. Por supuesto, esa participación en el régimen monárquico costó a los geógrafos cierto resquemor entre los liberales puros una vez restaurada la República.

¹⁴⁴ Antonio García Cubas, *Memoria para servir a la Carta General de la República*, Imprenta de Andrade y Escalante, México, 1861. Disponible en: <http://www.cervantesvirtual.com/obra/memoria-para-servir-a-la-carta-general-de-la-republica-mexicana--0/>. Asimismo, consideraba que los constantes cambios en la configuración territorial del país (y su nomenclatura) representaban una dificultad importante en el progreso del conocimiento geográfico: “Las naciones más antiguas y civilizadas han necesitado del transcurso de muchos años para lograr la mayor exactitud en su geografía”. *Id.* O sea, sus obras apuntaban a la búsqueda de un conocimiento geográfico exacto y acabado (lo cual está en consonancia con la noción científica de la época, aunque reconoce que tanto la carta como el atlas presentan muchas imprecisiones).

He querido dar cuenta de las ideas que sustentan la producción de conocimiento geográfico que se pueden rastrear en mapas, diccionarios, atlas, etc. En este caso, el hecho de que los letrados consideraran que el conocimiento geográfico y los mapas debían ser más certeros, exactos y precisos en la ubicación, delimitación y representación de los lugares que buscaban retratar, nos permite ver una manera de concebir el mundo. Es decir que dichas obras nos muestran una visión que plantea que el mundo es cognoscible, y que la ciencia es el derrotero fundamental para ello, lo cual en última instancia, permitía insertar a México en ese “torrente civilizatorio”. Entre más precisa fuera la representación cartográfica del mundo, del territorio y de los estados, sería más fácil controlar, administrar y explotar el espacio nacional. Establecer los límites del territorio nacional devino tarea fundamental para afirmar la existencia de México como estado-nación, pues vimos que las primeras obras generales de carácter geográfico cristalizaron después del reajuste de la frontera norte producto de las tensiones y choques con E.U. Con ello queda de manifiesto que la producción de obras cartográficas responde a contextos particulares que articulan discursos científicos e intereses de orden político. Después de los cambios en la frontera septentrional –que para los políticos e intelectuales de entonces fueron bastantes drásticos– esa idea de controlar el espacio en el papel (antecediendo al control de facto en la realidad) se reforzó con creces. Dentro de la visión de los letrados de aquel entonces, el mundo podía aprenderse de mejor manera si se contaba con obras cartográficas sustentadas en la exactitud y precisión de la geometría, las escalas y los datos estadísticos. En ese sentido, los mapas que conformaron el *Atlas Estadístico* de 1858 fueron más que meros objetos que buscaban representar el territorio. Más bien, significaron una afirmación de lo que se pretendía que fuera ese territorio: un espacio fijo, con límites bien establecidos y con una clara división político-administrativa. El atlas se

constituyó, pues, en una suerte de documento de identidad de la nación mexicana y de su corpus espacial: más que retratar el espacio, produjo una imagen específica de éste.

Por otra parte, sostengo que al hablar del atlas de 1858, se deben considerar dos aspectos claves. Por un lado que García Cubas abrevó de un paradigma científico que se fue tejiendo a lo largo del siglo XIX. Por otro, que de todos modos su obra fue un punto de llegada en tanto que sistematizó y produjo cartas geográficas elaboradas en el propio país. En ese sentido, su obra fue un punto de llegada, puesto que fue la primera en ser publicada y difundida, si bien he matizado que dicha circulación se circunscribió a las redes científicas e intelectuales de la época cuyo medio fundamental fueron obras impresas. En suma, en la obra de García Cubas tenemos tanto continuidades (una manera de ver y entender la geografía que venía configurándose desde las últimas décadas del virreinato) como elementos particulares que el propio contexto de la década de 1850 posibilitó, esto es, la premura generada por el complejo proceso de reconfiguración de la frontera norte como consecuencia de ciertos momentos de tensión con el otro estado-nación forjándose por entonces: los Estados Unidos. En esa doble dimensión encontramos el aspecto clave que permite desentrañar las características y elementos que compusieron al que en su momento fue el primer atlas mexicano.

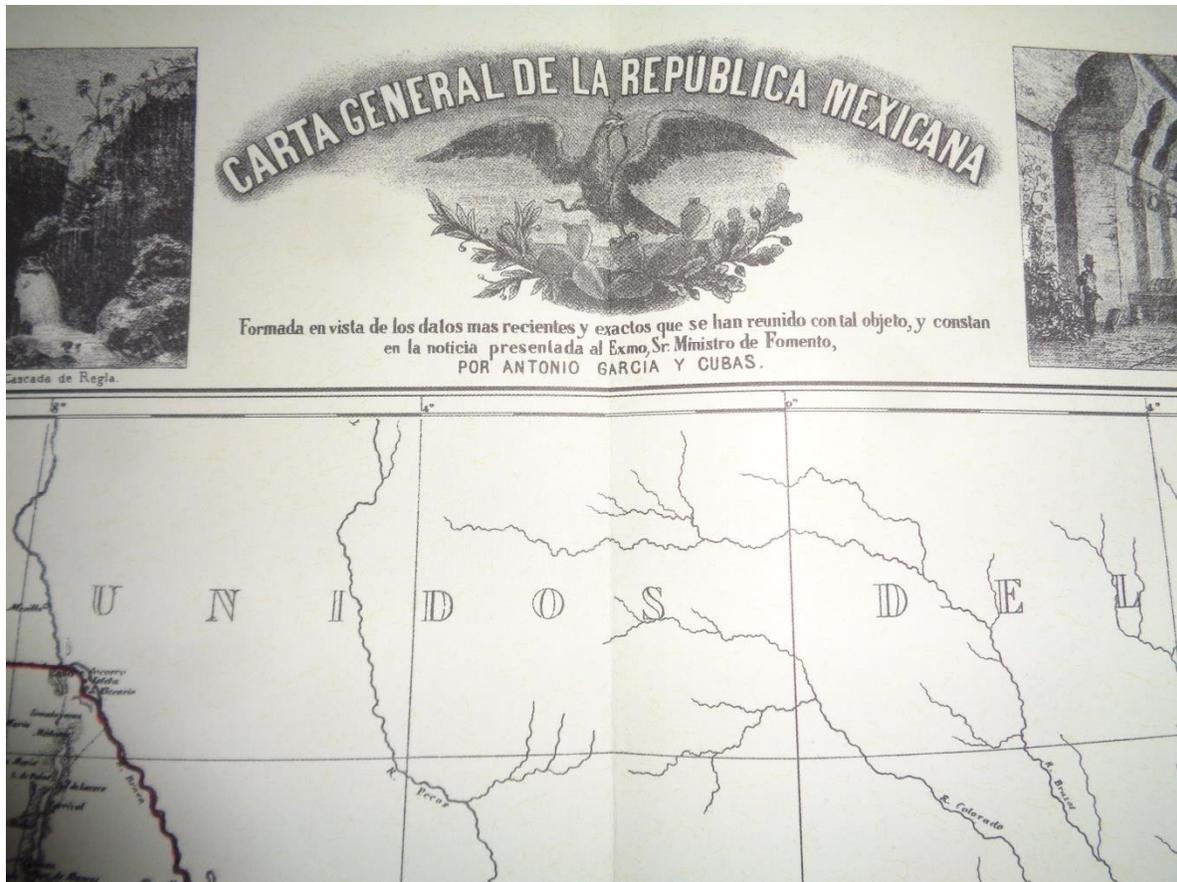


Imagen 7. Antonio García Cubas, Detalle de la Carta general de la República mexicana...

2.3 Para facilitar la enseñanza de la geografía nacional. El atlas metódico y el contexto escolar, 1860-1880.¹⁴⁵

En 1874, García Cubas publicó el *Atlas metódico para la enseñanza de la geografía de la República mexicana*. Esta obra fue posibilitada y animada por un contexto específico que intentaré delinear en este apartado, a saber: el triunfo del proyecto nacional liberal, laico y republicano, lo cual trajo consigo cambios en diversos ámbitos, particularmente el educativo. Hay que decir mucho de ese contexto particular, pues aunque posee múltiples aristas en términos temáticos, resulta importante tratar de vincularlas para entender el sentido y elementos de la obra.¹⁴⁶ “Tras la victoria militar de los liberales, la educación sirvió como canal de transmisión [...] de la idea oficial de nación, formulada por la élite estatal liberal”.¹⁴⁷ Es decir que la educación devino eje fundamental para el Estado liberal de finales del siglo XIX, pues se le consideró la vía de formación de los ciudadanos que aquél “requería”. Por ello, la educación pasó al ámbito de los quehaceres públicos de manera más apremiante.¹⁴⁸ Se gestó así un proceso de legalización e institucionalización educativa, que comenzó con la promulgación de la *Ley Orgánica de Instrucción Pública*, decretada por el gobierno juarista el 2 de diciembre de 1867:

[Ésta] promovía la creación de un mayor número de escuelas primarias municipales y ratificaba su gratuidad y obligatoriedad, se establecería una

¹⁴⁵ Sobre el tema de la enseñanza de la geografía a lo largo del siglo XIX, puede consultarse la obra de Patricia Gómez Rey, *La enseñanza de la geografía en los proyectos educativos del siglo XIX en México*, UNAM/Instituto de Geografía, México, 2003.

¹⁴⁶ Además del *Atlas metódico*, García Cubas (en esa faceta como escritor de obras de corte escolar) publicó también su *Curso elemental de Geografía universal* (1869), el *Compendio de geografía universal para uso de los establecimientos de instrucción pública* (publicado en 1871), y el *Compendio de la historia de México y de su civilización para uso de los establecimientos de instrucción pública*, de 1890.

¹⁴⁷ Beatriz Zepeda, *Enseñar la nación, La educación y la institucionalización de la idea de nación en el México de la Reforma (1855-1876)*, Fondo de Cultura Económica (Biblioteca Mexicana), México, 2012, p. 41.

¹⁴⁸ Dada la década de luchas civiles, los triunfantes liberales vieron en la educación la piedra angular para evitar un nuevo enfrentamiento social de orden ideológico, buscando apuntalar una ideología acorde con su proyecto de nación. Andrés Lira, y Anne Staples, “Del desastre a la reconstrucción republicana, 1848-1876”, en Erik Velásquez et. al, *Nueva Historia General de México*, El Colegio de México, 2018, p.475.

Junta Directiva de la instrucción primaria y secundaria del Distrito y se reafirmaba la desaparición de la enseñanza de religión en todos los niveles de educación pública; por otra parte, [...] [anunciaba] la formación de la Escuela Nacional Preparatoria...¹⁴⁹

Dicha ley marcaba la pauta hacia una educación laica (ya no religiosa), cuyo principal espacio social de acción serían los establecimientos de instrucción pública. Esto apuntaba a consolidar el Estado nacional, intentando cimentar una serie de valores y referentes diseñados e imaginados desde el centro del país. No obstante, a pesar de las dificultades del gobierno para llevar a cabo estos proyectos,¹⁵⁰ lo importante aquí es cómo, poco a poco, fue el Estado nacional quien buscó hacerse cargo de los asuntos educativos.¹⁵¹ En ese tenor, las escuelas públicas se volvieron “espacios destinados a la transmisión de valores cívicos”,¹⁵² pues se esperaba que contribuyeran de manera sustancial a la conformación de una ciudadanía

¹⁴⁹ Eugenia Roldán Vera, *Conciencia histórica y enseñanza; un análisis de los primeros libros de texto de Historia nacional, 1852-1894*, Tesis de Licenciatura en Historia, UNAM, México, 1994, p. 21. Sin embargo, historiadores de la geografía en México ha mostrado que durante la primera mitad del siglo XIX, los libros sobre geografía local o estatal fueron preponderantes. En 1846 –en el contexto de la discusión sobre el retorno al esquema federal de gobierno– se decretó una ley que permitía a los estados encargarse de lo referente a la enseñanza en sus respectivas jurisdicciones, por lo cual se produjeron varios libros escolares de diversas materias (incluida la geografía) de corte más local. Cfr. José Omar Moncada Maya e Irma Escamilla, “Los libros de geografía en el México del siglo XIX. Ayudando a construir la nación”, *Actas del XII Coloquio Internacional de Geocrítica*, Bogotá, p. 10. De igual manera, Patricia Gómez Rey apunta que es notable la preponderancia de libros escolares de geografía estatal o local durante todo el siglo XIX. Gómez Rey, *op. cit.*, pp. 76-68. Sin embargo, tras el triunfo del proyecto republicano liberal en 1867, la cuestión de la instrucción pública devino medular para los gobiernos nacionales; es decir, se intentó centralizar todo lo referente al ámbito educativo a partir de entonces –en concordancia con el proyecto nacional que estaba afianzándose– y, por lo tanto, ese ímpetu centralizador cristalizó en una serie de libros escolares producidos desde el centro político (o sea, la capital del país), con miras a ser empleados en todos los establecimientos de instrucción pública de la República. De ahí que el atlas escolar de García Cubas tenga como tema la geografía de la República, y no la geografía estatal o local.

¹⁵⁰ Beatriz Zepeda, *op. cit.*, p. 256. Esta autora señala que este proceso se topó con muchas problemáticas y realidades del país: la dispersión de la población en el territorio, la escasez de recursos públicos para destinarlos a la educación, y la concentración de la mayoría de las escuelas únicamente en las ciudades importantes.

¹⁵¹ Hay que recordar que anteriormente, la educación estaba en manos de la Iglesia o de algunas asociaciones privadas, por lo tanto tenía otras especificidades.

¹⁵² Beatriz Alcubierre Moya, “Los libros de historia y la formación de ciudadanos: discursos sobre la lectura infantil en la Restauración republicana y el Porfiriato”, en: Pani, Erika y Ariel Rodríguez Kuri (coords.), *Centenarios: conmemoraciones e historia oficial*, El Colegio de México-Centro de Estudios Históricos, México, 2012, p. 246.

ideal.¹⁵³ Por lo tanto, los libros escolares utilizados en la enseñanza, fungieron como soportes mediadores entre las ideas de las élites letradas y la población –sobre todo niños y jóvenes– a la que se buscaba educar.

Para Beatriz Zepeda, este proceso de institucionalización educativa del proyecto nacional triunfante se mostró en el currículo de los planes de estudio. La articulación de asignaturas que apuntalaran en los estudiantes el sentimiento de identificación con la nación devino medular. Así, los alumnos debían asumirse herederos de un pasado común vía la Historia patria, conocer los fundamentos del deber ser nacional mediante el civismo, y familiarizarse con el territorio de su país a través de la geografía.¹⁵⁴ Hay que matizar que no es que en las décadas previas no se contemplara a la educación como un derrotero importante en términos sociales, pero la precaria situación financiera de los gobiernos mexicanos, aunada a la rivalidad política y la consecuente imposibilidad de afianzar un proyecto de nación, impidieron apuntalar un sistema educativo ya no necesariamente religioso o privado, sino público y laico. De ahí que, después de la derrota política del proyecto conservador, el plan educativo del Estado liberal, reformista y secularizador comenzara a instrumentarse de manera paulatina durante la década de 1870.

Para José Díaz Covarrubias, Secretario de Justicia e Instrucción Pública entre 1872 y 1874, el tema de la instrucción pública resultaba fundamental para la nación y para su desarrollo social. Por ello, se apresuró a elaborar una estadística sobre ese ámbito, pues concebía que era algo básico para que la gente del común alcanzara un nivel importante de ilustración. Es decir, desde su óptica liberal, la educación primaria constituía el primer gran

¹⁵³ *Id.*

¹⁵⁴ Beatriz Zepeda, *op. cit.*, p. 188.

paso para el mejoramiento moral e intelectual del ser humano y de su sociedad, pues permitía incrementar “las facultades intelectuales y morales de un miembro suyo, lo hace capaz de cooperar al bien social, en vez de ser un elemento inútil y aun pernicioso”.¹⁵⁵ Esto nos deja ver que dentro de la esfera intelectual de aquellos años, la educación pública se veía como piedra angular para conformar un orden social liberal. De ahí que Díaz Covarrubias hiciera un llamado a seguir multiplicando los establecimientos de instrucción pública, defendiendo su obligatoriedad. Como ilustra el **cuadro 1**, dichos establecimientos se incrementaron notablemente a partir de 1869.

Otra arista del contexto en cuestión lo constituyó el sector infantil, al volverse receptáculo de la enseñanza transmitida vía los libros y manuales escolares. En un proceso complejo de larga duración, la infancia devino público fundamental para la producción y consumo de impresos. La interrelación entre esa visión de una infancia concebida como lectora y potencial ciudadana, y la afirmación ideológica del proyecto de nación liberal, tuvo su correlato en los ámbitos escolar y editorial. Hay que insistir en que por vez primera, se comenzó a consolidar y uniformar el proyecto nacional e ideológico en torno al triunfante Partido liberal: “el proyecto nacional se erigía, por primera vez desde la independencia virtualmente indiscutido, al menos en la arena política”.¹⁵⁶ En este sentido, podemos ver a los libros escolares como una expresión material de la afirmación de dicho proyecto, el cual tuvo como afán constituir un ámbito educativo acorde a las disposiciones del entonces estado mexicano liberal, laico y republicano. Por ello, “no es en absoluto casual el hecho de que una serie de publicaciones <<estrictamente mexicanas>>, particularmente preocupadas por la

¹⁵⁵ José Díaz Covarrubias, *La instrucción pública en México*, imprenta del gobierno en Palacio a cargo de José Sandoval, México, 1875.

¹⁵⁶ Beatriz Zepeda, *ibid.*, p. 129.

transmisión de nociones de historia patria a los lectores infantiles, comenzara a aparecer justamente a partir de la década de 1870”.¹⁵⁷ Por su parte, la generación de letrados que escribió los libros escolares echó mano de sus vínculos con empresarios editores privados de la ciudad de México, algunos de los cuales llevaban años dedicándose al negocio de la producción y venta de obras impresas. Esto último resulta relevante, pues nos permite entender las condiciones de posibilidad que el contexto de entonces dio a la producción de los libros escolares durante el último tercio de la centuria. Dicho en otros términos: la vinculación de las elites letradas con editores e impresores –la cual, por supuesto, venía de mucho antes– es parte fundamental del ámbito de producción de las obras impresas, y resulta un aspecto medular a tener en cuenta cuando intentamos delinear los contextos del conocimiento geográfico y la enseñanza de la geografía.

¹⁵⁷ Beatriz Alcubierre, “Los libros de historia y la formación de ciudadanos...”, p. 249. No obstante, es importante señalar que, al no haber métodos ni materiales suficientes o adecuados para la enseñanza, los gobiernos liberales a partir de la década de 1867 (empezando por Juárez) alentaron a los escritores-intelectuales a publicar libros escolares para cubrir la demanda surgida tras la creación de los nuevos programas escolares del sistema de instrucción pública en ciernes, y la consecuente expansión de establecimientos de instrucción pública. Por lo tanto, dado que era un sistema educativo que apenas empezaba a adquirir forma, no existían lineamientos, parámetros o planes educativos bien establecidos que definieran los contenidos de las materias o de los manuales escolares. Al respecto véase José Manuel de la Mora. *Personajes, procesos y conceptos en los manuales de Historia de México, 1861-1908*, tesis de Doctorado en Ciencias Sociales, Universidad de Colima, 2013, p. 227. Fue posteriormente, con los Congresos de instrucción pública de 1889-1891, cuando se buscó definir los lineamientos y fundamentos para uniformar la educación nacional. Los Congresos de Instrucción Pública fueron una serie de reuniones de carácter pedagógico realizados entre 1889 y 1891, organizados por Justo Sierra, ministro de Instrucción Pública del gobierno de Díaz. En ellos participaron importantes intelectuales como el pedagogo e historiador Enrique Rébsamen, y tuvieron el objetivo de establecer los fundamentos para la educación pública del país: se buscaba darle cohesión (en términos del contenido) y uniformizarla basándose en el método científico. Véanse: Eugenia Roldán, *op. cit.*, p. 185; François Xavier Guerra, *México: del Antiguo Régimen a la revolución*, tomo I, segunda edición, Fondo de Cultura Económica, México, 2012, pp. 406 y 407; Charles Hale, *La transformación...*, pp. 360-363. Como indicio del “éxito” del *Atlas metódico* en cuanto a producción de libros, en los números de 1899 y 1900 de la *Revista de Instrucción Pública*, aparecía la segunda edición de la obra en las listas de libros aprobados por el gobierno porfirista. Es decir, como en el caso de los libros del siglo XIX la producción no se mide en términos de tiraje sino del número de ediciones, este dato da cuenta de que el *Atlas metódico* continuaba publicándose dos décadas después de su aparición. Por tanto, tras los referidos Congresos de Instrucción Pública, la obra de García Cubas se mantuvo vigente como libro escolar.

En cuanto al atlas de García Cubas, hay que destacar que es notoria la diferencia en sus características físicas/materiales respecto a su anterior atlas de 1858, pues el metódico, en tanto manual escolar, es de dimensiones menores, asemejando más bien el formato de libro. En tanto que el soporte es fundamental para entender nuestro objeto de estudio, lo anterior nos habla de que se pensaba en la practicidad del atlas a la hora de ser empleado como libro escolar de geografía. Producido en la imprenta de Sandoval y Vázquez (grupo impresor de la ciudad de México, ligado a la clase política e intelectual de entonces), la obra pretendía, según su autor, ser de fácil acceso para los educandos, y de bajo costo para asegurar la capacidad adquisitiva de los padres y de los maestros. Pero, por lo mismo, los mapas resultaron de menos calidad y detalle. Al igual que el atlas de 1858, el metódico fue publicado por entregas en un primer momento.¹⁵⁸ Según se anunciaba en algunos periódicos de la ciudad de México, la idea era ofrecer una obra impresa de bajo costo, para hacerla accesible a padres de familia y a maestros. Es decir, aunque no contamos con demasiadas fuentes para estudiar los fenómenos de consumo, recepción y apropiación del objeto, los anuncios y las características mismas del libro escolar nos aproximan al público ideal para el cual estaba pensado: los estudiantes, vía la adquisición del atlas por sus padres o por los maestros. Entonces tenemos que, por un lado, el proceso de producción engloba al autor, pero también a los editores, tipógrafos y litógrafos, quienes echaban mano de otros medios impresos (como periódicos) para publicitar la obra. Por otro, los consumidores, que en última instancia debían ser los estudiantes, lo cual se aprecia en las características del soporte y sus elementos internos, además de recordarnos que el libro es una mercancía. Como ejemplo de esto, los

¹⁵⁸ El atlas aparecía anunciado en venta en algunos periódicos, contrastando su precio con el del *Atlas estadístico*. La suscripción era de un real por entregas (en total serían 10), y cada una de éstas constaba de 4 cartas con sus respectivos textos. *La Iberia*, México, 15 de agosto de 1874, p. 3. *La Iberia*, México, 12 de agosto de 1874.

editores del *Compendio de geografía* de Manuel Payno (otro libro escolar del periodo), afirmaban que dicha obra estaba pensada como obra accesible (tanto en términos de costos como de contenido) “especialmente para los niños pequeños que concurren a las escuelas de la República”.¹⁵⁹ Más aún, afirmaban que habían sido ellos quienes encomendaron a Payno la elaboración del compendio, lo cual deja ver el papel medular que jugaron aquellos empresarios en la constitución de un mercado de impresos, en este caso de consumo infantil. Con esto se aprecia nuevamente el estrecho lazo entre editores y los grupos de letrados mexicanos de la época, lo que además era parte de un proceso de ampliación de la esfera pública impresa, tal como apunta Laurence Coudart;¹⁶⁰ por ello, hay que situar la producción de obras escolares en ese contexto de expansión de los medios impresos. En ese sentido, es menester apuntalar la importancia de los editores no solo en términos de su trabajo tipográfico y de edición, sino de su labor empresarial, pues vislumbraban áreas de oportunidad y mercados en expansión para insertar sus productos. En este caso, ese creciente mercado de consumo de libros escolares estuvo en sintonía con la afirmación del Estado liberal y su proyecto de nación que, como he dicho, tuvo como eje medular la extensión de la instrucción pública.

Respecto al público al cual estaba destinado el atlas (esto es, los niños y jóvenes dentro del ámbito educativo descrito anteriormente) hay que insistir en la construcción de una concepción del niño mexicano como una figura fundamental por considerársele el futuro ciudadano de la nación, así como un grupo consumidor de libros. “La niñez se convirtió

¹⁵⁹ Díaz de León y White, “Nota de los editores”, en Payno, Manuel, *Compendio de geografía de México*, México, imprenta de F. Díaz de León y S. White, 1872, s/n.

¹⁶⁰ Laurence Coudart, “Los orígenes de la era mediática: la prensa periódica”, en Martínez Luna, Esther (coord.), *Dimensiones de la cultura literaria en México (1800-1850). Modelos de sociabilidad, materialidades, géneros y tradiciones intelectuales*, UNAM, México, 2018, pp. 50-51.

paulatinamente en el objeto central del discurso moral, religioso, médico y educativo, incluso del político y militar [...] la niñez parecía erigirse como la esperanza más tangible de construir desde la raíz una nación robusta y saludable”.¹⁶¹ A ello hay que agregar la creciente importancia de la geografía de la República mexicana como imagen y dato que se debía transmitir a los alumnos.¹⁶² Esto se puede apreciar en una ilustración que circuló en 1870 en una revista llamada *La enseñanza. Revista americana de instrucción y recreo dedicada a la juventud*. Además de que el título de la publicación nos muestra una clara intencionalidad de llegar al público infantil escolar (concibiendo a la infancia como potencial consumidora de obras impresas), dicha imagen es significativa porque muestra el espacio escolar ideal. Resalta en primera instancia el sentido patriótico de la enseñanza (simbolizado por el águila y la serpiente), y muestra el papel medular de la geografía dentro de la instrucción elemental: aparecen los instrumentos de observación geográfica y astronómica como el telescopio, así como un globo terráqueo y un mapa colgado de la pared. **Véase imagen 10**. Tenemos entonces representaciones impresas que nos muestran una sintonía discursiva en cuanto al papel de la geografía dentro del incipiente sistema de instrucción pública. A partir de ese tipo de fuentes, se puede apreciar una visión común de la geografía por parte de las elites políticas

¹⁶¹Beatriz Alcubierre, *Ciudadanos del futuro...*, pp. 15 y 14.

¹⁶² Por supuesto, esos fenómenos de transmisión de ideas, conocimientos y mensajes no son mecánicos, sin embargo la falta de fuentes dificulta historiar las prácticas sociales en torno a los libros escolares. La otra pieza de este mosaico la constituiría el maestro, quien como mediador de los contenidos de los libros escolares, fungiendo como una suerte sacerdote para formar la moral cívica y patriótica en los futuros ciudadanos. Es decir que la escuela y los maestros adquirirían un papel central dentro de ese nuevo esquema educativo del Estado mexicano liberal, al considerárseles agentes fundamentales en la labor educativa comprometida con la patria. Desde el gobierno de Juárez, pero sobre todo durante el Porfiriato se dio una “progresiva apropiación de la educación por parte del Estado, por su control sobre el contenido de la enseñanza, por la creación de un grupo social, los maestros de escuela, formado por el Estado, dependiente de él y dedicado por completo a la realización de esta tarea. El maestro devino figura clave en el desarrollo de la educación pública, pues se constituyó en soporte social fundamental –mediador– que permitió al Estado difundir sus proyectos educativos entre los estudiantes. El mismo García Cubas fungió como profesor en algunas instituciones educativas durante el periodo. Es decir, hizo parte de todo este contexto educativo no solo como autor de libros, sino como profesor.

y letradas, en vinculación con editores e impresores de la ciudad de México. Por tanto, las representaciones culturales nos muestran maneras de entender y proyectar la realidad social, revelando intereses e inquietudes en torno a proyectos de gobiernos e intelectuales que buscaban orientar lo social.

Es importante señalar que aunque las obras escolares de García Cubas responden justamente a las necesidades del incipiente sistema de instrucción pública, aún se aprecian en ellas los elementos fundamentales de la tradición de conocimiento geográfico proveniente de las décadas previas del siglo XIX. Por ejemplo, en el *Curso elemental de Geografía universal*, se nota una manera de entender y concebir el espacio por parte de García Cubas: la dimensión física de la geografía es susceptible de ser medida y cuantificada mediante técnicas y métodos, apuntando a una precisión matemática, producto de la observación del espacio y de la disposición de sus elementos físicos. En el caso del atlas, destaca el hecho de que la primera carta refiera la extensión y ubicación del país, así como su división política, límites y el nombre de las partes que lo integran. Es decir, en función del contexto de consolidación del proyecto nacional, era de suma importancia familiarizar al estudiante con las dimensiones del Estado-nación, así como de los estados que lo componen, por lo cual la enseñanza de la geografía de la República resultaba medular para la conformación de una consciencia nacional en torno al espacio del país. Al mismo tiempo, aunque se trata de una obra hecha desde la capital, evidentemente no bastaba con conocer el Distrito Federal, pues debían tratarse todos y cada uno de los estados, refiriendo sus dimensiones, ubicación, población y división. **Véase imagen 13.** Aquí traigo a cuento la consideración que hice en torno a una estandarización en la manera de producir mapas en el siglo XIX, pues es notable cómo se pretendía constituir una visión geográfica estructurada y sistemática, partiendo de

los mismos criterios y ordenando las partes del país en función de ello: cada carta geográfica se elabora a partir de los mismos parámetros, criterios y elementos. Quizás habría que interpretar esto como un esfuerzo consistente por parte de García Cubas para tratar de plasmar una idea coherente y homogénea del territorio nacional. Como bien apunta Zepeda, “por medio de los cursos de geografía nacional, el Estado liberal buscaba naturalizar la nación y presentarla como algo con existencia física, representable en forma cartográfica”.¹⁶³ García Cubas señala que las primeras cartas del atlas (denominadas mudas, por no tener texto) están destinadas a que, en primera instancia, el estudiante memorice la localización de los lugares en el mapa de mediante la imagen. Asimismo, se concebía que el estudiante debía fortalecer su esquema memorístico, lo cual se aprecia en el formato de preguntas y respuestas (el cual venía empleándose desde las últimas décadas de la época virreinal) que tenían varios libros escolares de entonces, como el Compendio de Payno. Esto tiene que ver con la noción misma de instrucción pública, pues ésta apuntaba al aprendizaje memorístico de datos, nombres, fechas y conocimientos.

Partiendo del paradigma geográfico-científico imperante durante el siglo XIX mexicano, resalta el hecho de que las primeras cartas sean aquellas que abordan las dimensiones, ubicación y elementos naturales del país. Esto nos remite a una perspectiva cartesiana del espacio, en el sentido de un ámbito natural/físico que posee dimensiones matemáticas y racionales, susceptibles de ser estudiadas científicamente, pues parecía de suyo evidente que se trataba de una realidad espacial cuantificable. Esto se aprecia en la gráticula, medidas, latitudes y datos estadísticos de los mapas, lo cual apuntaba a la búsqueda de la exactitud y precisión en la representación del espacio. Así, los mapas del atlas

¹⁶³ Beatriz Zepeda, *op. cit.*, pp. 195-196.

configuran la idea de un ámbito espacial físico y natural ordenado. Ese conocimiento geográfico adquirió un sentido pedagógico en aquellos años, pues por primera vez en el México independiente se pretendía difundir de manera sistemática la imagen cartográfica del país entre los futuros ciudadanos. De hecho, lo que más salta a la vista en la carta no. 1 del atlas es, justamente, una perspectiva del espacio nacional como un todo ordenado, dimensionado y perfectamente ubicado; una suerte de armonía visual, con límites fijados y constreñidos a la cuadrícula que enmarca la imagen de la república.¹⁶⁴ El espacio mexicano queda, de esa manera, situado en torno a las fronteras que la lógica del Estado-nación moderno exige, lo cual sustenta un discurso político que legitima a ese Estado a través del mapa: los nombres de los espacios que delimitan al país adquieren bastante peso dentro de la imagen que busca proyectar el atlas. Como bien apunta Harley, el poder de nombrar el espacio en el papel permite clasificarlo, posibilitando su apropiación.¹⁶⁵ García Cubas configuró la idea de un orden nacional fijo, delimitado por los nombres que demarcan los lugares fronterizos: Estados Unidos del Norte, el Golfo de México, Centro América, el Océano Pacífico, el Mar de las Antillas, así como por los golfos Golfo de Tehuantepec y California. Por tanto, hay una territorialización de la nación en papel. **Véase imagen 11.**¹⁶⁶

¹⁶⁴ Al respecto, véase la obra de Craib, *México cartográfico*.

¹⁶⁵ J. B. Harley, *op. cit.*, p. 204.

¹⁶⁶ Por otro lado, en tanto científico de su tiempo, García Cubas consideraba la observación directa de la realidad espacial como base para su real conocimiento y entendimiento: "Los hechos aislados que se observan en todas las sociedades en contradicción con las reglas generales, y una disposición para juzgar los eventos sin un examen adecuado y un estudio cuidadoso, no son suficientes para obtener un conocimiento completo de ninguna clase de personas, y mucho menos para autorizar tales impresiones a través de la prensa. Las obras de escritores similares, al confundir las concepciones del público, conspiran contra la utilidad real de la información general, ya que sus ideas (en oposición directa a las dadas al mundo por observadores tan profundos como Humboldt, Burjkart, Sartorius y Jourdanet) no pueden convertir cualquier instrucción a nuestra inteligencia, pero disponen totalmente de la mente para recibir las impresiones producidas por la novela". Antonio García Cubas, *The Republic of Mexico in 1876*, translated into english by George F. Henderson, La Enseñanza Printing Office, México, 1876. La traducción es mía.

No obstante, si bien se parte de la dimensión física, también destaca una visión más vasta de lo que engloba la geografía. De ahí que, en sus obras, García Cubas vaya desde las cuestiones de cosmografía, geometría y geografía física hasta los elementos políticos, económicos y religiosos. Primero se exponen los elementos de la geografía física/natural, y después los aspectos sociales que se desarrollan sobre ésta, es decir: agricultura, comercio, demografía y gobierno. De esta manera, el orden natural del espacio geográfico antecede al orden socioeconómico y político, pues después de las cartas geográficas de ubicación del país, de sus ríos y relieve, vienen las cartas de aduanas y de cada estado de la república, con sus respectivos datos demográficos y divisiones político-administrativas.¹⁶⁷ Por tanto, las obras de García Cubas producidas en aquella década de 1870 se inscribían aún en la tradición de la geografía moderna “humboldtiana y riteriana, orientada hacia una perspectiva de totalidad, de búsqueda de relaciones entre el mundo físico y el humano [...]”.¹⁶⁸

En suma, hay que señalar dos cuestiones fundamentales. La primera es la estrecha correlación en la enseñanza de materias como Historia, civismo y geografía, vinculada a la aparición de libros escolares, los maestros como mediadores, la escuela como espacio de sociabilidad y la infancia como receptora y protagonista del proceso. Esto tiene lugar sobre todo después de 1867, cuando se articulan todas esas partes dentro del incipiente sistema de instrucción pública, patriótica y laica, el cual debía contribuir a cimentar los valores y la moral de la patria para forjar una identidad nacional y lograr que las lealtades y conciencias de la población mexicana estuvieran con el Estado nacional. La segunda cuestión es que lo anterior implicó un cambio en la difusión del conocimiento geográfico (hasta entonces

¹⁶⁷ Antonio García Cubas, *Atlas metódico...*

¹⁶⁸ María Esther Aguirre Lora, “La geografía emigra a la escuela”, en Galván Lafarga, Luz Elena, y Lucía Martínez Moctezuma (coords.), *Las disciplinas escolares y sus libros*, CIESAS/UAEM/Juan Pablos Editor, México, 2010, p. 274.

inscrito en los círculos de intelectuales, científicos y políticos) entre sectores más amplios de la población. Esto no es un asunto menor, puesto que nos habla de una manera de entender el sentido y los objetivos de la producción de conocimiento, que ahora debía transmitirse a los estudiantes y maestros, siempre en aras de fortalecer los elementos discursivos de la nación (en este caso en lo referente al territorio). Así, a partir de 1867, la geografía transitó “de un saber estratégico, propio de las elites comprometidas con el conocimiento del territorio nacional, su explotación y su defensa, a un saber dirigido a la escuela popular, necesario para fomentar, a través del conocimiento de lo propio, el orgullo e identificación con el ser nacional”.¹⁶⁹

Las representaciones culturales (libros, mapas, periódicos y revistas de la época) dan cuenta de una perspectiva compartida en torno a una manera de entender la geografía, concibiéndola como un conocimiento cardinal para cimentar un imaginario colectivo. Si bien las obras referidas fueron elaboradas desde la capital del país, lo significativo es justamente que se conformó una visión espacial unitaria desde el propio centro, buscando reconocer y visibilizar las partes del todo. Por ello el discurso espacial que sustenta el atlas escolar tuvo un sentido sustantivo en un momento en el que los sectores políticos e intelectuales buscaban afianzar el proyecto de nación y terminar con el “espíritu de partido”. Esto es visible en la intención de dar cuenta del territorio y de sus partes a través de la práctica cartográfica, empleando datos, perspectivas y parámetros similares para representar tanto los estados como el país. Por ello sostengo que puede hablarse de una estandarización en la manera de elaborar mapas, lo cual sustenta una visión unitaria del espacio nacional. Además, dicha estandarización fue posibilitada por técnicas y procesos editoriales que permitieron la

¹⁶⁹ *Ibid.*, p. 276.

reproducción de mapas de manera cada vez más amplia. Por tanto, ideología nacional, visión geográfica y materialidad se conjuntaron en libros escolares de aquella época, buscando configurar y difundir una idea uniforme del territorio nacional entre los ciudadanos en potencia. El atlas escolar es una obra que permite dar cuenta de cómo se interrelacionaron esas tres dimensiones en el contexto de la incipiente afirmación del proyecto nacional mexicano.

No obstante, también es cierto que existen continuidades: los fundamentos de la geografía como ciencia a lo largo del siglo XIX (pese a los avatares de la vida política), pero ahora formando una vertiente más amplia de tipo escolar dentro de los establecimientos de instrucción pública que proliferaron durante las décadas de 1870-1880 en la ciudad de México. En ese contexto, después de sistematizar ciertos saberes en obras como el diccionario de Alamán o el atlas de 1858 de García Cubas, los hombres de letras buscaron fomentar el reconocimiento del país entre los ciudadanos en potencia. De tal manera que podemos afirmar que el atlas escolar es una muestra de aquel ímpetu de ampliación del público al cual se destinaba el conocimiento geográfico: del ámbito de los científicos e intelectuales, a la esfera de lo público, representada por la expansión de los espacios escolares y un mercado editorial en crecimiento. El soporte material también da cuenta de dicho fenómeno, pues si comparamos el atlas de 1858 con el de 1874 se aprecia un proceso inverso: de los grandes planos del atlas de 1858, con detalles, colores y profusos gráficos, se pasó a un formato pequeño de libro escolar, cuya edición era menos fastuosa. Mientras el formato se redujo, el público se amplió. Estas variaciones a la inversa guardan correlación y revelan intereses cambiantes del autor en la elaboración de sus dos obras en función de dos momentos históricos distintos. De cualquier modo, también debemos recalcar las continuidades:

aquellas permanencias en cuanto a los criterios, características y sustento científico de los atlas. En ese sentido es importante apuntar las continuidades, pues el paradigma de la ciencia geográfica decimonónica no cambió demasiado entre principios del siglo y las décadas de 1850-1870. Conservaba aún la impronta humbolditana, con sus parámetros racionalistas, fincados en la cuantificación, ubicación y preminencia de la dimensión física del espacio, eso sí, apuntando a considerar los aspectos políticos, administrativos, demográficos e históricos de la geografía mexicana, pues dentro del imaginario de los geógrafos de entonces, se pretendía apuntalar una idea de orden natural, social y nacional dentro de los marcos del mapa. Aunque no contemos con las fuentes necesarias para explorar los fenómenos de consumo, apropiación y producción de sentido por parte de los sujetos y/o grupos que lo utilizaron (como maestros y alumnos dentro de prácticas sociales en torno a los libros escolares), el formato del atlas y los estudios que han mostrado la expansión de los establecimientos de instrucción pública y la ampliación de la esfera pública impresa dan cuenta de un contexto histórico en el que la geografía adquirió relevancia en los proyectos y discursos de la elite liberal. Además, el *Atlas metódico* condensa tanto elementos particulares como aspectos que se recogieron de una tradición científica tejida en la larga duración. Ahí radica lo significativo del atlas en tanto objeto de estudio que permite entender un momento en el que el desarrollo histórico de la geografía como campo científico e intelectual se bifurca en función de un interés político e ideológico por ordenar lo social.

Año	Total de escuelas primarias	Total de escuelas primarias públicas	Total de escuelas primarias privadas	Población escolar total	Población escolar en escuelas primarias públicas	Población escolar en escuelas primarias privadas
1869	284	173	111	18,370	14,710	3,660
%	100	60.91	39.09	100	80.07	19.93
1874	350	223	127	20,660	16,345	4,315
%	100	63.71	36.29	100	79.11	20.89

Cuadro 1. Establecimientos de instrucción primaria públicos y privados en la Ciudad de México, 1867 y 1874. Fuente: Beatriz Zepeda, *op. cit.*, p. 179.¹⁷⁰



Imagen 10. La enseñanza. Revista americana de instrucción y recreo dedicada a la juventud, México, 1870, Imprenta de Nabor Chávez.

¹⁷⁰ Como lo muestra el cuadro, las escuelas privadas siguieron teniendo un papel importante en materia educativa en el periodo estudiado; no obstante, se aprecia una tendencia en el incremento de establecimientos de instrucción de orden público, esto es, en manos del Estado liberal.



Imagen 11. Antonio García Cubas, Carta no. 1, *Atlas metódico*, 1874.



Imagen 12. Antonio García Cubas, Carta no. 2, *Atlas metódico*, 1874.

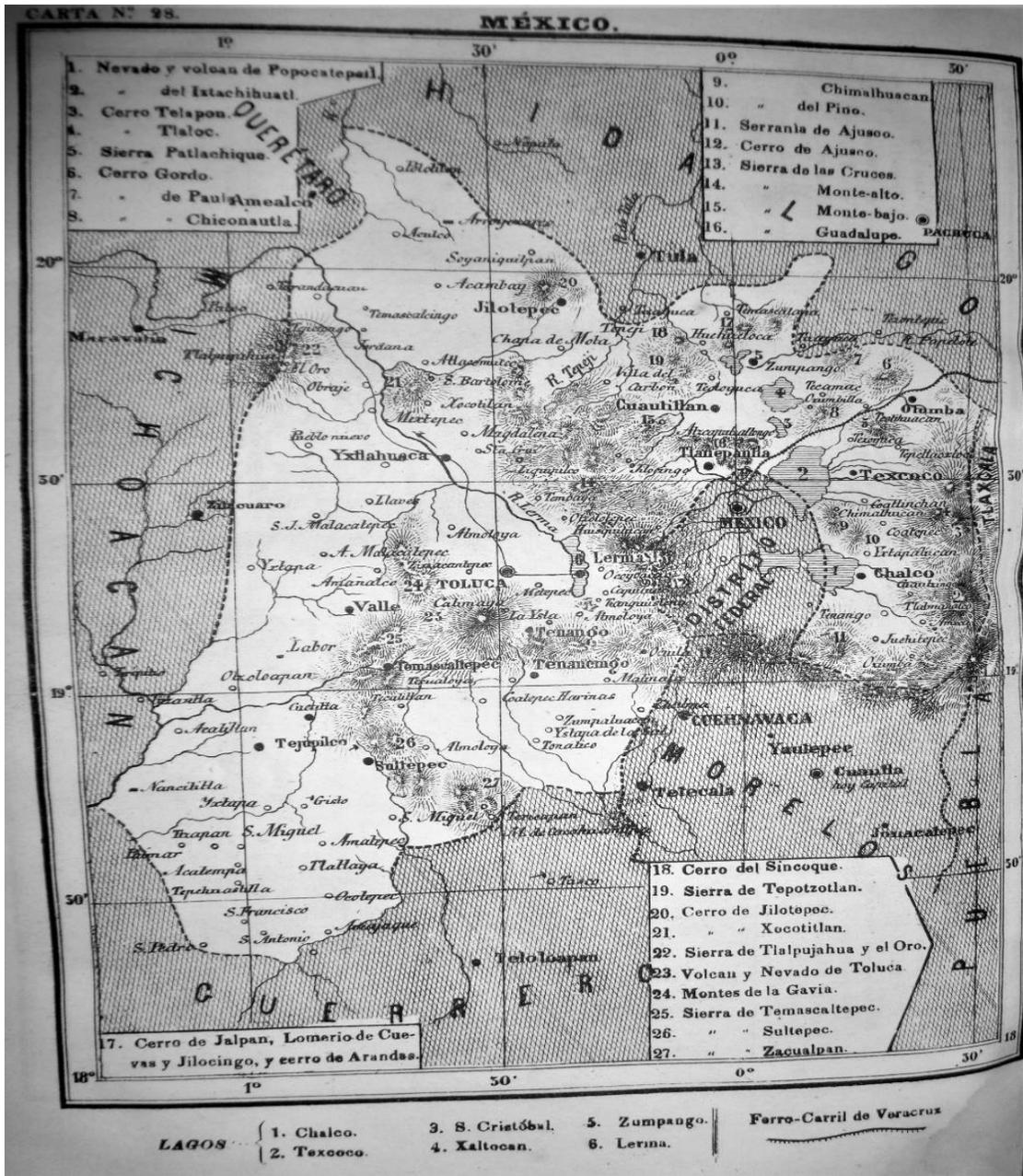


Imagen 13. Antonio García Cubas, Carta no. 28, México. *Atlas metódico*, 1874.

Capítulo III. El atlas de 1885: modernidad e imagen de lo mexicano

Durante las últimas décadas del siglo XIX y la primera del XX, México parecía tironear entre la modernidad racionalista, científica-positivista, y perspectivas que volcaban la mirada hacia elementos autóctonos, tanto nacionales como regionales. Así, el sector político y académico mexicano del último tercio de la centuria, estableció un puente entre un mundo occidental pujante, en pleno contexto del imperialismo decimonónico, y una visión del país que apuntalaba valores nacionales pero buscando insertarlo de cualquier modo en las sendas del anhelado progreso material y científico. En este capítulo pretendo mostrar cómo el 3er atlas de García Cubas, publicado entre 1884 y 1885, está claramente marcado por esas dos vertientes que convergieron durante el último tercio del siglo en el ámbito intelectual.¹⁷¹ Así, el *Atlas pintoresco e Histórico de los Estados Unidos Mexicanos* representó una obra visual monumental posibilitada por aquel contexto histórico que he referido, el cual busco revisar a continuación.¹⁷² Dicho atlas se acompañó del *Cuadro geográfico, estadístico, descriptivo e histórico de los Estados Unidos Mexicanos*, el cual contenía textos y descripciones de los mapas y las ilustraciones en él contenidas. Ambas obras fueron publicadas por la casa editorial litográfica de Debray y sucesores.¹⁷³ Para la elaboración de los mapas, García Cubas contó con el apoyo de pintores, dibujantes y litógrafos de entonces: Miguel R. Hernández, Vicente Calderón, Francisco Mendoza y Santiago Hernández.¹⁷⁴ Esta colaboración entre

¹⁷¹ Vertiente marcada y estudiada por autores como Ricardo Pérez Montfort, Mauricio Tenorio Trillo y Raymond Craib.

¹⁷² Ricardo Pérez Montfort, “La cultura”, en Kuntz Ficker, Sandra (coord.), *México: la apertura al mundo 1880-1930*, tomo III de Hernández Chávez, Alicia (dir.), *América Latina en la Historia contemporánea*, Mapfre/Taurus, México, 2012, p. 287. Este esquema explicativo es útil para entrar en el contexto a partir de una conceptualización del mismo. Sin embargo, para dar cuenta de una obra como el *Atlas Pintoresco*, hace falta integrar la dimensión material y editorial.

¹⁷³ En la sección de anuncios de periódicos como *La Voz de México* y *El Universal*, dicha casa editorial avisaba de la publicación del atlas, el cual constaría de 14 entregas con valor de \$3.00 cada una. *La Voz de México*, 31 de enero y 10 de febrero de 1885, ciudad de México, p.4 y p. 3; *El Universal*, 10 de julio de 1888, p. 3.

¹⁷⁴ Luis Arturo Salmerón, “El atlas más bello de México”, *Relatos e Historias de México*, núm. 44. Santiago Hernández había destacado como dibujante, retratista y litógrafo, volviéndose una figura importante en el

distintos autores que hacían parte del ámbito editorial y la producción pictórica (y que compartieron vínculos institucionales) es muy significativa, pues nos permite vislumbrar el trabajo conjunto que hubo detrás de una obra que, a diferencia de los otros dos atlas, contó con muchas más imágenes, colores y detalles, lo cual tiene que ver con la naturaleza misma de la obra y su contexto de producción.

Para empezar, hay que decir que las dificultades que habían caracterizado al trabajo de reconocimiento geográfico, medición del territorio nacional y producción de cartas geográficas fueron disminuyendo durante las administraciones de Porfirio Díaz y Manuel González. Para el primero de ellos, el trabajo geográfico devino un elemento estratégico, en tanto que con él se podía tener un mejor conocimiento del espacio y, por ende, un mejor control del territorio nacional. Por ello, alentó la formación de las Comisiones Geográficas Exploradoras, poniendo a disposición de éstas recursos del erario público, y vinculándolas directamente con la élite militar –que Díaz puso en cargos públicos de manera consistente– y el Colegio Militar. Por esto mismo, la formación de ingenieros militares devino aún más y más importante. De ahí que las labores de agrimensura, exploración y reconocimiento geográfico las desempeñaran cada vez más (a partir de la década de 1880) alumnos de dicho colegio.¹⁷⁵ Desde 1877 se notó el interés por el mapeo del país, pues Vicente Riva Palacio,

ámbito de la caricatura decimonónica. Por ello, participó activamente como ilustrador de varias obras, incluida la de García Cubas. Por su parte, Francisco de P. Mendoza era por entonces un joven pintor formado en la Academia de San Carlos, donde fue discípulo de José María Velasco. Miguel Hernández parece haber sido discípulo de Casimiro Castro, destacando como litógrafo y pintor paisajista. Véanse: Eduardo Báez Macías, “Pintura militar: entre lo episódico y la acción de masas”, *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, vol. 23, no. 78, 2001, pp. 130-133; Andrés Reséndiz, *Inferencias y vínculos, Casimiro Castro*, CENIDIAP, México, 2003, pp. 4-6.

¹⁷⁵ Sobre los pormenores del desarrollo y características de las Comisiones Geográfico-Exploradoras, véase el trabajo de Craib, *México cartográfico*. Según su estudio, los primeros trabajos se concentraron en la zona que conectaba el puerto de Veracruz con la ciudad de México (pasando por Puebla), donde recientemente se había puesto en marcha la primera línea férrea del país. De acuerdo con Craib, había de parte del gobierno nacional un interés militar, comercial y económico en conocer con datos precisos dicho corredor. Esto nos muestra el sentido pragmático y la utilidad estratégica que el gobierno mexicano daba al conocimiento geográfico.

Ministro de Fomento, creó un Departamento de Cartografía, cuyo dirigente fue Orozco y Berra. De ahí se desprendió, de hecho, el trabajo de dichas comisiones.¹⁷⁶ Es decir que durante el régimen porfirista, se impulsó de manera sustancial el trabajo geográfico, encaminado a producir un conocimiento más certero del espacio, con el fin de despertar el interés en el extranjero sobre posibles proyectos de inversión económica y colonización.¹⁷⁷ Hubo “esfuerzos de la Comisión por crear un espacio científicamente (y retóricamente) reestructurado de conocimiento geográfico perfeccionado”.¹⁷⁸ Para Raymond Craib, fueron justamente los mapas y el conocimiento estadístico los elementos que permitieron dotar de una noción moderna a México en cuanto a su espacialidad, sus recursos y población.¹⁷⁹

Aunque García Cubas no hizo parte de dichos proyectos, me interesa resaltarlos para tratar de dar cuenta del ambiente científico que sustentó la producción de conocimiento geográfico en ese contexto histórico. De cualquier modo, el autor siguió con sus trabajos como geógrafo, y de hecho volvió a laborar en el Ministerio de Fomento, desde donde

¹⁷⁶ José Omar Moncada, “La profesionalización del geógrafo...”, p. 7. El hecho de que dichas áreas estuvieran ligadas al área de Fomento nos muestra la visión del conocimiento geográfico como algo utilitario que serviría para apuntalar el desempeño económico a partir de la explotación de los recursos naturales y el desarrollo de infraestructura.

¹⁷⁷ José Yves Limantour, a la sazón miembro de la SMGE, afirmaba que en el Congreso Internacional de Ciencias Geográficas (celebrado en París en 1875) instó a los miembros a considerar a México como un país abierto a la colonización e inmigración blanca. Esto, además de mostrar el activo interés de los intelectuales por promover a México en Europa, es muestra de un pensamiento geográfico bastante determinista y racista (propio de la época), en el cual se argumenta en función de las características físicas y naturales del entorno y su impacto en lo social. Es decir, aunque criticaba esas ideas, Limantour argumentaba a partir de un criterio determinista: “no solamente en nuestra República, sino también en todo el continente americano, la región intertropical era muy accesible a la raza blanca, y que tan lo era, que una parte bastante considerable de sus habitantes pertenecían a esa raza [...] Concluí pidiendo a la mesa se consignasen esas observaciones, añadiendo por vía de excepción a la referida declaración general que se pretendía hacer sobre la zona intertropical, que el continente americano, y en particular México, pueden ser perfectamente colonizados por emigrantes europeos”. José Yves Limantour, *Noticias sobre el Congreso Internacional de Ciencias Geográficas, París, 1875*, Imprenta de Francisco Díaz de León, México, 1875, pp. 4-18. Asimismo, este informe da cuenta de cómo para el último tercio del siglo XIX, la geografía ya concebida como una ciencia, se estaba diversificando en cuanto a sus temas, perspectivas y criterios.

¹⁷⁸ *Ibid.*, 181.

¹⁷⁹ Raymond Craib, “El discurso cartográfico en el México del Porfiriato”, en Mendoza Vargas, Héctor (coord.), *México a través de los mapas*, UNAM/Instituto de Geografía, México, 2003.p. 142.

contribuyó a formar la *Revista Científica Mexicana*, una publicación que iba encaminada a servir como especie de órgano difusor de los trabajos que en ese momento se llevaban a cabo en diversas áreas de la ciencia.¹⁸⁰ Asimismo, el autor fue parte de las labores de delimitación y reconocimiento de la frontera con Guatemala a principios de la década de 1880, bajo el gobierno de Manuel González. Es decir, estuvo en vinculación con la élite política y científica porfiriana en ciernes. En ese sentido, no fue ajeno al contexto institucional y científico de entonces, porque además, su trayectoria y renombre lo respaldaban como una figura fundamental en el ámbito del conocimiento geográfico y la cartografía. No obstante, en tanto que el tema de las prácticas de mapeo es fundamental para este estudio, es importante señalar que Craib afirma que mientras las personas que participaron en las Comisiones Geográfico-Exploradora hicieron trabajo de campo, al acudir directamente al terreno a medir (enfrentándose a diversas vicisitudes),¹⁸¹ y hacer recorridos y viajes *in situ*, García Cubas realizó sus obras cartográficas en su despacho. Por lo tanto, aunque hablamos de dos tipos de prácticas de mapeo, considero que ambas apuntaban a lo mismo: producir un retrato fiel, objetivo, estable y científico del espacio, mediante representaciones cartográficas estructuradas que permitieran consolidar la imagen del Estado nacional y, en consecuencia, afirmar su soberanía espacial y capacidad de control del territorio. Las imágenes proyectadas en las cartas del *Atlas pintoresco* mezclan lo que se consideraba propiamente mexicano, con elementos de esa modernidad en constante progreso que señalé anteriormente. Entonces, a partir de esos dos criterios, abordaré las cartas geográficas que componen al atlas para analizar e interpretar su contenido y contexto: por un lado las que apelan a lo propio y al

¹⁸⁰ Hugo Pichardo, *op. cit.*, pp. 158-159.

¹⁸¹ Al respecto refiere dos tipos de dificultades: las del medio físico, y las de tipo social, pues algunos pobladores se resistían a colaborar y dar información.

pasado; por otro, aquellas que muestran a México como un lugar que pretende despuntar en el concierto de la modernidad industrial.

3.1 El peso del pasado y lo propio: las cartas etnográfica e histórica y arqueológica

Una de las diferencias más notables del *Atlas pintoresco* respecto de los anteriores, es el peso que le da a la dimensión social del espacio. Como menciona el propio autor en el *Cuadro estadístico*, en primera instancia pretendió dar cuenta de las características políticas, eclesiásticas y etnográficas del país por medio de los datos estadísticos y la imagen cartográfica.¹⁸² Salta a la vista, por ejemplo, el tema de la raza (concepto que se fortalece en el discurso intelectual justamente a finales de la centuria). Por otra parte, el peso de lo histórico y arqueológico está presente tanto en el atlas pintoresco como en el cuadro estadístico. En ese sentido, hablamos de un contexto de consolidación del proyecto nacional, cuya afirmación se manifestó en distintos órdenes discursivos de conocimiento; por ejemplo, en esa misma década se publicaron los tomos de *México a través de los siglos*, obra que representa un momento culminante de la interpretación nacionalista, teleológica y evolutiva de la Historia mexicana. Es decir, estamos hablando de un momento de afianzamiento de una visión estructurada de lo nacional (en este caso en el ámbito de la historiografía) y en el caso del *Atlas pintoresco* en cuanto a la dimensión geográfica, tanto física como social del país. Ya en obras previas, García Cubas había explorado el ámbito etnográfico, particularmente en la 3ra parte de su obra *The Republic of Mexico in 1876*.¹⁸³ De hecho, la Carta etnográfica

¹⁸²Antonio García Cubas, *Cuadro geográfico, estadístico, descriptivo e histórico de los Estados Unidos Mexicanos*, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, México, 1885, p. II.

¹⁸³ Como apunta María Cárdenas Carrión, el inicio de la etnología en México tuvo lugar durante las décadas de 1860-1870, con los trabajos de Manuel Orozco y Berra (*Geografía de las lenguas y carta etnográfica de México*, publicada en 1864) y de Francisco Pimentel (*Cuadro descriptivo y comparativo de las lenguas indígenas de México o Tratado de filología mexicana*, de 1862). De acuerdo con esta autora, la condición que habilitó el estudio etnográfico (muy boga en Europa a lo largo del siglo XIX) tuvo que ver con la idea del “indio vivo” y los diversos debates y perspectivas en torno a los grupos indígenas, esto es, lo referente a las opiniones y

del atlas de 1885 aparece en dicha obra. El autor integró ese trabajo previo de carácter etnográfico, situándolo entre las primeras páginas de atlas. Considero que los trabajos de García Cubas referentes a los temas étnicos se insertan en un ámbito más amplio del desarrollo de la etnología en torno a “los requerimientos del Estado con el <<problema del indio vivo>> y los programas políticos, pero también como un campo académico dedicado a la investigación y al registro etnográfico de las expresiones de los grupos étnicos de la nación”.¹⁸⁴ Es decir, los grupos étnicos de algunas partes del país habían sido ya descritos y representados, por ejemplo, en pinturas paisajes y grabados (tanto por los viajeros y científicos extranjeros, como por mexicanos). Esta tradición costumbrista del México decimonónico se configuró a través de diversas representaciones culturales como la literatura, la prensa ilustrada y la litografía. En ese sentido, García Cubas siguió esa línea de discursiva de los grupos étnicos –que había iniciado con los trabajos de Pimentel y Orozco y Berra–, visualizándolos en la Carta etnográfica de su atlas. De cualquier modo, no hay que perder de vista que dicha carta se elaboró en función de la perspectiva del intelectual, del científico. Por ende, no deja de haber una visión un tanto centralista de la otredad, la cual sólo se vuelve visible bajo la lógica científica de la lupa intelectual. De hecho, el interés de García Cubas tiene que ver con su propio reconocimiento de la heterogeneidad racial del país (tal cual lo expresa en el texto de la referida carta). Afirmaba que la población de origen hispánico y la mezclada (o sea la mestiza) constituyen “la parte principal de sus habitantes,

posturas sobre si debía incorporarse a los proyectos de nación y de qué maneras debía hacerse esto. En ese sentido, los estudiosos letrados incursionaron de manera recurrente en el ámbito de los estudios etnográficos, animados por dichos cuestionamientos en torno a qué papel debía jugar el indio dentro de la nación. Véase Blanca María Cárdenas Carrión, “Los comienzos de la etnología en México y el Museo Nacional”, *Cuicuilco. Revista de Ciencias Antropológicas*, vol. 24 no. 68, enero/abril, 2017, pp.86-87. Asimismo, Luis Gerardo Morales da cuenta de dicho desarrollo en el marco del proceso de creación del Museo Nacional desde finales del siglo XVIII y a lo largo del XIX. Véase: *Orígenes de la Museología mexicana. Fuentes para el estudio del Museo Nacional, 1780-1940*. Universidad Iberoamericana, México, 1994.

¹⁸⁴ María Cárdenas Carrión, *op. cit.*, p. 98.

cuya civilización se halla de todo conforme con la europea”.¹⁸⁵ En cambio, consideraba que de la población indígena, la que más se ha confinado en sus territorios, alejados de las ciudades, es la que mejor preserva sus características étnicas, mientras que los indígenas ubicados cerca de las urbes mexicanas, han experimentado un proceso de degeneración social (sobre todo, afirma, los que habitan en la Meseta Central). Siguiendo esa idea del indígena bajo la mirada del letrado, resulta significativo cómo va narrando sus impresiones en torno a dicha “raza”: trabajadora, pero un tanto desaseada, muy festiva pero idólatra, y con vicios como el de la bebida. Aquí valdría la pena preguntarse hasta qué punto dichas impresiones son propias del autor, o más bien lugares comunes que se venían retomando desde la propia época virreinal. Estas ideas las repite en la explicación de la Carta etnográfica del *Atlas pintoresco*.¹⁸⁶ Asimismo, en tanto que era una obra de carácter geográfico y científico, García Cubas realizó un esquema clasificando las familias etnolingüísticas, estableciendo su ubicación geográfica (misma que se observa en la referida carta).¹⁸⁷ Por supuesto, este estudio tuvo como precedente la parte etnográfica que elaboró en su obra *The Republic of Mexico in 1876*, que a su vez abrevó de las citadas obras de Pimentel y Orozco y Berra. Hablamos entonces de representaciones que configuran discursos y que, a su vez, nutren y alimentan otras representaciones, como resultado de las propias redes de los intelectuales y científicos de entonces. Discursos que pasan, por supuesto, por diversos soportes materiales que compartían esos grupos de letrados: libros ilustrados, literatura, prensa, etc.

¹⁸⁵ Antonio García Cubas, *Atlas pintoresco e histórico de los Estados Unidos Mexicanos*, Debray y Sucesores, México, 1885, p. 2.

¹⁸⁶ *Id.*

¹⁸⁷ Antonio García Cubas, *Cuadro histórico...*, pp. 21-22. Para tales fines, el autor recurrió a las obras del citado Pimentel, lo cual nos permite apuntalar la idea de comunidad de producción de conocimiento y de interpretación; es decir, nos deja ver cómo operan las redes de intelectuales, quienes producen conocimiento mediante obras impresas que son leídas y retomadas entre ellos mismos.

Por otra parte, considero que en estos estudios, García Cubas pasó de una visión cuantitativa de la población a una cualitativa. Se aprecia que ya no basta con tener una noción de cuánta población hay y dónde está, sino que ahora su estudio adquiere una dimensión más etnográfica en el sentido de intentar describir características socioculturales (lengua, modos de vida, comportamiento) a partir de la división en tres grandes grupos raciales: los de raíz española, los mestizos y los indígenas. Lo anterior nos lleva a cuestionarnos qué del contexto porfirista nos explica esta creciente inquietud por la diversidad regional de México. Si bien, los estudios de carácter etnológico en realidad procedían de décadas anteriores a la publicación del atlas, el periodo porfirista constituyó una época importante para tratar de entender dicha diversidad social en aras de apuntalar los valores nacionales, pero buscando empatar dicha diversidad con la modernidad occidental: “apoyados en una ilusión de conocimiento científico, muy en boga a finales del siglo XIX, estos sectores se dieron a la tarea de observar, describir y analizar las conductas de lo que se definía como <<populacho>>, <<plebe>> o <<pueblo bajo>>”.¹⁸⁸ De ahí el interés de García Cubas por clasificar, ordenar y ubicar en el mapa y mediante datos estadísticos a las tres grandes familias raciales que componían a la nación mexicana. Esto implicó (siguiendo a Pérez Montfort) elaborar una serie de imágenes cargada muchas veces de ciertos prejuicios, constituyendo estereotipos (tipos sociales, como se llamaba en la época) de los diversos grupos étnicos. Esta interrelación entre lo típico y lo moderno, generó un vínculo un tanto paradójico, pues planteaba reconocer y visualizar la diversidad social de la nación mexicana,

¹⁸⁸ Ricardo Pérez Montfort, “El pueblo y la cultura. Del Porfiriato a la Revolución”, en *Cotidianidades, imaginarios y contextos. Ensayos de Historia y cultura en México, 1850-1950*, CIESAS, México, 2008, p. 51. Este autor apunta que, por supuesto, dicha visión de la población mexicana se vio atravesada por prejuicios y estereotipos producidos (y justificados científicamente con el auge de la corriente positivista) desde los discursos de la mirada intelectual.

pero haciéndolo en función de un derrotero marcado por el anhelo de industrializar y modernizar al país. Dicho en otros términos, los científicos e intelectuales del periodo (criminólogos, arqueólogos, literatos, geógrafos, educadores y artistas), en aras de promover el tan ansiado progreso y la modernización, buscaron rastrear algunos impedimentos de orden social para dichos cometidos. En ese sentido, es bastante significativo que García Cubas – como muchos otros– considerara a la raza indígena de su tiempo como un grupo degradado de las otrora grandes civilizaciones prehispánicas. Los hábitos y prácticas de dicho grupo eran incompatibles con la visión moderna de la nación: “la cultura de los llamados decentes e industriosos tenía todo el derecho de avasallar a aquellos mexicanos que eran considerados de entrada como viciosos, degenerados, criminales e imbéciles”. Para García Cubas, esos decentes e industriosos estaban representados sobre todo por las otras dos razas: la española-europea y la mezclada:

Los individuos del primer grupo y una fracción del tercero, que a él se ha asimilado, constituyen en el país la parte principal de sus habitantes cuya civilización se halla en todo conforme con la europea. Su idioma, por nacionalidad, es el castellano, y por educación, el francés, inglés, alemán e italiano, siendo los dos primeros los más generalmente extendidos. Las obras clásicas así literarias como artísticas, el conocimiento del latín y raíces griegas, y los grandes principios de las ciencias en todos sus ramos, forman la base de la instrucción pública [...] En esta clase de la sociedad, reside, en general, el ejercicio de las profesiones y el vital elemento del capital, y por consiguiente, el más firme apoyo de la agricultura, de la minería, de la industria y del comercio.¹⁸⁹

En ese sentido, se aprecia una articulación entre educación, ciencia, artes y desarrollo económico que fomentaba que los sectores letrados y cultos del país se concibieran a sí mismos como un sector social medular para el desenvolvimiento del país. García Cubas

¹⁸⁹ Antonio García Cubas, *Atlas pintoresco...*, p. 2.

muestra cierta visión jerárquica de la sociedad a partir de criterios tales como la educación y las posibilidades económicas. Luego entonces, los grupos indígenas quedan al margen de esos criterios, pues parte de una visión francamente evolucionista de las razas: los indígenas contemporáneos degeneraron de la raza indígena prehispánica. Lo paradigmático de este discurso es que, de todos modos, en las representaciones de la Carta etnográfica, los indígenas aparecen representados por un tipo social en actitud bastante calmada, captados de manera fugaz en su comportamiento social: gestos, atuendos y posturas. Habría que preguntarse si este ejercicio de García Cubas busca catalogar a cada grupo indígena a partir de un tipo social que lo representa.

Si observamos detenidamente la Carta etnográfica, veremos que se retoman los tipos sociales (que circularon en las décadas anteriores mediante las litografías, la prensa ilustrada y los daguerrotipos) y se articulan de forma ordenada dentro de una narrativa espacial que, si bien reconoce esa diversidad de grupos étnicos a lo largo y ancho del país, de todos modos se integran en un discurso ordenado dentro de los confines del espacio nacional. Esto, insisto, se inserta dentro de la corriente costumbrista de la segunda mitad del siglo XIX. Al respecto, María Esther Pérez Salas señala para el caso del costumbrismo en las litografías que “no fue un hecho aislado, sino que participó en un movimiento artístico y cultural más amplio, a la vez que político, en virtud de que los personajes que se consideraban típicos tenían una estrecha relación con la concepción de lo mexicano”.¹⁹⁰ En ese sentido, los tipos sociales fueron una manifestación de eso que genéricamente se ha denominado costumbrismo,¹⁹¹ pues

¹⁹⁰ María Esther Pérez Salas, *Costumbrismo y litografía*, p. 12.

¹⁹¹ Brian Hammet señala acertadamente que el costumbrismo no fue únicamente de orden literario, sino que fue multigenérico: pasó por periodismo, libros de viajes, historiografía, teatro, etc. En realidad lo que permite darles el adjetivo de costumbrista es que lo que representaban, particularmente aquello que consideraban como lo típico (categoría que partía de una búsqueda por retratar con fidelidad lo que, a ojos de los intelectuales, científicos y artistas del siglo XIX, se podría considerar como “típicamente mexicano”. Asimismo, (y esto tiene

a través de la imagen litográfica –aunada al espacio en el caso del *Atlas Pintoresco*– se busca entender la compleja realidad del país en aras de apuntalar los valores típicamente mexicanos. Hablamos, pues, de una conceptualización visual del espacio nacional, que en buena medida abrevia de ese costumbrismo decimonónico, entendido no como un estilo literario o artístico, sino como todo un esquema que buscaba explicar y representar la compleja realidad del país a través de las descripciones profundas, los cuadros de costumbres y los tipos sociales, esquema mediante el cual, como he apuntado, los intelectuales de la época miraban, explicaban y representaban el mundo tanto social como natural. Las cartas geográficas como la etnográfica, articularon estas dimensiones. Si bien se reconoce la vastedad de grupos étnicos, finalmente el principio aglutinador de la obra (en tanto atlas) pretendía configurar un discurso homogeneizador, en el cual todas las regiones, tipos sociales, divisiones territoriales y diversidad natural constituyen las partes de un todo: la nación mexicana en su propio territorio. En ese sentido, vuelvo a insistir en que la concepción de la geografía como ciencia tiene su fundamento en la idea de que la realidad (incluso la social) era aprehensible a través de una serie de conceptos, representaciones y objetos; en esto podemos ver que los hombres de letras de la época fueron herederos del esquema racionalista occidental). Es decir, García

se aprecia con claridad en algunas cartas del *Atlas Pintoresco*, como la etnográfica), el costumbrismo tenía un profundo ímpetu regionalista y localista. Finalmente, Hammett apunta una idea bastante interesante, pues afirma que el costumbrismo fue una praxis intelectual y artística en la cual quienes escribían y elaboraban cuadros de costumbres, o tipos sociales, provenían del ámbito urbano (de la ciudad de México particularmente), mientras que lo que retrataban en esas obras eran ambientes rurales, naturales, actitudes populares y vida cotidiana. Esto es interesante puesto que plantea una producción –de novelas, artículos periodísticos, paisajes y grabados– en la que hay una interrelación casi dialéctica entre el ámbito intelectual (por lo cual, dice Hammett, el costumbrismo no deja de incluir nociones y preceptos racionales e ilustrados compartidos por los hombres de letras del siglo XIX) desde el cual se producen esas representaciones, y la realidad popular, rural y natural que se pretende representar. En ese sentido, el costumbrismo como praxis científica y artística condensa esos dos ámbitos. En ese sentido diríamos que en las obras de paisajistas, litógrafos, literatos y científicos se interpelan constantemente esos dos ámbitos. Cfr. Brian Hammett, “Imagen, identidad y moralidad en la escritura costumbrista mexicana, 1840-1900”, *Signos Históricos*, vol. 12, núm. 24, 2010, pp. 16-17. –a través de lo cual realmente condensaba una manera de entender, explicar y representar la realidad, en la búsqueda de las imágenes de lo mexicano.

Cubas busca dar cuenta de todos los elementos que componen el territorio nacional, lo cual nos deja ver una concepción propia de la ciencia decimonónica en la cual éstos pasan de manera casi automática del mundo tangible al mapa, sin mayor mediación. En esa perspectiva decimonónica, lo representado debía guardar proporción y realidad respecto de lo que se representa.

En suma, los tipos sociales poseen un carácter estereotípico puesto que se pretende que un tipo social de cuenta de una realidad étnica diversa. Ello implica simplificar lo que por definición es heterogéneo. En consecuencia, la visión cartográfica y estadística ordenada en la carta se relaciona de manera indisociable con esos tipos sociales: la diversidad étnica hace parte de la unidad nacional, y pretende integrarse en un discurso espacial unitario. Así, la mirada del científico –cartógrafo en este caso– se traslada al mapa, ordenando la diversidad étnica ligada al espacio: el peso de la imagen (que mezcla mapas con paisajes y tipos sociales) lo posibilita la técnica litográfica.¹⁹² Por ello insisto en que se aprecia un tipo de geografía de carácter un tanto más sociocultural que la de principios o mediados del siglo XIX. Las imágenes que acompañan las cartas etnográfica, eclesiástica, política e histórica-arqueológica no son decoraciones que adornan el contorno de los mapas del país: más bien se integran en una visión espacial que apuntala la fuerza discursiva de la imagen cartográfica. No son elementos que aderezan la obra de García Cubas, sino que, deliberadamente, constituyen el soporte simbólico de lo que se quiere dar cuenta, a saber: la diversidad espacial

¹⁹² Pérez Salas señala cómo desde la década de 1840 “los temas trabajados gráficamente fueron todos aquellos susceptibles de ser acompañados por imágenes”. El *Mosaico mexicano* es para la autora el ejemplo pionero de dicha práctica, la cual se extendió durante el resto de la centuria. Véase Pérez Salas, *Costumbrismo y litografía*. Ahora, no es que la geografía no fuera un tema importante previamente, pero como mencionaba al principio de este capítulo, es durante las décadas de 1870 y 1880, sobre todo bajo el auspicio de los gobiernos liberales (y en buena medida como expresión de la afirmación del proyecto de nación que encabezaban), cuando el tema adquiere relevancia en términos de las políticas gubernamentales de los gobiernos de la denominada República restaurada y del Porfiriato temprano.

y étnica, la profundidad histórica, el peso del pasado y lo considerado típicamente mexicano (de ahí la idea de pintoresco), todo ello a partir de la mirada del intelectual que pretende tomar ejemplos (tipos sociales) de las distintas partes del territorio nacional. De hecho, el autor recurrió al uso de las imágenes de los tipos sociales para dar cuenta en términos visuales de que “la diferencia de idiomas, de costumbres y trajes, determinan en la República la heterogeneidad de las tres razas expresadas”.¹⁹³ **Véase imagen 14.**

Dicha visión configura, justamente, una visión territorial unitaria en la cual la diversidad se toma en cuenta pero siempre en función de integrarla en un enfoque unitario del espacio nacional. Esto, por supuesto, forma parte de un ejercicio de exploración de la mexicanidad llevado a cabo por los científicos e intelectuales a lo largo del siglo XIX.¹⁹⁴ Como discursos y representaciones que están en vinculación (que se alimentan y retroalimentan), las cartas que conforman el atlas de 1885 revelan cómo algunas representaciones de las décadas previas (litografías, libros, pinturas) fueron retomadas por García Cubas, integrándolas en una obra de carácter general que pretendía dar cuenta de totalidad de los elementos que constituyen la unidad de lo nacional. En este sentido, como bien apunta Carrera, vemos una cultura visual en constante ir y venir, cuyas obras y autores estuvieron en diálogo constante. Para muestra de esto, algunas litografías empleadas en la Carta Arqueológica, fueron retomadas de obras de viajeros y litógrafos de la primera mitad del siglo XIX. Aún más, en el primer tomo de *México a través de los siglos*, escrito por Alfredo Chavero, aparecen esas imágenes: por ejemplo, se repite la figura de la Pirámide de Papantla, que de hecho era una imagen que apareció en la obra *Viaje pintoresco* y

¹⁹³ Antonio García Cubas, *Atlas pintoresco*, p. 2.

¹⁹⁴ Magali Carrera, *traveling from New Spain...*, pp. 169-177. Esta historiadora rastrea cómo García Cubas retoma imágenes de época previas, insertándolas primero en su obra *The Republic of Mexico in 1876*, y después en el *Atlas Pintoresco*.

arqueológico por la parte más interesante de la República de Carl Nebel (1836). Sobre esto hay que hacer algunos comentarios importantes. Primero es que, efectivamente, existía una cultura visual en la que las representaciones culturales se retroalimentan entre ellas. La dimensión material que sustenta esto se explica por dos cuestiones interrelacionadas: que esas representaciones fueron producidas por grupos de intelectuales que compartieron una cultura letrada común (y que compartían un ámbito de producción similar, es decir, estrecharon lazos con litógrafos y empresarios editoriales de manera constante), y dos, que su medio de comunicación fueron los medios impresos, tanto escritos como visuales. Además, tanto los tipos sociales como las imágenes arqueológicas nos muestran que, para finales del siglo XIX seguían muy vigentes las imágenes litográficas producidas en las épocas anteriores. Esas expresiones se retomaron e insertaron en discursos que buscaban cimentar el sentido de una nación consolidada tanto en su historia como en su geografía. Finalmente, los intelectuales no tenían mayor empacho en emplear imágenes, ideas y estudios previos de sus colegas, lo cual invita a reflexionar en torno a las características de las prácticas de producción editorial-intelectual del siglo XIX. En la carta arqueológica, García Cubas emplea imágenes de viajeros y litógrafos como Nebel y Chamay. Como ejemplo de ello puede verse la litografía de la Pirámide de Papantla empleada en 3 diferentes obras (**véanse imágenes 15, 16 y 17**). Esto nos habla de un fenómeno de apropiación y mexicanización de representaciones sobre lo mexicano que habían sido elaboradas por extranjeros, y que ahora, en el contexto de la consolidación del Estado nacional, son resignificadas en discursos históricos (como *México a través de los siglos*) o geográficos –como el *Atlas pintoresco*–. De hecho, la primera obra monumental que se concibió como arqueológica (y que empleó el adjetivo pintoresco) fue justamente de Carl Nebel. Por esto insisto en que este tipo de obras se sitúan a caballo entre la definición de lo propio y el interés por situar a México en el

concierto de las naciones modernas. En ese sentido, este tipo de obras nos permiten dar cuenta de esa ambivalencia propia de la época.

Por otra parte, en tanto que los estudios etnográficos de García Cubas parten de obras previas –particularmente las de Orozco y Berra y Pimentel–, considero que esto nos permite inferir una práctica de estudio geográfico y una manera de mapear la nación. Es decir, aunque el autor sí realizó algunos viajes por el país, en realidad, buena parte de su labor como cartógrafo la llevó a cabo desde en su despacho, trabajando con materiales y obras tanto suyas como aquellas que le fueron facilitadas por instancias como la SMGE y el Ministerio de Fomento. Luego entonces, un mérito importante de García Cubas fue intentar sistematizar, ordenar y construir un discurso –de orden científico– que permitiera dar cuenta de la vastedad y diversidad geográfica, poblacional y cultural de México. Dicho en otras palabras, realmente la idea de “imaginario del cartógrafo” es útil para reflexionar que, más allá de si son exactos los datos o las representaciones de la geografía mexicana, en realidad lo que vemos es la proyección de una serie de ideas y discursos sobre ese espacio. Es decir, las obras cartográficas de García Cubas más que retratar el espacio, lo construyen y significan en función justamente de ese imaginario. Por otro lado, a estas alturas de la investigación, podemos intentar definir lo que se entendía por atlas durante la segunda mitad del siglo XIX. Se trataba de una obra enciclopédica que condensaba y sistematizaba (haciendo una suerte de inventario) un variado espectro de conocimientos y datos, ordenados siempre en función del espacio geográfico mediante mapas. Éstos constituían el soporte visual del espacio y sus diversos elementos. Por lo tanto, cuando hablamos de un atlas en el siglo XIX, entendemos que es una obra que pretende dar cuenta de la totalidad de los elementos del territorio nacional, a partir de elementos y criterios geométricos y racionalistas. El concepto pintoresco

(que como apuntaba, viene de épocas anteriores) otorga la idea de “lo curioso”, “lo particular”, “lo propio”. Por ello la reminiscencia del costumbrismo como manera de entender, explicar y dar cuenta la realidad nacional. Podemos decir entonces que el atlas, aunque en el discurso científico del cartógrafo se concibe como una obra que recoge la realidad tal cual, más bien configura una imagen cultural del territorio. En ese sentido, como he venido apuntado a lo largo de la tesis, los atlas del autor contribuyeron a proyectar una serie de ideas respecto al espacio. Por ello la categoría de representación cultural viene totalmente a cuento.

Pérez Salas tiene a bien señalar que, por supuesto, la práctica litográfica estuvo vinculada estrechamente a la actividad editorial. Y en ese sentido -como quise mostrar anteriormente para el caso del *Atlas metódico* de 1874—, dicha producción editorial se posibilitó en función del mecanismo de venta por entregas y suscripciones.¹⁹⁵ Desde principios de año, mediante anuncios en periódicos de la ciudad de México, el *Atlas Pintoresco* aparecía anunciado para su venta por entregas (en un total de 14), el cual constaría de 18 cartas más el tomo que serviría de textos (es decir, el *Cuadro histórico*).¹⁹⁶ Más aún, los redactores del periódico *El Tiempo* dedicaron una parte de su periódico a calificar como

¹⁹⁵ María Esther Pérez Salas, *Costumbrismo y litografía*, p. 13. Siguiendo las explicaciones de esta autora, al parecer el éxito de la litografía como técnica de producción de imágenes impresas desde mediados del siglo XIX se debió a dos factores fundamentales: uno, que tuvo que ver con la posibilidad que daba la litografía como técnica para producir imágenes de paisajes naturales y tipos sociales, lo cual se fundamentó en el costumbrismo como forma de expresión y retrato de lo que se antojaba como nacional. Dos, el hecho de que muchos editores, litógrafos e impresores —particularmente de la ciudad de México— se dieran cuenta del éxito de publicaciones ilustradas francesas (sobre todo revistas ilustradas). Esto último nos lleva a no perder de vista que tanto editores como litógrafos e impresores, eran empresarios cuya lógica se basaba en observar mercados en expansión y aprovecharlos, buscando practicidad y eficiencia en sus procesos productivos —además del mecanismo en venta por entregas, el cual facilitó de cierta manera la adquisición de obras impresas ilustradas. Cfr. *Ibid.*, p. 13-17. Siguiendo esta línea de análisis, hay que insistir en que hablamos de obras que se comportan como mercancías, lo cual es un punto importante a tomar en cuenta si lo que se quiere es dilucidar el ámbito material de la producción editorial del siglo XIX.

¹⁹⁶ *El Tiempo*, 28 de enero de 1885, México, p. 3. *La Voz de México*, 10 de febrero de 1885, México, p. 3; En el anuncio publicitado en ambos periódicos se garantizaba la conclusión de la obra, cuya primera entrega costaría 3 pesos.

positiva la obra. Esto nos muestra el estrecho vínculo entre editores y litógrafos, el autor – entendido aquí como parte de una comunidad de intelectuales y científicos– y los redactores de periódicos, en cuyas páginas se anunciaba la venta de la obra.¹⁹⁷ La mancuerna establecida entre esos 3 grupos es crucial para entender la lógica del contexto editorial que posibilitó la elaboración del *Atlas pintoresco*. Para ilustrar esto, traigo a cuento (a manera de ejemplo) el caso del *Álbum del ferro-carril mexicano*, obra publicada en 1877, cuyos dibujos de paisajes y textos fueron realizados por Casimiro Castro y Antonio García Cubas, respectivamente. Por su parte, la producción del álbum corrió a cargo de la Casa Debray.¹⁹⁸ Es decir, no sólo nos importa el contenido del mismo, sino también los mecanismos y contextos que permitieron su circulación, venta y eventual consumo. En este caso es evidente que deben tomarse en cuenta a otros actores a la hora de desentrañar los elementos de la obra: no es García Cubas trabajando solo, sino que hablar de la materialidad de la obra implica tratar de entender la dimensión editorial de la época. Si bien el fenómeno de la recepción es bastante fugaz y complicado de historiar, al menos quisiera dar cuenta de algunas posibles pistas que permitan aproximarse un poco a dicho tema. A juzgar por lo que afirman los redactores de *El Siglo Diez y Nueve*, era común la práctica de que los autores de tal o cual obra entregaran un ejemplar de obsequio a aquéllos, con el fin deliberado de que la revisaran y emitieran una

¹⁹⁷ *El Tiempo*, 7 de julio de 1885, México, p. 4. Los redactores aplaudían la labor de García Cubas y la Casa Debray por publicar una obra que, en su consideración, era “preciosa, inestimable y elegante publicación”, de la cual destacan sobre todo las vistas ilustradas por las imágenes litográficas.

¹⁹⁸ Al parecer, Debray fue un importante litógrafo de mediados del siglo XIX, quien junto a impresores mexicanos y otros franceses (como José Decaen), poco a poco se introdujo en el ámbito de la producción editorial. A juzgar por la permanencia de su casa editorial (en manos de su descendencia para el último tercio del siglo XIX), el éxito de su empresa editorial (que desde sus orígenes parece haberse perfilado en la producción litográfica) le permitió permanecer como una de las principales casas litográficas de la ciudad de México. Monserrat Gali apunta que si bien el boom de los trabajos litográficos franceses se dio a mediados del siglo XIX (por la incipiente expansión de la producción de revistas ilustradas), para la segunda mitad del siglo, los franceses perdieron poco a poco el “monopolio” de la producción litográfica. Para una revisión pormenorizada de los litógrafos franceses y mexicanos de mediados del siglo XIX véase Montserrat Gali Boadella, “Artistas y artesanos franceses en el México independiente”, *Amérique Latine Histoire et Mémoire. Les Cahiers*, 2009, p. 11.

opinión en sus periódicos en ese sentido, su papel como periodistas debía “felicitar de contribuir a la popularidad de toda obra que encierre mérito positivo, y sirva de sólida enseñanza”.¹⁹⁹ Por ende, hablamos de un consumo inducido por los autores y editores mismos, en aras de darle la mayor publicidad posible a su obra. Al final, los redactores de *El Siglo Diez y Nueve* recomendaban tanto el *Atlas Pintoresco* como el *Atlas Mexicano, geográfico y estadístico* (el cual se trataba de una nueva edición del atlas de 1858 que por entonces se publicó a la par del pintoresco), puesto que eran obras que consagraban “los progresos de la ciencia y el arte de nuestro país”, los cuales juzgaban valiosos por sus datos (rectificados según dicen por el autor mismo) y (sobre todo en el caso del pintoresco) por sus imágenes.²⁰⁰

3.2 Entre progreso y modernidad: las cartas minería, agrícola y de vías de comunicación y de movimiento marítimo

El *Atlas pintoresco* hizo parte de un contexto de producción de obras monumentales de índole visual según he mostrado anteriormente. Ejemplo de ello lo constituye *México pintoresco, artístico y monumental*, de Manuel Rivera Cambas, publicado en 3 volúmenes entre 1880 y 1883. La portada del tomo 3 es bastante ilustrativa, pues en ella aparece un paisaje montañoso, con veredas, vegetación y dos personajes vestidos a la usanza rural y ranchera, mientras una vía férrea atraviesa la litografía. El camino de fierro parece representar una modernidad industrial que empieza a despuntar en el México aún rural. El contexto de elaboración del *Atlas pintoresco* estuvo claramente marcado por el “desarrollo hacia afuera”

¹⁹⁹ *El Siglo Diez y Nueve*, 22 de febrero de 1886, México, p. 1.

²⁰⁰ *Id.*

que caracterizó a México entre 1880 y 1910. Esto es, la promoción del país en el extranjero con fines de inversión, mostrándolo como un espacio ordenado, en vías de progreso y con total potencial para el desarrollo de una serie de actividades económicas.²⁰¹ En ese sentido, Paolo Riguzzi también hace referencia a la idea expuesta por Pérez Montfort respecto a una visión del país que combinaba modernidad y tradicionalismo que las elites porfiristas promovieron en el extranjero:

La nueva imagen proyectada se correspondía con la deseada en los principales centros capitalistas, proponiendo un modelo de transformación del país: de espacio informe y caótico, a espacio económico y operativo, según los standards de la racionalidad capitalista. Esta operación se valía de la difusión de un patrimonio de tópicos exóticos, en el cual se cruzaban la presencia de modernidad capitalista con referencias en clave mítica del pasado...”.²⁰²

Esta idea de modernidad y tradición que imperó en el ambiente político e intelectual de la época puede apreciarse en representaciones de diversa índole del periodo. Un ejemplo claro es la pintura de José María Velasco titulada “Citlaltépetl, cañada de Metlac”, de 1893. En ella, el pintor plasmó al ferrocarril (símbolo del progreso material-económico del siglo XIX) atravesando el paisaje en el que se destacan aspectos propios del medio natural mexicano (sierras, vegetación). De forma significativa, es un óleo que representa el paisaje veracruzano, lugar que fue el primero en experimentar la introducción de una vía férrea.²⁰³

²⁰¹ Paolo Riguzzi, “México próspero: las dimensiones de la imagen nacional en el Porfiriato”, *Historias*, núm. 20 (1988), p. 138.

²⁰² *Ibid*, p. 145.

²⁰³ A propósito de esto, intentando contrastar mi estudio con otros de índole económica (en aras de enriquecer el contexto), traigo a cuento el estudio como Aurora Gómez, quien ha mostrado que la Compañía Industrial de Orizaba, promovida por capital extranjero de inmigrantes e inversionistas ingleses y franceses, fue la compañía manufacturera más activa de México. Esto resulta significativo en dos sentidos. Por un lado, muestra que, efectivamente, la inversión extranjera fue promovida y buscada por el gobierno mexicano a través de diversas vías y medios. Al mismo tiempo, el estudio que he referido es una muestra de cómo la región veracruzana como una zona pujante gracias al desarrollo ferrocarrilero. Esto es posible apreciarlo en el ámbito de la cultura visual –promovido como se ha visto por instituciones, científicos, litógrafos, paisajistas y casas editoriales y periódicos–, sea en la pintura paisajista de Velasco o en la Carta de vías de comunicación y de movimiento

Véanse imagen 19 e imagen 20. Previamente, en una de las imágenes que acompaña la Carta de Vías de comunicación, así como en el *Álbum del ferro-carril mexicano*, se representó (desde otros ángulos) aquella cañada de Metlac pintada años después por Velasco. Nuevamente nos encontramos con representaciones (una pictórica, las otras litográficas) que sustentan y comparten un discurso en torno a la modernidad y el progreso despuntando en el entorno natural del espacio físico. De hecho, el mismo Velasco junto con García Cubas y Manuel Payno formaron parte de la comisión para organizar la Exposición Internacional con sede en México en 1880, la cual sin embargo, no logró materializarse.²⁰⁴

En ese tenor, el *Atlas pintoresco* fue pensado para exhibirse en las ferias y exposiciones universales del periodo, lo cual cobró relevancia en función del contexto del imperialismo de finales del siglo XIX. Vicente Riva Palacio, ministro de Fomento durante la primera presidencia de Díaz, promovió la idea de que México fuera sede de una exposición universal entre 1879 y 1880, bajo la idea de “poner a México al nivel de los pueblos europeos con la aplicación de medidas que impulsaran la agricultura, la industria y el comercio, no menos que las ciencias y las artes”.²⁰⁵ De hecho, en la Exposición Universal de París, en 1889, se exhibió la obra de García Cubas titulada *Statistique et histoire de la République Mexicaine formée par trente et une cartes des États, territoires et une carte des chemins de fer avec texte en espagnol, français et anglais*.²⁰⁶ Estos eventos constituyeron una forma de

marítimo de García Cubas. Tenemos, pues, un contexto económico que se interpela con un ámbito intelectual (y ciertamente gubernamental, dado el vínculo entre científicos y gobierno). La obra de García Cubas se explica por ese ímpetu modernizador e industrializador del que da cuenta Gómez, así como algunas otras obras visuales de las últimas dos décadas del siglo XIX. Cfr. Aurora Gómez, “Networks and Entrepreneurship: The Modernization of the Textile Business in Porfirian Mexico”, *Business History Review*, Vol. 82, No. 3, 2008, pp. 475-502.

²⁰⁴ *La exposición internacional mexicana. Periódico semanario*, 22 de marzo de 1879, México, p. 8.

²⁰⁵ José Pascual Buxó, “El sueño de la patria nueva. Riva Palacio y la Exposición Internacional Mexicana de 1880”, *Revista de la Universidad de México*, no. 4, 2004, p. 95.

²⁰⁶ Rafael López Guzmán y Aurora Avilés García, “Presencia mexicana en las exposiciones internacionales. El pabellón morisco de Nueva Orleans (1884), *Awraq: Estudios sobre el mundo árabe e islámico contemporáneo*,

exhibición de lo propio ante el mundo occidental-industrial: los recursos y las industrias, con lo cual se buscaba atraer inversiones y generar vínculos de intercambio comercial.²⁰⁷ De ahí que resalten algunos elementos en las cartas geográficas que componen el atlas referentes al progreso material: mapas de las líneas férreas, los puertos, los recursos naturales, etc. Como afirma Tenorio Trillo, en aquella época, el progreso era la vara con la que se medía la modernidad,²⁰⁸ y el ferrocarril constituyó una de las muestras más tangibles de dicho progreso. Por ello García Cubas elaboró una carta para mostrar los principales caminos de fierro, y el vínculo de México con el mundo exterior –en la lógica del desarrollo hacia afuera– a través de los puertos. De forma por demás significativa, el territorio nacional queda articulado por las líneas del ferrocarril que el autor representó en el mapa. Como una suerte de arterias en el espacio, tanto los caminos de fierro –en términos internos– como las líneas que trazan el camino que siguen las rutas marítimas –en términos externos, y de las cuales destacan aquellas que vinculan a México con puertos de Estados Unidos, Inglaterra y Francia–, la imagen cartográfica da la idea de un flujo constante, tanto interno como externo, que integra el territorio nacional, y que lo mantiene ligado con el exterior. En ese sentido me remito de nueva cuenta a la fuerza discursiva que posee el mapa, sustentada por un discurso científico de la realidad geográfico-espacial que pretende dar cuenta de que México está en directa vinculación con la modernidad occidental –cuyo símbolo más claro es el ferrocarril –

no. 11, 2015, p. 59 y 67. Asimismo, esto nos da un indicio de los vínculos entre científicos de México y otras partes del mundo (como Francia en este caso). Al respecto, Hugo Pichardo apunta que García Cubas “consolidó su prestigio entre la comunidad científica y los miembros del gobierno a través de sus publicaciones, las cuales eran populares entre la *intelligentia* mexicana e incluso extranjera, gracias a las exposiciones internacionales y al reconocimiento de geógrafos extranjeros como el francés Elisep Reclus”. Al parecer, este científico utilizó la versión en francés del *Cuadro geográfico, estadístico, descriptivo e histórico de los Estados Unidos Mexicanos* de García Cubas como fuente para elaborar su obra *Geografía Universal*, de 1905. Cfr. Hugo Pichardo, *Hacia la conformación...*, pp. 148-149.

²⁰⁷ *Ibid.*, p. 60.

²⁰⁸ Mauricio Tenorio Trillo, *Artifugio de la nación moderna. México en las exposiciones universales, 1880-1930*, Fondo de Cultura Económica, México, 1998, p. 13.

y en la cual, la lógica del mercado internacional dota de un profundo significado a la carta de vías de comunicación y movimiento marítimo. Los cuadros de paisajismo que acompañan la carta, son elementos que refuerzan su discurso visual, como una manera de mostrar la realidad física del territorio en interrelación con el progreso material simbolizado por los ferrocarriles y los puertos. **Véase imagen 18.**

3.3 La vigencia del naturalismo

Quiero cerrar este capítulo con algunos comentarios sobre la Carta agrícola, dado que resulta una de las cartas que más reflejan el sentido general de la obra y, en buena medida, de lo que he venido apuntando a lo largo de la tesis. Primero que nada, salta a la vista el eje explicativo de corte naturalista, materializado mediante representaciones que oscilan entre el paisajismo y el costumbrismo. Como puede verse en la carta, García Cubas muestra una clasificación botánica de las especies vegetales que abundan en el país. Al mismo tiempo, las imágenes que acompañan al mapa poseen paisajes rurales que apuntalan la visión de un México rural: los momentos del proceso agrícola y las haciendas como elementos del de paisaje cultural tradicional. Como bien apunta Amaya Larrucea, “todo ese imaginario sobre haciendas mexicanas pasa a ser parte indisoluble del paisaje mexicano tradicional”.²⁰⁹ **Véase imagen 21.** Sin embargo, estos elementos de la carta agrícola muestran la indisociable interrelación entre ese tradicionalismo y el contexto de apertura económica que tendía hacia la modernidad industrial. El paisaje rural mexicano que se representa en la obra está enmarcado en ese contexto internacionalista y de economía hacia afuera. Al igual que las imágenes que muestran al México rural atravesado por vías férreas, en la Carta agrícola el eje naturalista y agrícola se entiende en el marco de un contexto en el cual el gobierno y sus intelectuales y

²⁰⁹ Amaya Larrucea, *op. cit.*, p. 107.

científicos buscaron vincular la producción económica interna con los mercados internacionales-industriales. A este respecto, el propio García Cubas comenta en la lámina que explica la carta agrícola, que el gobierno mexicano tiene a bien hacer efectiva la Ley de colonización, mediante la cual por vía directa o mediante empresas privadas, se fomente la venta a bajo precio pues, “deseoso el Gobierno de atraer al territorio mexicano la inmigración extranjera, ha probado el establecimiento de algunas colonias, contratando, al efecto, en virtud de su autorización, el transporte de los colonos, y otorgando a estos las franquicias y suplementos expresados...”²¹⁰ Este fragmento de la obra nos revela su carácter propagandístico respecto a la idea del México próspero y potencialmente rico que pretende transmitirse en el extranjero. El potencial agrícola se diseña y se narra visualmente mediante la carta y los anexos que la explican: “siendo verdaderamente admirable, el número de plantas textiles el número de plantas textiles que en toda la extensión del territorio crecen, las más espontáneamente, y se desarrollan de una manera prodigiosa, ofreciendo a la industria sus hermosos filamentos...”²¹¹

Por su parte, la tradición del paisajismo y el naturalismo (entendidos como representaciones y expresiones visuales que buscaban aprehender la realidad y dar cuenta de ella) es notable en el atlas. En las cartas que conforman lo conforman, así como en otras obras del periodo se notan los esfuerzos de personajes como García Cubas o el propio Velasco por condensar la dimensión natural del espacio nacional. En ese sentido, a lo que apuntaban dichas cartas geográficas era a configurar un paisaje cultural (cultural, puesto que constituía una manera de explicar y dar sentido al mundo) que en términos simbólicos y discursivos se

²¹⁰ Antonio García Cubas, *Atlas pintoresco...*, p. 10.

²¹¹ *Ibid.*, p. 9.

sustenta en una mirada científica del mundo exterior. En la carta agrícola eso queda de manifiesto, puesto que hay un gráfico en el que se representan los tipos de vegetación en función de la altitud. Véase **imagen 22**. Es decir, el naturalismo y el paisajismo se tornan expresiones visuales cargadas de valor científico. Con esto es posible comprobar cómo la tradición humboldtiana seguía dotando de sentido al conocimiento geográfico hacia finales de la centuria. Aquel paradigma seguía bastante vigente, y por ello sostengo que su historicidad se tejió en la larga duración. A partir de lo anterior, puedo afirmar que el *Atlas pintoresco* comprueba una de las líneas que articula esta tesis, a saber, que los discursos e imaginarios sobre los cuales se sustentó el conocimiento geográfico se tejieron, en tanto paradigma de larga duración, a partir de elementos de continuidad (es decir, la noción racionalista, geométrica y naturalista del espacio) y de cambio: una geografía que a partir de obras como las de Orozco y Berra o las del mismo García Cubas adquirió un tono más cultural. Ambas nociones no se contraponen sino que se complementan, integrándose en una imagen homogénea del territorio nacional plasmada en el atlas. Se trató, por tanto, de una cartografía que expresó un viraje en la concepción geográfica con perspectiva científica (y en ese mismo sentido, como forma en la que los científicos e intelectuales veían, entendían y se explicaban el mundo), la cual ya no se bastaba con solo ubicar, medir y cuantificar la dimensión física del espacio, sino que ahora debía dar cuenta de realidades sociales más amplias, sin renunciar a su base explicativa de corte científica. Esto, creo yo, es correlato de una maduración de la idea misma del orden nacional (producto de la consolidación del Estado-nación hacia el último tercio del siglo XIX) y por tanto, de su territorialidad e historia. Podemos por tanto interpretar las múltiples imágenes que refuerzan el sentido espacial de las cartas que componen el atlas como un todo que pretende dar cuenta de dicha maduración en la concepción del espacio, la nación y su devenir. El atlas muestra un afán totalizante y

abarcador que puede entenderse como una manifestación de ese contexto de afirmación de lo nacional y de una consecuente visión promisoría de un país que, a la vista de un personaje de entonces como García Cubas, pareciera encaminarse hacia el progreso material y civilizatorio.



Imagen 14. Antonio García Cubas, Carta etnográfica, *Atlas pintoresco*, 1885.

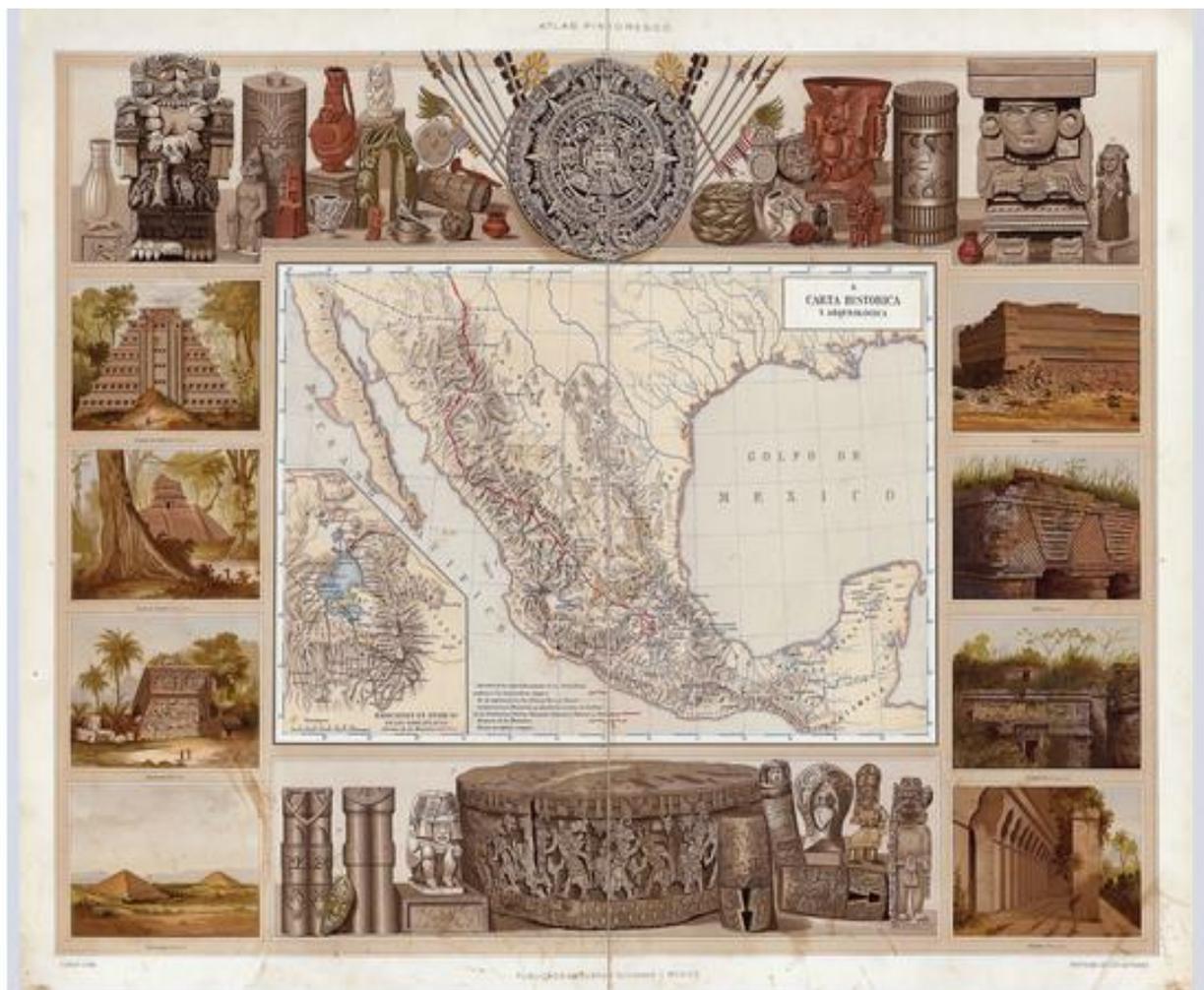


Imagen 15. Antonio García Cubas, Carta histórica y arqueológica, *Atlas pintoresco*, 1885.

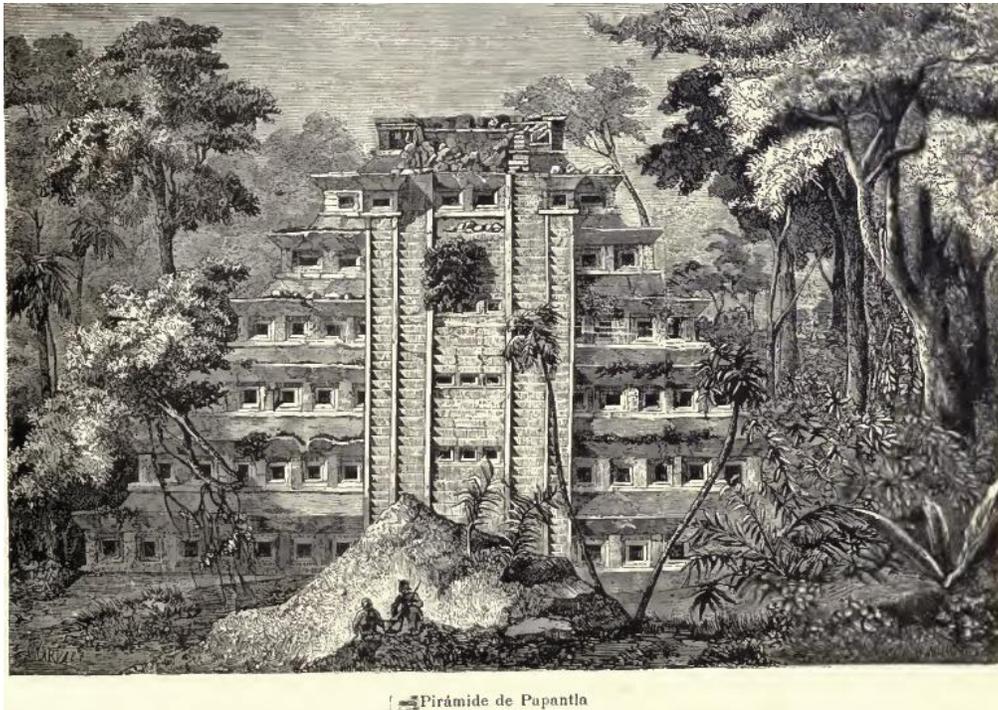


Imagen 16. Alfredo Chavero, *México a través de los siglos... tomo I*, 1884, p. XVII.



Imagen 17. Carl Nebel, "La pirámide de Papantla", en *Viaje pintoresco y arqueológico por la parte más interesante de la República*, París, 1836.



Imagen 19. José María Velasco, *Citlaltépetl (cañada de Metlac)*, Óleo sobre tela, México, 1897.

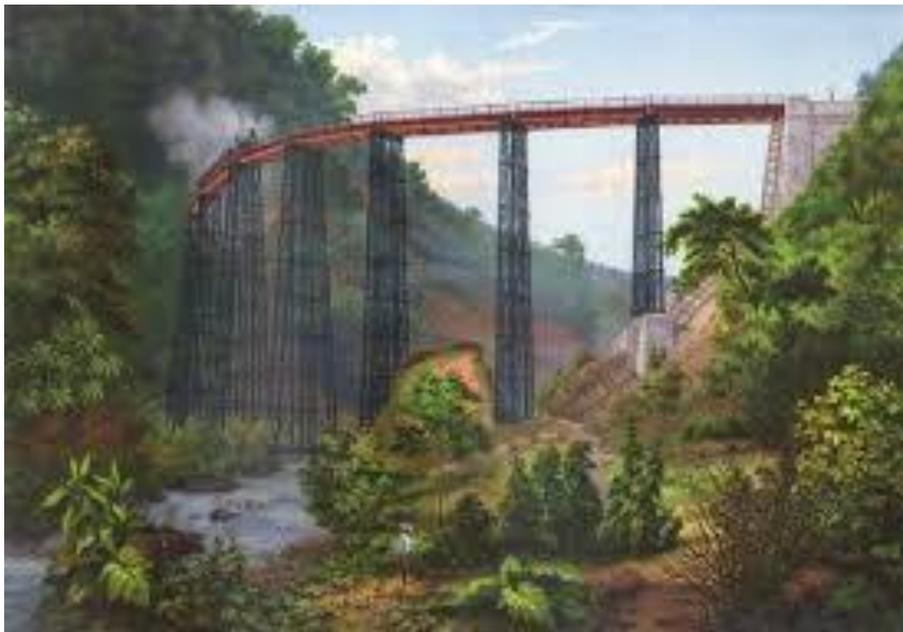


Imagen 20. Puente de Metlac, *Álbum del ferro-carril mexicano*, 1877.



Imagen 21. Antonio García Cubas, Carta agrícola, *Atlas pintoresco*, 1885.



Imagen 22. Antonio García Cubas, Detalle de la Carta Agrícola, *Atlas pintoresco*, 1885.

El mapa como representación cultural: conclusiones

Cuando inicié este proyecto de investigación me cuestionaba sobre los discursos visuales en los mapas, por lo cual quise situar los atlas de García Cubas en su contexto histórico para entender los fundamentos y características de la geografía decimonónica. Toda sociedad es geográfica no sólo porque se desenvuelve en un marco espacial, sino porque entiende, significa y conceptualiza el espacio de una manera particular en función de nociones y premisas ideológicas (sean de carácter científico o no). Además, nos movemos constantemente en función de referentes espaciales: uno no puede evitar echar un vistazo al Google Maps o al GPS para ver anticipadamente el lugar que se va a visitar; vemos y usamos mapas de manera recurrente, e incluso se asocia la nación mexicana con su contorno en el mapa. A lo largo del siglo XIX en México, la cartografía se utilizó para configurar una representación visual que permitiera establecer referentes espaciales de orden nacional, estatal o municipal. A la geografía se le atribuyó un sentido científico de orden instrumental-administrativo, por lo cual se concibió a partir de principios y fundamentos que permitieran configurarla como un conocimiento científico, es decir, como un área del saber encaminada a conocer y dominar la realidad espacial.

Por ello, en esta tesis decidí centrarme en los atlas de Antonio García Cubas, puesto que hicieron parte de una larga tradición de producción visual encaminada a volver visible el espacio a través de parámetros geométricos y racionales. La articulación entre ciencia, estadística y representación visual dio como resultado la aparición de obras cartográficas que permitieron delinear en el papel los contornos, elementos y divisiones del Estado nacional. Es decir, constituyeron un soporte material clave en un proceso lento pero consistente en el que se construyó una narrativa visual del espacio nacional: nombrar, enlistar y visualizar los

elementos del espacio implica siempre un proceso de apropiación a través del mapa impreso; es decir, podemos vislumbrar una territorialización gráfica a través del papel. Lo interesante es justamente cómo ese discurso visual, que apuntaba a la identificación de lo nacional en un espacio propio, tuvo como referentes a obras y autores extranjeros que trabajaron durante las últimas décadas del virreinato. La apropiación del sentido y los parámetros de la geografía humboldtiana después de la independencia, es un tema que se ha ido explorando a través de distintas perspectivas historiográficas. La que yo propuse entiende a los mapas como representaciones culturales más que como meros objetos técnicos. El abordar los referidos atlas desde la perspectiva cultural de la que partí, permitió dar cuenta de varias cosas. Primero, que los discursos, ideas y nociones contenidos en el atlas adquieren sentido en función de un horizonte de enunciación desde el cual el cartógrafo entiende y conceptualiza la realidad geográfica. En tanto letrado de su época, García Cubas concebía a la geografía como algo observable, medible y cuantificable, dentro de una concepción espacial racionalista. El vínculo entre parámetros geométricos (latitudes, longitudes, graticula y escalas), discurso gráfico y datos estadísticos, permitió configurar una imagen geográfica del país de índole científica. Los múltiples problemas enfrentados por los diversos gobiernos del siglo XIX en su intento por consolidar a México como Estado-nación, pretendían zanjarse a partir del desarrollo material y civilizatorio, para lo cual la ciencia constituyó el derrotero fundamental. En ese sentido se me ocurre pensar (a manera de hipótesis no resuelta con este trabajo) que producir una cartografía partiendo de parámetros racionalistas significaba situar al territorio mexicano dentro de los marcos del desarrollo civilizatorio. Es decir, los mapas podrían entenderse no sólo como afirmación de la nación mexicana, sino también como una prueba del grado de adelanto civilizatorio (lo cual ponía a México a la par de los países europeos), cuestión que propugnaban constantemente los letrados de entonces. Esto

implicaría realizar eventuales trabajos comparativos que analicen la cartografía mexicana y la europea, o la mexicana y la latinoamericana a partir de las perspectivas de quienes la elaboraron, pues sin duda, los referentes de los científicos y letrados mexicanos provenían del occidente europeo. Los vínculos establecidos entre sociedades científicas en ambos lados del Atlántico son indicio de prácticas intelectuales sustentadas en el intercambio de medios impresos, a partir de lo cual hay que historizar la producción de conocimiento (en este caso geográfico). Además, dentro del proceso de construcción narrativa de la nación a lo largo del siglo XIX, la cartografía jugó un papel medular al configurar una narrativa espacial-visual de la nación.

Y hablando de medios impresos, es justamente el tema del soporte material y la dimensión editorial el otro gran eje de estudio sobre el cual versó esta tesis. El grueso de los trabajos de historia de la cartografía en México pasan por alto la dimensión material de los mapas, y esto constituye un error si lo que se quiere es abordarlos como objeto de estudio. Los discursos, ideas e imaginarios no son cosas etéreas que flotan en la nada: lo cultural se construye en la compleja interrelación entre emisores, mensajes, objetos materiales y prácticas sociales que terminan produciendo sentido y significados múltiples. Por ello, al estudiar a los mapas, resulta menester dar cuenta de su aspecto material no sólo en cuanto a sus características físicas, sino también respecto de sus ámbitos de producción, circulación y probable consumo. Como mencioné a lo largo de la tesis, una limitante de esto lo constituye el hecho de no contar con demasiadas fuentes para historiar dichos ámbitos. No obstante, hay algunos indicios que, aunque de manera fragmentaria, permiten reconstruirlos. Los atlas aquí estudiados hicieron parte de una cultura visual más vasta en la que se interrelacionaron diversos objetos materiales: grabados, pinturas, litografías y libros. Obras que, además,

fueron producidas por grupos de letrados en constante interrelación, posibilitadas por dinámicas editoriales a lo largo del siglo XIX. Lo que en un principio quería ser un análisis centrado en la imagen, me llevó a entender (gracias a la perspectiva de la Historia cultural) que los discursos y las representaciones no se pueden dimensionar y analizar a cabalidad si no se toma en cuenta su materialidad: las nociones sobre el ámbito físico de la geografía, el sentido científico atribuido al conocimiento geográfico y la visión estatal-unitaria del territorio nacional tuvieron como vehículo dichos objetos materiales. En ese sentido los mapas, en tanto objetos comunicativos, formaron parte de una cultura visual que, aunque producida desde la esfera letrada, proyectaba alcances nacionales. Asimismo, hablando de la imprenta, la litografía y la reproducción de imágenes, otra cuestión que me interrogo (por supuesto no resuelta con este trabajo) es hasta qué punto ese tipo de técnicas de reproducción de imágenes contribuyó a estandarizar el conocimiento geográfico a partir de parámetros, disposición de elementos y aspectos unitarios en la imagen cartográfica. Es decir, insistiendo en la dimensión material y editorial, habría que pensar que durante el siglo XIX, los mapas fueron adquiriendo uniformidad en la manera de representar (racional y geoméricamente) el espacio. Por ello considero que hay una veta importante de estudio sobre la cartografía en el sentido de abordar sus características materiales e impresas, a fin de historiar el vínculo entre la dimensión material, producto del desarrollo de la imprenta y la litografía, y la estandarización de la producción de conocimiento bajo parámetros de la ciencia decimonónica. Como se pudo ver, hubo un fenómeno de estandarización y fijación de imágenes, promovido por los medios impresos y el desarrollo de la litografía. Esto se aprecia claramente en representaciones iguales de la pirámide de Papantla en obras de autores y contextos diferentes. Por tanto, hay que pensar que los mapas experimentaron también ese proceso. La uniformidad y estandarización en la imagen cartográfica decimonónica fincada

en criterios iguales, fue sin duda posibilitada por la reproducción impresa. Por supuesto, este fenómeno requiere un estudio más amplio y profundo.

Por otra parte, cuando inicié la revisión bibliográfica para este proyecto, me di cuenta de que además de que la cartografía se ha explorado poco desde los postulados mencionados anteriormente, tampoco había un trabajo de investigación que tomara los tres atlas de García Cubas como objetos de estudio. La obra de este personaje no sólo importa por el hecho de constituir una de los primeros intentos por sistematizar el conocimiento geográfico bajo una lógica nacional, sino porque de ella se desprenden una multiplicidad de aristas que permiten observar y analizar el siglo XIX: la ciencia, el territorio, la educación, la producción editorial, la cultura visual y el pensamiento liberal decimonónico. Por ello he insistido en que la clásica visión de la Historia del México independiente como inestable, caótica y cargada hacia lo político, no ayuda a explorar otras dimensiones del devenir social. Y, sin embargo, lo político no deja de estar presente en los discursos geográficos: los geógrafos estuvieron vinculados de manera indisoluble a instancias de poder político. La relación entre conocimiento científico y ejercicio del poder (como acertadamente lo pensaba Harley) se puede observar tanto en la cartografía novohispana como en la mexicana. Al final de cuentas, el proceso de conformación de la geografía como saber científico se dio de la mano de instancias, organismos y secretarías ligadas al poder estatal. Por todo ello es innegable la diversidad de aspectos que se tocan al estudiar los mapas. Sin duda su estudio (al igual que el de otro tipo de representaciones culturales) requiere un esfuerzo de análisis que permita complejizarlos e historiarlos en tanto objetos de estudio, en tanto obras socioculturales que representan visualmente una manera de concebir el mundo.

Índice de figuras

- Imagen 1.** Alexander von Humboldt, *Carte Du Mexique et des Pays Limitrophes Situes Au Nord et a l'est Dressee d'apres la Grande Carte de la Nouvelle Espagne*, en *Atlas Geográfico y físico de la Nueva España*, Imprenta de Paul Reouard, París, 1827..... p. 25
- Imagen 2.** Alexander von Humboldt, “Pyramide de Cholula”, en *Vues des cordilleres, et monumens des peuples indigenes de l’Amérique*, Libraire Grecque-Latine-Allemande, 1816..... p. 28
- Imagen 3.** Alexander von Humboldt, *Vues des cordilleres, et monumens des peuples indigenes de l’Amérique*, Libraire Grecque-Latine-Allemande, 1816..... p. 29
- Imagen 4:** Antonio García Cubas, Carta general de la República mexicana, *Atlas geográfico, estadístico e histórico*, 1858..... p. 78
- Imagen 5.** Antonio García Cubas, Carta de Sonora, *Atlas geográfico, estadístico e histórico*, 1858..... p. 79
- Imagen 6.** Antonio García Cubas, Carta del Estado de México, *Atlas geográfico, estadístico e histórico*, 1858..... p. 80
- Imagen 7.** Antonio García Cubas, Detalle de la Carta general de la República mexicana..... p. 81
- Imagen 8.** Antonio García Cubas, Detalle de la Carta general de la República mexicana..... p. 82
- Imagen 9.** Antonio García Cubas, Detalle de la Carta general de la República mexicana..... p. 82
- Imagen 10.** *La enseñanza. Revista americana de instrucción y recreo dedicada a la juventud*, México, 1870, Imprenta de Nabor Chávez..... p. 98
- Imagen 11.** Antonio García Cubas, Carta no. 1, *Atlas metódico*, 1874..... p. 99
- Imagen 12.** Antonio García Cubas, Carta no. 2, *Atlas metódico*, 1874..... p. 99
- Imagen 13.** Antonio García Cubas, Carta no. 28, México. *Atlas metódico*, 1874.... p. 100
- Imagen 14.** Antonio García Cubas, Carta etnográfica, *Atlas pintoresco*, 1885..... p. 125

Imagen 15. Antonio García Cubas, Carta histórica y arqueológica, <i>Atlas pintoresco</i>, 1885.....	p. 126
Imagen 16. Alfredo Chavero, <i>México a través de los siglos... tomo I</i>, 1884, p. XVII.....	p. 127
Imagen 17. Carl Nebel, “La pirámide de Papantla”, en <i>Viaje pintoresco y arqueológico por la parte más interesante de la República</i>, París, 1836.....	p. 127
Imagen 18. Antonio García Cubas, Carta de vías de comunicación y movimiento marítimo, <i>Atlas pintoresco</i>, 1885.....	p. 128
Imagen 19. José María Velasco, <i>Citlaltépetl (cañada de Metlac)</i>, Óleo sobre tela, México, 1897.....	p. 129
Imagen 20. Puente de Metlac, <i>Álbum del ferro-carril mexicano</i>, 1877.....	p. 129
Imagen 21. Antonio García Cubas, Carta agrícola, <i>Atlas pintoresco</i>, 1885.....	p. 130
Imagen 22. Antonio García Cubas, Detalle de la Carta Agrícola, <i>Atlas pintoresco</i>, 1885.....	p. 131
Cuadro 1. Establecimientos de instrucción primaria públicos y privados en la Ciudad de México, 1867 y 1874.....	p. 98

Fuentes de la época:

Alamán, Lucas, *et. Al, Diccionario Universal de Historia y de Geografía*, tomo I, tipografía de Rafael, librería de Andrade, México, 1853.

Boletín de Geografía y Estadística de la República Mexicana presentado al Supremo Gobierno por la Comisión de Estadística Militar, no. 2, México, Tipografía de R. Rafael, Calle de Cadena número 13, julio de 1849.

Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, tomo III, imprenta de Cumplido, México, 1852.

Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, tomo VIII, México, 1860.

Boletín del Instituto Nacional de Geografía y Estadística, Tomo I, tercera edición, Tipografía de Andrés Boix, México, 1861.

Carta del Barón de Humboldt al Virrey Iturrigaray, 28 de marzo de 1803, en: *Independencia nacional, tomo I: Antecedentes-Hidalgo*, UNAM/Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 2005, pp. 38 y 45.

Carta de Barón de Humboldt al Virrey Iturrigaray, 3 de enero de 1804, en: *Independencia nacional, tomo I: Antecedentes-Hidalgo*, UNAM/Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 2005, pp. 38 y 45.

Chavero, Alfredo, *Historia Antigua y de la Conquista*, tomo I de Riva Palacio, Vicente (dir.), *México a través de los siglos*, México Balleca y Compañía Editores, Barcelona Espasa y compañía Editores, 1884.

Díaz Covarrubias, José, *La instrucción pública en México*, imprenta del gobierno en Palacio a cargo de José Sandoval, México, 1875.

Expediente 24. Tablas geográficas políticas del reino de Nueva España que manifiestan la superficie, población, agricultura, fábricas, comercio, minas, rentas y fuerza militar presentados al excelentísimo señor virrey por el Barón Alejandro de Humboldt, 1802-1803, Archivo General de la Nación, Instituciones coloniales, volumen 72, fojas 1-21.

García Cubas, Antonio, *Atlas geográfico, estadístico e histórico de la República mexicana*, Imprenta de José María Fernández de Lara, México, 1848 (edición facsimilar: INEGI/MAPorra/El Colegio Nacional, México, 2015).

-*Memoria para servir a la Carta General de la República*, Imprenta de Andrade y Escalante, México, 1861. Disponible en: <http://www.cervantesvirtual.com/obra/memoria-para-servir-a-la-carta-general-de-la-republica-mexicana--0/>

-*Compendio de geografía universal para uso de los establecimientos de instrucción pública*, México, Imprenta de Castro, 1871.

-*Atlas metódico para la enseñanza de la geografía de la República Mexicana*, México, Imprenta de Sandoval y Vázquez, 1874.

-*The Republic of Mexico in 1876*, translated into english by George F. Henderson, La Enseñanza Printing Office, México, 1876.

-*Álbum del ferrocarril mexicano*, cromolitografías de Casimiro Castro y A. Sigogne, Establecimiento litográfico de Víctor Debray, México, 1877.

-*Curso elemental de Geografía universal*, tercera edición, imprenta de la viuda e hijos de Murguía, México, 1880,

-*Atlas pintoresco e histórico de los Estados Unidos Mexicanos*, Debray y Sucesores, México, 1885.

-*Cuadro geográfico, estadístico, descriptivo e histórico de los Estados Unidos Mexicanos*, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, México, 1885.

-*Compendio de la historia de México y de su civilización para uso de los establecimientos de instrucción pública*, Antigua Imprenta de Murguía, 1893.

-*El libro de mis recuerdos: narraciones históricas, anecdóticas, y costumbres mexicanas anteriores al actual estado social*, Imprenta de Arturo García Cubas y hermanos sucesores, México, 1904.

Humboldt, Alexander von, *Vues des cordilleres, et monumens des peuples indigenes de l'Amérique*, Libraire Grecque-Latine-Allemande, París, 1816.

-*Ensayo político sobre la Nueva España, tomo I*, segunda edición corregida, aumentada y adornada con mapas, traducida al castellano por Vicente González Arnao, Imprenta de Paul Reouard, París, 1827.

-*Atlas Geográfico y físico de la Nueva España*, Imprenta de Paul Reouard, París, 1827.

Ley del 28 de abril de 1851 legalizando la existencia de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, y el reglamento que ella ha acordado para su gobierno interior, Imprenta de Palacio, México

Limantour, José Yves, *Noticias sobre el Congreso Internacional de Ciencias Geográficas, París, 1875*, Imprenta de Francisco Díaz de León, México, 1875.

Olavarría y Ferrari, Enrique de, *La Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística. Reseña histórica*, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, México, 1901.

Orozco y Berra, Manuel, *Geografía de las lenguas y carta etnográfica de México*, Imprenta de J. M. Andrade y F. Escalante, 1866.

Payno, Manuel, *Compendio de geografía de México*, México, imprenta de F. Díaz de León y S. White, 1872.

Paz, Irineo y Manuel Tornel, *Nueva Guía de México en inglés, francés y castellano*, Imprenta de Irineo Paz, México, 1882.

Rivera Cambas, Manuel, *Atlas y catecismo de geografía y estadística de la República mexicana*, 1874 su

Riva Palacio, Vicente (dir.), *México a través de los siglos*, México Balleca y Compañía Editores, Barcelona Espasa y compañía Editores, 1884.

Varios autores, *Los mexicanos pintados por sí mismos*, Imprenta de Murguía, México, 1855.

Varios autores, *México y sus alrededores*, Establecimiento Litográfico de Decaen, México, 1856.

Velasco, José María, *Citlaltépetl (cañada de Metlac)*, Óleo sobre tela, México, 1897.

Periódicos consultados:

El Sol (4 de abril de 1826).

Diario del gobierno de la República mexicana (7 de octubre de 1843).

Legislación mexicana (30 de mayo de 1848)

El Universal. Periódico independiente (1852 y 1853)

La Sociedad (14 de enero de 1859).

Diario oficial del Supremo Gobierno (5 de febrero de 1859).

La Unidad Católica (6 de julio de 1861).

Diario del imperio (2 de octubre de 1865).

La Iberia, México (1870 y 1874).

La exposición internacional mexicana. Periódico semanario (1879).

La Voz de México (1885).

El Tiempo (1885).

El Siglo Diez y Nueve (1886).

El Universal, (1888).

Bibliografía:

Anderson, Benedict. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, Fondo de Cultura Económica, México, 2011.

Aguilar Ochoa, Arturo, “La influencia de los artistas viajeros en la litografía mexicana (1837-1849)”, *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, vol. XXII, núm. 76, primavera, 2000, pp. 113-142.

Aguirre Lora, “La geografía emigra a la escuela”, en Galván Lafarga, Luz Elena, y Lucía Martínez Moctezuma (coords.), *Las disciplinas escolares y sus libros*, CIESAS/UAEM/Juan Pablos Editor, México, 2010, pp. 251-276.

Alcubierre Moya, Beatriz, *Ciudadanos del futuro. Una historia de las publicaciones para niños en el siglo XIX mexicano*, El Colegio de México/UAEM, México, 2010.

-“Los libros de historia y la formación de ciudadanos: discursos sobre la lectura infantil en la Restauración republicana y el Porfiriato”, en: Pani, Erika y Ariel Rodríguez Kuri (coords.), *Centenarios: conmemoraciones e historia oficial*, El Colegio de México-Centro de Estudios Históricos, México, 2012, pp. 243-260.

-*Niños de nadie. Usos de la infancia menesterosa en el contexto borbónico*, UAEM-Bonilla Editores, México, 2018.

Álvarez, Salvador, “Patrimonio territorial y fronteras: la visión del Estado mexicano en el siglo XIX”, en: Herrejón Peredo, Carlos (coord.), *La formación geográfica de México*, CONACULTA (El patrimonio histórico y cultural de México, 1810-2010), México, 2011 pp. 70-125.

Antochiw, Michel, “La visión total de la Nueva España. Los mapas generales del siglo XVIII”, en Mendoza Vargas, Héctor (coord.), *México a través de los mapas*, Plaza y Valdés Editores/Instituto de Geografía, UNAM, México, 2000, pp. 71- 88.

Avilés García, Aurora y Rafael López Guzmán, “Presencia mexicana en las exposiciones internacionales. El pabellón morisco de Nueva Orleans (1884), *Awraq: Estudios sobre el mundo árabe e islámico contemporáneo*, no. 11, 2015, pp. 59-84.

Azuela Bernal, Luz Fernanda, “La Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, la organización de la ciencia, la institucionalización de la geografía y la construcción del país en el siglo XIX”, en: *Boletín del Instituto de Geografía UNAM*, núm. 52, 2003, pp. 153-166.

Báez Macías, Eduardo, “Pintura militar: entre lo episódico y la acción de masas”, *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, vol. 23, no. 78, 2001, pp. 129-147.

Buxó, José Pascual, “El sueño de la patria nueva. Riva Palacio y la Exposición Internacional Mexicana de 1880”, *Revista de la Universidad de México*, no. 4, 2004, pp. 91-96.

Cárdenas Carrión, María, “Los comienzos de la etnología en México y el Museo Nacional”, *Cuicuilco. Revista de Ciencias Antropológicas*, vol. 24 no. 68, enero/abril, 2017, pp. 86-87.

Carrera, Magali, *Traveling from New Spain to Mexico. Mapping practices of nineteenth-century Mexico*, Duke University Press, London, 2010.

Cházaro, Laura, “Medir la política en la Nueva España de Alexander von Humboldt”, en Covarrubias, José Enrique y Matilde Souto Mantecón (coords.), *Economía, ciencia y política. Estudios sobre Alexander von Humboldt a 200 años del Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*, UNAM/Instituto Mora, México, 2012, pp. 79-97.

Chartier, Roger, “Nuevos combates por la historia. Roger Chartier” (entrevista), en: Coudart, Laurence y Luis Gerardo Morales Moreno (coords.), *Escrituras de la Historia. Experiencias y conceptos*, Editorial Itaca/Universidad Autónoma del Estado de Morelos, México, 2017, pp. 23-58.

Claval, Paul, “Enfoque cultural y las concepciones geográficas del espacio”, en *Boletín de la A.G.E.*, 2002, pp. 21-39.

Collado, María del Carmen, “Antonio García Cubas”, en: Pi-Suñer Llorens, Antonia (coord.), *En busca de un discurso integrador de la nación (1848-1884)*, Volumen IV de Ortega y Medina, Juan A. (coord.), *Historiografía mexicana*, segunda edición, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas, México, 2011, pp. 425-449.

Coudart, Laurence, “Los orígenes de la era mediática: la prensa periódica”, en Martínez Luna, Esther (coord.), *Dimensiones de la cultura literaria en México (1800-1850). Modelos de sociabilidad, materialidades, géneros y tradiciones intelectuales*, UNAM, México, 2018, pp. 21-56.

Covarrubias, José Enrique, “Humboldt y la aritmética política: el ensayo novohispano como un estudio de miradas generales y prácticas”, en Covarrubias, José Enrique y Matilde Souto Mantecón (coords.), *Economía, ciencia y política. Estudios sobre Alexander von Humboldt a 200 años del Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*, UNAM/Instituto Mora, México, 2012, pp. 55-77.

Craib, Raymond, “El discurso cartográfico en el México del Porfiriato”, en Mendoza Vargas, Héctor (coord.), *México a través de los mapas*, UNAM/Instituto de Geografía, México, 2003, pp. 131-150.

-*México cartográfico. Una historia de límites fijos y paisajes fugitivos*, UNAM/Instituto de Geografía, México, 2013.

Díaz Ángel, Sebastián, “Aportes de Brian Harley a la nueva historia de la cartografía y escenario actual del campo en Colombia, América latina y el mundo”, en: *Historia crítica*, núm., 39, septiembre-diciembre 2009, pp. 180-200.

Escamilla, Irma, José Omar Moncada Maya y Lucero Morelos, “Ingenieros geógrafos y astronomía en el México del siglo XIX”, en: María de la Paz Ramos y Marco Arturo Moreno (coords.), *La Astronomía en México en el siglo XIX*, UNAM, México, 2010, pp. 57-84.

Ferguson, James y Akhil Gupta. “Más allá de la <<cultura>>: espacio, identidad y las políticas de la diferencia”, en *Antípoda*, (julio-diciembre), 2008, pp. 233-256.

Foucault, Michel, “El sujeto y el poder”, en *Revista Mexicana de Sociología* (julio-septiembre), 1998, pp. 3-20.

Gali Boadella, Montserrat, “Artistas y artesanos franceses en el México independiente”, *Amérique Latine Histoire et Mémoire. Les Cahiers*, 2009, pp. 1-19.

García Rojas, Irma “El estudio histórico de la cartografía”, en *Tawká, Revista de Historia*, primavera 2008, pp. 11-32.

Garrido, Elisa, “Arte, ciencia y cultura visual en el atlas pintoresco: Vista de la Plaza Mayor de la Ciudad de México”, en *HiN - Humboldt im Netz. Internationale Zeitschrift für Humboldt-Studien (Potsdam - Berlin) XVI*, 30, 2015, pp. 54-67.

Gómez, Aurora, “Networks and Entrepreneurship: The Modernization of the Textile Business in Porfirian Mexico”, *Business History Review*, Vol. 82, No. 3, 2008, pp. 475-502.

Gómez Rey, Patricia, *La enseñanza de la geografía en los proyectos educativos del siglo XIX en México*, UNAM/Instituto de Geografía, México, 2003.

Hamnett, Brian, “Imagen, identidad y moralidad en la escritura costumbrista mexicana, 1840-1900”, *Signos Históricos*, vol. 12, núm. 24, 2010, pp. 8-43.

Ibarra García, “Espacio: elemento central en los movimientos sociales por megaproyectos”, en: *Desacatos*, no. 39, mayo-agosto, CIESAS, México, 2012, pp. 141-158.

Guerra, François Xavier, *México: del Antiguo Régimen a la revolución*, tomo I, segunda edición, Fondo de Cultura Económica, México, 2012.

Hale, Charles, *La transformación del liberalismo en México a fines del siglo XIX*, Fondo de Cultura Económica (Sección de Obras de Historia), México, 2002 (primera edición en inglés: 1989).

Hall, Stuart, *Representation: cultural representations and signifying practices*, The Open University, London, 1997.

Harley, J. Brian, *La nueva naturaleza de los mapas. Ensayos sobre la historia de la cartografía*, Fondo de Cultura Económica, México, 2005.

Larrucea Garritz, Amaya. 2016. *País y paisaje. Dos invenciones del siglo XIX mexicano*, México: UNAM/Facultad de Arquitectura.

León-Portilla, Miguel “Estudio introductorio”, *Atlas geográfico e histórico de la República Mexicana (1858)*, edición facsimilar, INEGI/MAPorrúa/El Colegio Nacional, México, 2015, pp. VII-XXI.

Lozano Meza, María, “La Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, la organización de la ciencia, la institucionalización de la geografía y la construcción del país en el siglo XIX”, *Boletín del Instituto de Geografía*, UNAM Núm. 52, 2003, pp. 153-166.

Maseey, Doreen, “*Geometrías del poder y la conceptualización del espacio*”, Conferencia dictada en la Universidad Central de Venezuela. 2007.

Mayer Celis, Leticia, *Entre el infierno de una realidad y el cielo de un imaginario. Estadística y comunidad científica en el México de la primera mitad del siglo XIX*, El Colegio de México, México, 1999.

Méndez Reyes, Salvador, “Instituciones, obras y viajeros”, en Herrejón Peredo, Carlos (coord.), *La formación geográfica de México*, CONACULTA, 2011, México, pp. 17-69.

Mendoza Vargas, Héctor, *Los ingenieros geógrafos de México, 1823-1915*, Tesis de Maestría en Geografía, UNAM.

-(coord.), *México a través de los mapas*, Plaza y Valdés Editores/Instituto de Geografía, UNAM, México, 2000.

-*Lecturas geográficas mexicanas. Siglo XIX*, UNAM, México, 2007.

-y Carla Lois. 2009. *Historias de la cartografía en Iberoamérica. Nuevos caminos, viejos problemas*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2009.

-“La historia de la cartografía de México. Tradiciones, cambios y nuevos caminos, en: Mendoza Vargas, Héctor (coord.), *La geografía humana de México*, UNAM/Instituto de Geografía, México, 2013, pp. 171-188.

Moncada Maya, José Omar, y Patricia Gómez Rey, “El quehacer geográfico en México: instituciones y personajes (1876-1964)”, en Moncada Maya, José Omar, y Patricia Gómez Rey (coords.), en *El quehacer geográfico en México: instituciones y personajes (1876-1964)*, UNAM/Instituto de Geografía, México, 2009, pp. 9-14.

-“Los ingenieros geógrafos mexicanos (1846-1950), en: *Llull: Revista de la Sociedad Española de Historia de las Ciencias y de las Técnicas*, vol. 27, 2004, pp. 95-116.

-“La profesionalización del geógrafo mexicano durante el siglo XIX”, disponible en <http://observatoriogeograficoamericalatina.org.mx/egal6/Ensenanzadelageografia/Desempenoprofesional/01.pdf>, pp. 1-14.

-e Irma Escamilla, “Los libros de geografía en el México del siglo XIX. Ayudando a construir la nación”, *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, núm. 418, 16, 2012.

Montoya Arango, Vladimir, “El mapa de lo invisible. Silencios y gramática del poder en la cartografía”, en *Universitas Humanística*, enero-junio, 2007, pp. 155-179.

Mora, José Manuel de la, *Personajes, procesos y conceptos en los manuales de Historia de México, 1861-1908*, tesis de Doctorado en Ciencias Sociales, Universidad de Colima, 2013.

Morales Moreno, Luis Gerardo, *Orígenes de la Museología mexicana. Fuentes para el estudio del Museo Nacional, 1780-1940*. Universidad Iberoamericana, México, 1994.

-“El primer Museo Nacional de México”, en Acevedo, Esther (coord.), *Hacia otra historia del arte en México. De la estructuración colonial a la exigencia nacional (1780-1860)*, CONACULTA, México, 2001, pp. 36-60.

-“Del cosmos de Humboldt al microcosmos de Kueva”, *Exposición Archivo Alexander von Humboldt de Fabiano Kueva*, Secretaría de Cultura/INBAL/Museo Ex Teresa, México, 2019, pp. 8-12.

O’Gorman, Edmundo, *Historia de las divisiones territoriales de México*, Editorial Porrúa (Sepan Cuantos), México, 2012 (primera edición: 1937).

Pani, Erika, “Los viajeros decimonónicos y la definición de lo nuestro”, en Escalante, Gonzalbo, Pablo (coord.), *La idea de nuestro patrimonio histórico y cultural*, CONACULTA, México, 2011, pp. 27-43.

Pérez Montfort, Ricardo, “El pueblo y la cultura. Del Porfiriato a la Revolución”, en *Cotidianidades, imaginarios y contextos. Ensayos de Historia y cultura en México, 1850-1950*, CIESAS, México, 2008, pp. 49-78.

-”La cultura”, en Kuntz Ficker, Sandra (coord.), *México: la apertura al mundo 1880-1930*, tomo III de Hernández Chávez, Alicia (dir.), *América Latina en la Historia contemporánea*, Mapfre/Taurus, México, 2012, pp. 287-339.

Pérez Salas, María Esther, “La litografía y las publicaciones ilustradas mexicanas en el siglo XIX”, *Seminario Interdisciplinario de Bibliología*, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, p. 1-3.

Pérez Salas, María Esther, *Costumbrismo y litografía en México: un nuevo modo de ver*, UNAM, México, 2005.

Pichardo, Hugo, *Hacia la conformación de una geografía nacional: Antonio García Cubas y el territorio mexicano, 1853-1912*, Tesis de Maestría en Historia de México, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2004.

Pi-Suñer, Antonia. 2001. “Una gran empresa cultural de mediados del siglo XIX: el *Diccionario Universal de Historia y de Geografía*”, en Suárez de la Torre, Laura (coord.), *Empresa y cultura en tinta y papel (1800-1860)*, Instituto Mora/UNAM, México, 2001, pp. 409-418.

Rebert, Paula, “Los ingenieros mexicanos en la frontera: cartografía de los límites entre México y Estados Unidos, 1849-1857, en Mendoza Vargas, Héctor (coord.), *México a través de los mapas*, UNAM/Instituto de Geografía, México, 2003, pp. 111-129.

Reséndiz, Andrés, *Inferencias y vínculos, Casimiro Castro*, CENIDIAP, México, 2003.

Riguzzi, Paolo, “México próspero: las dimensiones de la imagen nacional en el Porfiriato”, *Historias*, núm. 20 (1988), pp. 137-157.

Roldán Vera, Eugenia, *Conciencia histórica y enseñanza; un análisis de los primeros libros de texto de Historia nacional, 1852-1894*, Tesis de Licenciatura en Historia, UNAM, México, 1994.

Salmerón, Luis Arturo “El atlas más bello de México”, *Relatos e Historias de México*, núm. 44.

Sotelo Olguín, Ana Isabel, *Imágenes de la Nueva España en la representación viajera. La visualidad de Humboldt*, Tesis de Licenciatura en Historia, Universidad Autónoma de Querétaro, 2017.

Suárez de la Torre, Laura, “Una imprenta floreciente en la calle de la Palma número 4”, en Suárez de la Torre, Laura (coord.) *Empresa y cultura en tinta y papel (1800-1860)*, Instituto Mora/UNAM, México, 2001, pp. 131-144.

Tenorio Trillo, Mauricio, *Artilugio de la nación moderna. México en las exposiciones universales, 1880-1930*, Fondo de Cultura Económica, México, 1998.

Toussaint, Manuel, *La litografía en México*, Estudios Neolitho, México, 1934.

Urroz Kanán, Raquel, *Mapas de México: contextos e historiografía moderna y contemporánea*, Tesis de Maestría en Historia de México, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2011.

Vaughan, *Mapping society: The spatial dimensions of social cartography*, UCL Press, Londres, 2018.

Widdifield, Stacie, “El impulso de Humboldt y la mirada extranjera sobre México”, en Acevedo, Esther (coord.), *Hacia otra historia del arte en México. De la estructuración colonial a la exigencia nacional (1780-1860)*, CONACULTA, México, 2001, pp. 257-271.

Wood, Denis, “Los mapas y el Estado”, *Revista de la Universidad de México*, (julio-agosto), 2018, pp. 8-15.

Zaragoza Flores, Edith, *Un acercamiento historiográfico a El libro de mis recuerdos de Antonio García Cubas*, Tesis de Licenciatura en Historia, Escuela Nacional de Estudios Profesionales “Acatlán”/Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2001.

Zepeda, Beatriz, *Enseñar la nación. La educación y la institucionalización de la idea de nación en el México de la Reforma (1855-1876)*, Fondo de Cultura Económica (Biblioteca Mexicana), México, 2012.

Zermeño, Guillermo, *La cultura moderna de la historia. Una aproximación teórica e historiográfica*, El Colegio de México, México, 2010.

-“Giro crítico de la historiografía”, en: Luis Gerardo Morales Moreno y Laurence Coudart (coords.), *Escrituras de la Historia. Experiencias y conceptos*, Editorial Itaca/Universidad Autónoma del Estado de Morelos, México, 2017, pp. 59-96.



Cuernavaca, Morelos, a 18 de octubre de 2019

Dra. Martha Santillán Esqueda
Coordinadora de la Maestría en Humanidades
Centro Interdisciplinario de Investigación en Humanidades
Instituto de Investigación en Humanidades y Ciencias Sociales
Universidad Autónoma del Estado de Morelos
PRESENTE

Por medio de la presente le comunico que he leído la tesis **“Cartografía, representaciones culturales y discurso geográfico en el siglo XIX. Una Historia cultural de los atlas de Antonio García Cubas”** que presenta el **alumno:**

Mario Jocsán Bahena Aréchiga Carrillo

Para obtener el grado de Maestro en Humanidades. Considero que dicha tesis está terminada por lo que doy mi **voto aprobatorio** para que se proceda a la defensa de la misma.

Baso mi decisión en lo siguiente:

La tesis en cuestión cumple con las exigencias básicas de una tesis de grado de Maestría. Sus mayores aportaciones se encuentran en el planteamiento de problemas de índole teórica y metodológica al tomar el mapa y los atlas como fuente y objeto de estudio. En esta tesis confluyen las áreas de Geografía, Cartografía e Historia. Considero, por lo tanto, que esta tesis ejemplifica en forma suficiente el tipo de estudios interdisciplinarios que se busca obtener en el programa de Maestría en Humanidades.

Sin más por el momento, quedo de usted

Atentamente

Dra. Beatriz Alcubierre Moya
Centro Interdisciplinario de Investigación en Humanidades
UAEM

Cuernavaca, Mor., a 22 de octubre de 2019

DRA. MARTHA SANTILLÁN ESQUEDA

COORDINADORA DE LA MAESTRÍA EN HUMANIDADES
CENTRO INTERDISCIPLINARIO DE INVESTIGACIÓN EN HUMANIDADES
INSTITUTO DE INVESTIGACIÓN EN HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MORELOS

Presente

Por medio de la presente le comunico que he leído la tesis “CARTOGRAFÍA, REPRESENTACIONES CULTURALES Y DISCURSO GEOGRÁFICO EN EL SIGLO XIX. UNA HISTORIA CULTURAL DE LOS ATLAS DE ANTONIO GARCÍA CUBAS” que presenta el alumno:

MARIO JOCSÁN BAHENA ARÉCHIGA CARRILLO

para obtener el grado de Maestro en Humanidades. Considero que dicha tesis está terminada, por lo que doy mi **VOTO APROBATORIO** para que proceda a su defensa oral y pública.

Baso mi decisión en lo siguiente:

- Es una síntesis correcta de la contribución de Antonio García Cubas al conocimiento geográfico de México entre 1858 y 1885.
- Es una aproximación original a la obra de García Cubas desde una perspectiva de la historiografía cultural.

Sin más por el momento, quedo de usted

Atentamente


DR. LUIS GERARDO MORALES MORENO

Cuernavaca, Mor., a 21 de octubre de 2019

Dra. Martha Santillán Esqueda
Coordinadora de la Maestría en Humanidades
Centro Interdisciplinario de Investigación en Humanidades
Instituto de Investigación en Humanidades y Ciencias Sociales
Universidad Autónoma del Estado de Morelos

P r e s e n t e

Por medio de la presente le comunico que he leído la tesis **“Cartografía, representaciones culturales y discurso geográfico en el siglo XIX. Una Historia cultural de los atlas de Antonio García Cubas”** que presenta el alumno:

Mario Jocsán Bahena Aréchiga Carrillo

Para obtener el grado de Maestro en Humanidades. Considero que dicha tesis está terminada, por lo que doy mi **VOTO APROBATORIO** para que se proceda a la defensa de la misma.

Baso mi decisión en lo siguiente:

La tesis presenta un estudio original, bien estructurado y debidamente contextualizado, y cumple con los requisitos básicos de la investigación, al hacer uso de archivos y documentos pertinentes. Los tres importantes atlas descritos en la tesis ofrecen así fundamental materia de reflexión, a nivel tanto histórico como historiográfico e interdisciplinario, en particular al dialogar entre geografía e historia, en un periodo crucial de construcción nacional. Al enfocarse en la cartografía y las representaciones culturales de dichos atlas, esencialmente las de las autoridades intelectuales y políticas, es decir, de los emisores, la tesis logra reconstruir intenciones y condiciones de elaboración que aclaran el periodo contemplado, si bien los procesos de mediación y apropiación, mencionados en la tesis, son poco debatidos. En torno a la bibliografía en la que descansa la tesis, cabe mencionar cierto esfuerzo del alumno por tratar textos complejos, si bien el uso de ciertas citas no siempre aparece necesario o pertinente. En este mismo tenor, se recomendó al alumno sintetizar y replantear el discurso de la larga introducción para adecuarla con el contenido de la tesis.

Sin más por el momento, quedo de usted

A t e n t a m e n t e



Dra. Laurence Gabrielle COUDART
Centro Interdisciplinario de Investigación en Humanidades - UAEM

Cuernavaca, Morelos, a 28 de octubre de 2019

Dra. Martha Santillán Esqueda
Coordinadora de la Maestría en Humanidades
Centro Interdisciplinario de Investigación en Humanidades
Instituto de Investigación en Humanidades y Ciencias Sociales
Universidad Autónoma del Estado de Morelos
PRESENTE

Por medio de la presente le comunico que he leído la tesis "Cartografía, representaciones culturales y discurso geográfico en el siglo XIX. Una Historia cultural de los atlas de Antonio García Cubas" que presenta el alumno:

Mario Jocsán Bahena Aréchiga Carrillo

para obtener el grado de Maestro/a en Humanidades. Considero que dicha tesis está terminada por lo que doy mi voto aprobatorio para que se proceda a la defensa de la misma.

Baso mi decisión en lo siguiente:

La introducción justifica y contextualiza la investigación sobre los mapas de A. García Cubas, además de que brinda los supuestos teóricos que definen la perspectiva de análisis, basados en R. Chartier, S. Hall, M. Foucault, además de otros estudios específicos sobre la producción de mapas. El primer capítulo aborda el desarrollo de la geografía y la cartografía en el México decimonónico a partir de la revisión de coyunturas específicas, resaltando la relación entre el desarrollo de aquéllas y el poder. El segundo capítulo reflexiona en torno a la publicación del *Atlas geográfico, estadístico e histórico* y el *Atlas metódico para la enseñanza de la geografía de la República mexicana*, de A. García Cubas, mientras que el tercero se centra en su publicación del *Atlas pintoresco e Histórico de los Estados Unidos Mexicanos*, siempre en relación con los conceptos teóricos plasmados en la introducción. La investigación toma en cuenta distintas aristas en la producción de mapas en siglo XIX en México, tales como el conocimiento científico de la época, el desarrollo de tecnologías que permitieron la representación en distintos soportes, las necesidades económicas y políticas que impulsaron el desarrollo de la geografía y la cartografía, entre otras.

La tesis es un trabajo bien escrito y documentado; constituye un aporte al campo del estudio histórico de la geografía y la cartografía desde la perspectiva de la representación y su relación con el contexto político, económico, intelectual y científico de su emergencia. El alumno cumple sobradamente lo esperado para una tesis de esta naturaleza.

Sin más por el momento, quedo de usted

Atentamente



Irene Catalina Fenoglio Limón

21 de octubre del 2019

Dra. Martha Santillán Esqueda
Coordinadora de la Maestría en Humanidades
Centro Interdisciplinario de Investigación en Humanidades
Instituto de Investigación en Humanidades y Ciencias Sociales
Universidad Autónoma del Estado de Morelos
PRESENTE

Por medio de la presente le comunico que he leído la tesis **“Cartografía, representaciones culturales y discurso geográfico en el siglo XIX. Una Historia cultural de los atlas de Antonio García Cubas”** que presenta el **alumno:**

Mario Jocsán Bahena Aréchiga Carrillo

Para obtener el grado de Maestro/a en Humanidades. Considero que dicha tesis está terminada por lo que doy mi **voto aprobatorio** para que se proceda a la defensa de la misma.

Baso mi decisión en lo siguiente:

1. El alumno tiene un argumento claro y sólido, demostrado a través de la relación entre una esfera material de la cultura (los mapas y el oficio de la cartografía) y una ideológica-histórica, mostrando cómo la significación del espacio tiene que ver con un discurso común en tanto el nacionalismo, la formación de ciudadanía en los niños, las preocupaciones militares por el territorio, la división étnica, entre otras matices del imaginario del Estado-nación.
2. El aparato crítico revisado es satisfactorio y su uso es adecuado para el de una tesis de maestría.
3. La estructura de la tesis es clara; el desarrollo del argumento, cuidadoso, y su escritura, amena.
4. La conclusión a la que llega es harto importante en la reflexión transdisciplinar en tanto se llega a pensar que un objeto materia es tanto producto como productor de referencias ideológicas, no solo en tanto el discurso nacional, sino en el espacio físico que (como bien marca el alumno leyendo lo referido en tanto el tema) es producido también. Por mis propios intereses académicos, considero este último punto sumamente provechoso.

Sin más por el momento, quedo de usted

Atentamente



Mtro. Roberto Carlos Monroy Álvarez